This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

HN 2SFH G

Digitized by Google

PD 5872

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

# LA REAL HEMBRA

Digitized by Google

Digitized by Google

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

# La Real Hembra

(NOVELA ESPAÑOLA)

1905
Administración: Pez, 30
MADRID

Digitized by Google

Harv... ...ary
KPD 5872 AUG 2, 1920
Minot Fund
Span 5813.3.64

Imp. Pau, Torrijos y Comp.ª, Cuarte, 25

Digitized by Google

# I

## Gente nueva

Echó á andar el *Villa de Coria*, dejando atrás muy pronto, como esfumándose en el cielo, los murallones revestidos de yedra y la cruz doblada del convento de Aznalfarache.

Echó á andar el barco y hubo risas, gruñidos, denuestos; de los unos, porque les parecía muy pronto; de los otros, porque tardó mucho en salir. Habíase sentado en el banquillo de proa cierta mocita de gran trapío; una montaña de salerosos pelos le caía por la frente, como para decir á las niñas de los ojos:—¡Aquí está Sevilla!—Este símil lo hizo, en un requiebro, un muchacho de Triana

Digitized by Google

que se sentó enfrente de la moza. Llevaba la mujer una botella de manzanilla; durante el camino la destapaba á menudo y echaba un trinquis en el mismo casco, teniéndose con esto que el sol de sus ojos, poníase en pugilato con el sol de arriba. Inspiraba así como grandes pensamientos eróticos la contemplación de aquel semblante bellísimo cuando, después de echar el trinquis, bajaba otra vez, rojo como la grana; y la hubiera detenido gustosamente el mocito trianero, para que no se secase con el dorso de la mano, redonda y graciosísima, unas gotas que centelleaban como topacios en los labios encendidos.

Así bebió, como dije, una vez y otra, sin decir *oste* ni *moste*. Daba alguna vez un trago con la misma botella á un chiquitín muy mono, como de tres años, que la acompañaba; cuidando del niño, miraba furtivamente al galante mozuelo.

Digitized by Google

En aquello de dar vino al chiquitín se puede comprender que en Sevilla se educa á los hombres á conciencia desde la más tierna edad. Debo decir que el ángel de Dios bebió manzanilla como si tuviese el gaznate más ancho y el estómago más hondo que el estómago y el gaznate de la hembra del barco.

—¡Vaya *usté* con Dios!—murmuró el mozo cuando el nene hubo dado su tremendo beso á la botella.

La moza se echó á reir á la exclamación.

—¿Quiere *usté* un poquito?—le preguntó con mucha gracia.

El mozuelo hizo un gesto de asombro y repuso cándidamente:

—Madrina, ¿pero ha *queao* alguno?

—Vaya, hombre, tome *usté* y no sea *usté* más guasón.

El mozuelo tomó la botella, bebió, se aproximó más á la moza... y el barco seguía su curso dulcemente, en aquella tarde de Abril.

Digitized by Google

Junto á los dos muchachos iba un viejo que «sabía más de marina que Méndez Núñez». Un pillastrillo daba trechas sobre un enorme promontorio de baules de ropa, cajas de pasas, espuertas de bacalao, pipas de vino y sacos muy negros, atestadísimos de no sé qué cosas que olían muy mal. Aquí, un grupo de gitanos encomiaba filosóficamente las cualidades bellas de cierto borrico garañón que compró Alcuza el día antes. El borrico, según pude sacar por lo que oíase, era cojo, tuerto, manco y sin talento. El Alcuza no supo lo que hizo cuando lo compró. Escuchaba á los gitanos y al viejo regañón que sabía más que Méndez Núñez, un marinero fornido, seriote, morenucho, con su gran pipa en la boca, que echaba tanto humo como la chimenea del vapor. Otro grupo de hembras había más allá, compuesto de ocho ó nueve, algunas con su chiquitín colgado al pecho, y otros ángeles mayores alre-

Digitized by Google

dedor, que daban gritos y dábanse porrazos. Se hablaba en esta reunión de mujeres del marido de una que le daba unos palizones como para ella sola. Discutían allí el modo de poner remedio al conflicto de la compañera; pero no me es posible decir en lo que se convino, porque interrumpió el conciliábulo la presencia de un vejete que se aproximó, viniendo cauteloso desde popa. Anchísima canasta colgábale del brazo izquierdo; compartíase la canasta en diferentes casillas, que se atestaban de cotufas, avellanas, rosquetes, arropías, castañas pilongas, caramelos. Pregonó el tío sus mercancías, y entonces fué cuando el conciliábulo se interrumpió con el coro de ángeles que pedía lo de la canasta, formando los gritos de las mujeres, el aullar de los ángeles, las voces del patrón, el regaño de las hembras y el estruendo de la hélice, un concertante de dos mil demonios.

En menos tiempo del que yo eché

Digitized by Google

en decir lo anterior, habían contraído amistad estrecha y habían hablado mil cosas la mozuela de la manzanilla y el mocito de Triana. Ahora está él apurando la colilla sibaríticamente; de pronto escupe y pone cara de admiración. Es que la mozuela le ha dicho, señalando con el dedo á un gitano del grupo:

—Ahí está; aquél.

—¿Ese es el Alcuza?

El mozuelo quedó mirándole; era un gitanote viejo, sucio, negrísimo, mellado, de nariz inconmensurable, de ojos resplandecientes, sin pelo de barba, sin bigote, de cabeza gris y bizco, para que ni el demonio tuviera por donde cogerle, rasgo principal que denotaba su parentesco con la sin par Felipa. Había tirado Alcuza el sombrero sobre un capacho y veíase su cabeza descomunal y aquellos pelos grises revueltos, como si alguien, para ludibrio del personaje, hubiese colocado allí cautelosamente

Digitized by Google

un promontorio de estopa sucia; yo creo que el peine conocía aquella cabeza, como conoce el pagano á su ídolo: desde lejos y sin tocarle jamás. Usaba pantalón sin botones en ninguna parte; sujetábaselo con una faja que no hubiera podido determinar ningún nacido de qué color era, ni debe existir seguramente el telar donde se tejió. Una camisa muy limpia hacía que resaltase con más fuerza la porquedad del pantalón y la faja; levantadas las mangas hasta el codo, veíanse unos palitroques por brazos, negros, velludos, horribles, unas muñecas gordas sin comparación, y unas manos anchas, huesudas, que alzaba en su peroración enérgicamente, como para dar más fuerza al digno y razonado discurso que salía entonces de su boca para honor de la clase. No usaba chaleco; de la chaqueta, colgada de un hombro, no quiero hablar, porque la historia no dice de ella nada en absoluto

Digitized by Google

que pueda llamar la atención del lector curiosísimo.

Miraba el mozuelo al gitano, y decía la mozuela con mucho coraje:

—*Usté* no se puede figurar. Felipa se puso como un demonio cuando se enteró; lo que es la Reonda, como si no fuera con ella. ¡Mire *usté* que irse el Alcuza con Frasquito Cruz detrás de lo que había *pasao*... *¡Caye usté,* hombre!... ¡Como que ni al mismísimo demonio se le ocurre eso! Cosas de Alcuza.

—Pero ¿y María Dolores?—preguntó el mozo, con una boca de á cuarta, por la admiración, sin duda, que las noticias de la mozuela estábanle produciendo.

—Pues, María Dolores, medio muerta. ¡Eso sí que es querer!... Pero hijo, *¿usté* cómo se llama?—preguntó de pronto la trianera, envolviendo al infeliz en una mirada de exterminio.

—¡Ay, *señá* María!—dijo el truhán,—no me mire *usté* así, que me

Digitized by Google

parece que soy petróleo y que acaban de arrimarme una estopa ardiendo... ¡Ay, *señá* María... *señá* María de mi alma!

—Y *¿usté* por qué sabe cómo yo me llamo?—preguntó la prójima, chispeantes los ojos de curiosidad y como ofreciendo no sé qué cosas, pero de mucho valor, al mozuelo, si la satisfacía.

Y él contestó prontamente:

—¡Porque es *usté* morena como la Virgen, y se tiene *usté* que llamar *señá* María, hombre! ¡Ay, *señá* María, sosténgame *usté,* que yo no sé lo que á mí me da!... Ya está dándome...

—¡Válgame Dios, y lo que me ha *caío* á mí encima!—dijo la mozuela retrecheramente. —Bebe, *Jesú.* —Y metió al muchacho en la boca todo el cuello de la botella.

—Y vaya una pítima que va á *piyá Jesú*—exclamó el mozuelo muy solícito.—Hijo de mi alma, ya no

Digitized by Google

más, que hace daño. Déjame que yo te *ayúe!*

Le cogió la botella y se puso á beber el muy camastrón con una calma seráfica.

—¡Digo, el *arrastrao* del hombre! —gritó María soltando una risotada.

Se aproximó más el mozuelo y no hizo la moza demostración de notarlo; así, juntos, muy juntos, añadió ella, para contestar á una pregunta del mocito:

—Ni más ni menos que lo siguiente; y lo que yo le diga á *usté* no me importa que lo echen al vuelo las campanitas de la Giralda. ¡Como que ya se lo metí por los hocicos á ciertas y *contás* personas, gritando mucho *pa* que los sordos me oyeran! ¡Y en *mitaíta* del patio del Cuarteliyo que fué! (1). La real hembra me quiso á mí poner las peras á cuarto aquella tarde...

---

(1) Léase el episodio anterior, titulado *Sevilla Famosa.*

Digitized by Google

—Pero ¿y la historia? Venga esa historia.

—Allá voy, hombre; y ponga *usté to* los *sentíos* que es cosa que ni en los papeles. Pues *usté* verá.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

## II

### Río abajo

—Los dos chiquillos se criaron juntos como quien dice; se quisieron desde entonces, esta es la pura; él, con sus alternativas, porque así son las cosas en este mundo perro y así son los hombres de *esaborios* y tontainas.

—Que Dios se lo pague *asté*, señora.

—Pero ¿lo cuento ó no lo cuento? —preguntó la moza de malísimo humor.

—Venga de ahí, que es *usté* más súpita que el azogue, madrecita de mi alma.

—Pero ¿ella?... Ella lo quiso desde



Digitized by Google

el primer instante, como las mujeres saben hacerlo cuando se ponen á querer. ¿He dicho alguna cosa?

—Ha dicho *usté* una sentencia— exclamó gravemente el mozuelo con su miajita de burla. Pero María de la O no hizo caso y añadió muy preocupada:

—Las cosas iban bien; sólo que entonces conoció á Paquiro la real hembra; conocerle y hacerle gracia el muchacho *to* fué uno... Se echó sobre el infeliz como una loba... Poquito trabajo le costó salirse con la suya; con dos miradas de aquellos ojazos negros de demonio y una palabrita suspirante de aquella boca que es un primor del cielo de fresca y resplandeciente... Con eso *na* más, Paquiro se volvió tarumba... Y María Dolores, con *to* su garbo y su gracejo de florecilla nueva, se vió de pronto con las angustias de la muerte, porque aquello de saber que el cariño de Paco se le acababa, era una

Digitized by Google

cosa negra, más negra que el morirse.

—¿Y se murió?

—No señor, que no se murió, que anda por el mundo *pa* tormento de las mujeres soberbias y barrumbosas. No se murió; pero aquello tan negro, era peor que veinte muertes. Ella no lo decía, pero estaba viéndosele. ¡Vaya un corazón el de la niña! *Toito* lo guardó siempre, tragándoselo, sin resollar, como si tal cosa; pero la procesión iba por dentro. La real hembra vivió y triunfó; el mundo fué suyo; porque el mundo *pa* ella fué desde entonces Paco. Eso sí; desde que Paco se embarcó con Pepilla, nadie tuvo que decir palabra de ella. Adiós, lujo; adiós, ajetreos con ricos señorones; adiós, juergas estrepitosas; á su fábrica, á su trabajo, á su Paquiro, y pare *usté* de contar. En eso nadie le pone un tilde. Ni el mismo rey que le pusiera los puntos conseguía de ella ni lo negro de la uña.

Digitized by Google

Yo no he visto cosa semejante, y *to* el barrio de Triana se hacía cruces. Hijo... ¿y sabe *usté* cuál era el demonio negro de Pepilla, y lo es y lo será siempre?: acordarse de que no fué Paquiro sólo quien entró en la gloria de aquel cuerpo divino... Porque mire *usté* que á la Pepilla hay que verla bien y hacerse cargo, no sólo de la cara, sino de su persona entera. Sí, señor; esa es la negrura de Pepilla; yo lo ví... Cuando alguna vez vino á pelo y se habló de ese negocio, con cierto puntillo, como hay que hablar de algunas cosas, Pepilla se puso como la muerte, y no fuí yo sola quien la vió retorcerse en el suelo y gritar como una fiera, rasgándose la carne, la cara y los pechos con sus uñas al pensamiento de que no había sido una mujer de bien... Al pensar que María Dolores era un capullo *cerrao* y ella una rosa abierta, con las hojillas suaves, echaditas á volar á *tos* los vientos. Pues, hijo,

Digitized by Google

que pasó lo que tenía que pasar. Por aquí ó por allí, es la pura, que María Dolores y Paco fuéronse haciendo los encontradizos otra vez; que la real hembra se volvía loca; que Frasquito Cruz, *ca* día más loco también por María Dolores, viendo que los dos mozuelos iban juntándose otra vez poquito á poco, fué urdiendo en su magín de bruto las del mismísimo demonio, y que la real hembra y Frasquito Cruz, las dos fieras bravas, locos, desesperados, se fueron buscando también, no para quererse, sino para defender *ca* uno con ayuda del otro, aquello bueno y dulce que á *ca* uno se le escapaba de las manos... Hasta que un domingo, sin que nadie lo pudiera remediar, Frasquito Cruz le dió una puñalada á Paquiro, á traición por supuesto, que le tumbó en la del rey. Pepilla, como una leona, jaleaba á Frasquito, prefiriendo que mataran á Paco á verle con otra. María Dolores, defendiéndole, cayó

Digitized by Google

con él; la sangre corría por el arroyo sin que el mantón de Manila y el almohadón de pelo de María Dolores la pudieran parar. Fué cosa grande. Felipa la gitanilla, que tiene un corazón más grande que el puente de Triana, se puso por medio y se agarró á Frasquito como una pantera para sujetarlo. ¡Sujetar, sí! ¡La medio aplastó el bruto! Le digo *asté* que fué una cosa... Hasta lo sacaron en los papeles. Y la Percales, defendiendo todavía á Pepa... Por supuesto—añadió María de la O encendida de rabia,—lo que es aquella tarde, soy yo capaz de hacerlas tiras, según me puse. Ahora lo están pagando; es decir, la Percales no, pero lo que es Pepiya... ¡Ay, Pepilla!

—¿Y qué le pasó á Pepa?

—Medio loca que está.

—¡Ave María Purísima! María Dolores loca, Pepilla loca, *usté* loca—porque *usté* está loca también,—yo loco. ¡Esto es un delirio!

Digitized by Google

—¿Que yo estoy loca, criatura?

—¡Ya lo creo! ¡Por mí!

—¡El demonio del hombre!...

—¿Y qué me importa eso, hija, si yo estoy loco, loco, *rematáito* por *usté*?

Quedaron mirándose; las bocas tuvieron que callar; los ojos hablaban entonces á voz en grito. De pronto, saliendo de su absorción, dijo la mozuela bruscamente:

—Pues mire *usté;* lo que es el Alcuza sabe dónde está Mecha, y á mí que no me digan. Que me muera ahora mismo si no lo sabe.

El mozuelo la miró de pronto como sorprendido, y luego dirigió la vista á los gitanos.

En aquel instante decía Alcuza con mucha gravedad á otro de los del grupo:

—No tengas *cuidao,* Canana, que *jeso* no se *quearáansina;* primero me corto el *gañote* que *consentilo.* ¡Anda y que le coman lo *sojo* las *vígora* á esa *arrastrá!*...

Digitized by Google

—*¡Quer señón ta escuche, Alcusa!* —respondió el otro;—porque la *mu endina, dende* que se *queó viua e su marío,* está *quitándome* la *jonra.* Tú *jase mu poca semana* que está *jaquí,* y no *pué risolvete é* lo que ven *mi sojo* y lo que ven *lo sojo* de *toitica laz presona.*

—¡En cuanto la *piye* la *eslomo der primé* trancazo! *¡Pa* eso me *queó* á mí la *personaliá, mesmísimo!* Pero cuéntame tú cómo se murió *aquer savorío e Pelote* con la cara que la tenía *aniguá cun* embuste. Cuenta, hijo *é* mi *vía.*

—*Pos* tú *verá* lo que pasó.

Y conforme dijo esto, empezó la historia del difunto *marío,* con sus pelos y señales. Recordó cómo estaba el cielo el día de la muerte del otro, el número de borricos que tenía ya esquilados en la hora que ocurrió la catástrofe, lo que había almorzado, los calzones que llevaba puestos, resultando de aquí una historia grande

Digitized by Google

con otras mil historias chiquititas, pegadas á ella. Escapábasele entre palabra y palabra un *¡po zeñó!* ó un *¡po vamo ja que!...* y seguía siempre á tales aditamentos una interjección fuertísima. Túvose así, que la historia entera, con sus mil historillas, resultó, con ser tan pesada ya, mucho más aún. Añádase ahora la lentitud con que vertía cada una de las frases, la solemnidad, la importancia de que las revistió, los gestos, el ademán, el volver de ojos, el relamer de labios, el crujir de dedos, el escupir..., el delirio, lo interminable.

Declinaba el día; un tono general, azul muy obscuro, extendíase por el cielo, copiándose en el río, bañando con sus tintas dulces los árboles, las fachadas de los edificios, las torres, la multitud del muelle; sentíanse, como salidas del fondo mismo del río, las voces de la maniobra en los buques; vibraba con estrépito, allá, el pito del *San Antonio,* que volvía de

Digitized by Google

sus viajes por los pueblecillos de la costa, y á la derecha se destacaba la torre del Oro, anchota por abajo, quebrada más arriba, en los almenares, y delgadita ya y corta, como cañón partido á cercén, por el reborde de la segunda camisa, y puesto hacia lo alto, con una bala de oro en la boca para lanzarla al cielo.

—¡Ay, *probetillo!*—decía entonces la mozuela.—Figúrese *usté;* estuvo detrás de Mecha desde que salió de la fragua el día antes. ¡Parece que lo hizo el demonio! ¿No es cosa fuerte, hombre? Atisbó á Mecha y anduvo detrás de él la mar de horas, cojo y *tó,* y luego, cuando fué menester, no tuvo vista ni tuvo piernas. ¡La suerte de los hombres!... Dice la Percales que el cojo se hizo el muerto y no pareció por allí por cobardía. ¡Embustera, chismosa! Que se le ponga Mecha delantito, y ya verá *usté*... ¡Mecha!... ¡Quién sabe dónde estará ahora ese *peazo* de ladrón! Por su-

Digitized by Google

puesto, que yo sé quién lo sabe: aquél, aquél que está allí.—Y señaló la moza enérgicamente, sin temor alguno, al gitano que designa la historia con el nombre de Alcuza; y luego, de pronto:

—Pera *usté* ¿cómo se llama, hijo mío?

—Me llamo el Bandita, *pa* que *usté* lo sepa—contestó el mozuelo;—por otro nombre, aunque me esté mal el decirlo, Periquito Ruiz; con unas manos *pa* el formón y el escoplo y la gubia... ¡Madre mía! Y lo que *usté* no sabe: que estoy esperando siempre la hora de encontrar por ahí algo *güeno* que me coja en su regazo y me dé su calorcito; porque mire *usté* que esta *vía* de perros yo no la *pueo resestí*. Y *usté* ¿cómo se llama además de eso?

—¿Además de qué, criatura? ¿Me vá *usté* á quitar del mundo?

—Además de María.

—Pues María de la O. ¿Ha visto

Digitized by Google

*usté* qué cosa más fea... y más sola? O... Y lanzó su risa bullente.

—¡Jesucristo divino! ¡Qué boca pone *usté pa decí*... O! ¡Si parecen los labios un anillito de plata, que me está á mí apretando, apretando!... Oiga *usté,* yo me voy á *morí* ahora mismo.

—¿Tan pronto, Bandita?—exclamó la mujer, riéndose otra vez guasonamente.

—Ahora mismo. ¡Cuando lo digo yo!... Es *decí,* si no me dice *usté* al instante que ese nene no es de *usté* y que en *usté* no manda ningún *nacío,* y que... María Santísima, tenme de la mano, que no sé dónde voy á parar.

—Toma, nene—dijo María de la O, sin contestar, metiendo la limeta otra vez hasta el gollete en el gaznate del chiquillo.

La criatura de Dios cogióse al tarro con ambas manitas y puso los ojos en la altura, como en contem-

Digitized by Google

plación de no sé qué celestiales cosas.

Llegó al muelle el *Villa de Coria;* desembarcaron los pasajeros; el tío Alcuza con sus compadres, las mujeres con sus chiquillos, el vendedor con sus rosquetes, sus arropías, sus cotufas y demás tentaciones, mirando con misterio á los granujas, como para infiltrarles en el alma crueles apetitos; y salieron del barco, en fin, María de la O, con Jesús y Bandita, charlando siempre los dos, riéndose, enamorándose, acariciándola él con la palabra, con los ojos...

Anduvieron con lentitud. Iban á Triana; pasaron el puente, doblando después hacia la calle del Betis.

—Vaya, madre mía; siéntese *usté* aquí y no corra *usté* tanto—exclamó el truhán, parándose junto al pretil del río.

—Pero, hijo, *¿usté* se figura que yo no vine al mundo *na* más que *pa* que *usté* me mande?

Digitized by Google

—¡Vamos, que se siente *usté* le digo!—Y el Bandita echó gravemente mano á la petaca.

—Y si no me quisiera sentar, ¿qué pasaría?—dijo ella.

Pero estaba diciéndolo y se sentó.

Tomó posesión el pirata al lado de su presa, sacó un cigarro, lo arregló calmosamente, sacó un cerillo, encendió el cigarro... y María de la O mirábale de reojo... Él, la miraba también, miraba su cabeza, su garganta... sus brazos. Tenía los brazos medio desnudos y caían por ellos, como rayos de luz, los flecos de un pañolón de seda; mal cerrado el pañuelo, dejaba ver algo del busto. Era gentil la cabeza, modelada, rubio el cabello, levantado sobre la frente y traído por los lados hasta los ojos casi; parecía el pelo así, un bellísimo arco ojival, de aquellos que se admiran en los alcázares sevillanos, sobre un fondo resplandeciente de nacar.

—«¡Ay, *señá* María!»...

Digitized by Google

Lento y dulce hundíase el sol, dejando una vaga luz, inspiradora de nostalgias y somnolencias, suavizándolo, armonizándolo todo, los ángulos de los edificios, los torcimientos de las calles, el negro verdín de los muros de las torres, el rostro y la voz de las personas. Abril, con todas sus galas, esparcía en los aires su aliento y el perfume de azahar metíase en los pulmones, escapándose de los naranjos en flor, como besos risueños, misteriosos, de no se sabe qué boca fresca y enamorada.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

## III

### Bandita

—Pues la *verdá*—saltó María de la O de pronto,—lo que es este Jesús no es mío ni quien tal ha *pensao; ¿usté* lo oye, Periquito *Ruí?* Yo, siempre en mi casa *pa fregá* y *pa* planchá; y del *lavao* que no me digan; pero lo que es de hombre, ni tanto así, porque Dios no quiso y porque no quise yo tampoco; el nene que *usté* aquí ve es de mi hermana, que se casó como se casan las buenas hembras y vive en Aznalfarache, y me lo traigo conmigo alguna *ve*. Yo sé que una no debe fiarse de un hombre de buenas á primeras; pero es lo que yo digo: con *probá na* se pierde,

Digitized by Google

y si el fin de *usté* no es bueno, que mal fin tenga *usté* y que se lo lleve el demonio. ¡Ea! Y ya no estoy aquí más, que me ha *quemao usté* la sangre sin que yo sepa cómo; lo dicho, dicho, y hasta más ver, si es *usté* de ley... ¡señor don Periquito *Ruí!*

Dijo todo eso en una tirada, como contra su voluntad; como si algo de más poder que ella la hubiese empujado á decirlo; levantóse para cortar de una vez la plática y echó á andar como quien no piensa ni quiere pensar en un personaje que molesta; pero el Bandita se levantó precipitadamente, púsose á su lado y exclamó con mucha seriedad:

—Es que yo la llevo á *usté* al fin del mundo.

—Es que yo no voy al fin del mundo, que voy al Cuartelillo, y al Cuartelillo no quiero que me lleve nadie, porque yo sé ir sola.

—¡Jesús, María y José, con el genio que echó la niña en un ratito *ná*

Digitized by Google

más! ¡Espérese *usté* ahí, ó le digo á *usté* fea!

—Pero *usté* ¿qué quiere?—dijo María de la O *plantándose.*

¡Y se lo dijo sin saber qué decir! ¡María de la O, la mujer de más discurso, después de Pepilla la de la Rinconá y la Percales!

—¡*Pos* que *usté* me quiera!

—¡Hombre, por el amor de Dios, pero no apriete *usté* las clavijas de ese modo!

—¡Si yo no aprieto ni tanto así!... ¡Si yo lo que quiero es eso y *ná* más, criatura! ¡O es que va *usté* á *empezá* á darse tono cuando menos es *menesté!*—Dijo esto el Bandita zalameramente.

María de la O miróle entonces cara á cara. ¡Y que no estaba dándole á María de la O mucho gusto de todo aquello que oía!

La muchacha cambió de rumbo, dirigiéndose á la calle de San Jacinto; torcieron á la izquierda, hacia la

Digitized by Google

Cava, y no sé lo que por el camino hablaron; lo que se sabe con seguridad, porque María de la O lo dijo en cierta ocasión solemne, es que el Bandita la trastornó aquella tarde; no habló nada de lo que hubiera podido influir en su ánimo, para bien del tenorio trianero, aquella dorada manzanilla que, con ayuda de Jesús, trasegó, yendo río arriba en el *Villa de Coria*.

Llegaron á la calle de Pagés del Corro; después de pasar el convento de San Jacinto encontráronse de repente con Alcuza, que se había adelantado á ellos. María de la O detúvose; era imposible seguir ante lo que allí estaban viendo: una puertecilla microscópica, desvencijada, torcida como por un gesto espantoso de dolor; salía Alcuza andrajoso, negro, bizco, imposible, tirando resignadamente de una cuerda; iba saliendo por la puertecilla una burra macilenta, melancólica, lacia, inverosímil, con el apa-

Digitized by Google

rejo que era un dolor de roto y de los jirones que le colgaban. Con grandes esfuerzos consiguió el gitano sacar la burra; detrás de la burra salió una gitana derrotadísima, con las greñas por el rostro, como los girones del aparejo de la borrica, sucia, con un pañolillo al cuello y un zurrón atrás, por donde asomaba la cabeza desgreñadísima de un gitanillo medio desnudo, de cara churretosa. La *viua Locares,* porque á tan ilustre hembra está el lector conociendo ahora, aunque sea de paso, iba armada de un garrote muy regular. En aquel trance solemnísimo, en que cogían toda la calle, como quien dice, con ser tan ancha y todo, la gitana alzando el garrote sobre la burra, el cuello estirado de la burra, el hocico tendido, el cordel en tensión atado al hocico, los brazos de Alcuza y Alcuza tendido casi para hacer hincapié á fin de que la burra anduviera; en aquel trance solemnísimo—decía—fué cuando

Digitized by Google

se detuvieron el Bandita y María de la O. Hubieran tenido que detenerse de todos modos, porque la gitana, su palo, la burra, el cuello de la burra, el hocico de la burra, el cordel, las brazos de Alcuza y Alcuza, formaban, todo atravesado en la calle, una larga cuerda que hacía imposible el tránsito.

—*¡Jarre!*—dijo Alcuza melancólicamente.

Pero el animal no se movió; parecía de piedra. Alcuza tiraba del ronzal como el javegote tira del copo.

—*¡Jarre!*—volvió á decir con mucha calma. Y luego añadió descorazonado:—¡Que no se *quié meneá* la indina ni *po* un *divé!*

La gitana levantó la vara con intención siniestra, pero Alcuza la detuvo con un ademán solemne.

—No le *endilgue*—le dijo—*aspérate,* que voy á *ve* si *sarrima* á la *rasón* con un chorro *e palarbas mu* bien *ichas.*

Digitized by Google

—¡No *jará* caso—murmuró la gitana con mal gesto.—¡Mentira *paece!* Si *e nesa frente* no hay dos *deo je luce.*

—*¿Tenerá argún* pique?—preguntó Alcuza, muy pensativo; y sin preocuparse de lo que el alto discurso de la otra pudiera opinar, se aproximó á la burra, le cogió el hocico y se lo levantó amorosamente; echándose para atrás se puso en jarras, y encorvando un poco las piernas y enarcando el cuerpo otro poco, fué hablándole en este sentido, con muchos y muy diversos tonos, desde el patético al trágico, según los muchos y diferentes sentimientos que iba á su parecer despertando en la burra.

—*¡Probetica! Vamo ja ve;* dime la *verdá:* ¿Es que hay *argún pesá* en tu *arma?* ¿Es que hay *argún* luto en tu familia? Si *tiene jarguna* congoja *e* cuando en cuando, ¿no te consuelo yo *enseguía* con *tó* este *queré* de *mi sojo? ¡Dirlo, oncella e mis pensamiento!*

Digitized by Google

¿Quién *tié* como tú un *pasá* tan *esente?* Quién te *carsa, vamo javé?* ¿Quién te peina? ¿Quién te viste? ¿Quién te pone dientes *nuevo* en cuantico *jase farta?* ¿Quién va y te *pule* en *Seviya,* y quién *güerve indispué* y te *merca,* porque mi pecho se estroza de no tenerte en *er* seno de *junta* la vera mía?

La burra, conforme hablaba el gitano, iba hundiendo el hocico en tierra hasta metérselo casi entre las pezuñas, como si en realidad, alguna preocupación pesase sobre ella; sus ojos sin vida, medio cerrados, miraban con tristeza las piedrecillas del arrecife; por sus lomos hundidos corría alguna vez un temblor extraordinario; sus patas enclenques doblábanse, como de no poder resistir las razones de Alcuza; quería menear el rabo para contestar sin duda, como Dios le diera á entender, al digno discurso; pero el rabo, como sujeto por una voluntad superior, misterio-

Digitized by Google

sa, permanecía inmóvil; ni un leve movimiento de las orejas indicó tampoco la posibilidad de que hubiese oído.

—¿Ves tú?—exclamó la gitana coléricamente.—¡Se está *cayá*!

—¡Se está *cayá* de *vergüensa!*—respondió Alcuza con una dignidad que le hubiese envidiado cualquier gran hombre.—Cogió otra vez el ronzal, y levantando el puño trágicamente, amonestó á la burra en esta forma:

—Te creí una *presona* de entendimiento, pero *ar* fin me *va ja convensé* de que *ere juna* burra. ¡Jarre, burra! —Y tiró. ¡Ay, pero la burra quedó inmóvil!

—¡Vaya un bicho retozón, compare!—gritó el Bandita.

Alcuza miró á Bandita furiosamente, y siguió tirando del ronzal sin que la burra se moviera.

Como si el Bandita se hubiese propuesto apurar la sangre del gita-

Digitized by Google

no, se aproximó á la burra diciendo con mucha seriedad:

—¡Si tiene *usté* aquí una burra que vale *toitico* cuanto se diga!

Alcuza tampoco habló; pero se aproximó Bandita á la burra, como para pasarle la mano por el lomo, y entonces el gitano, poniéndose entre la burra y el mozuelo de un brinco, exclamó deteniéndole con trágico ademán:

—¡No la jurgue, que se cae!

Reíase María de la O, y se estremecía su carne al reir, como con convulsiones de endemoniada. No pudo observar con esto un detalle curiosísimo, que al lector le extrañará sin duda; el Bandita deslizó rápidamente estas frases al oído del gitano:

—Está *escamá;* dice que tú sabes dónde está Mecha. ¡Ojo! Yo no la dejaré.

—¡Mal rayo la parta!...—gruñó Alcuza, y siguió su camino con la cuerda en la mano.

Digitized by Google

El Bandita y María de la O, con Jesús á remolque, se dirigieron á la fragua del tío Berrinche. Llegaron á la puerta; nada se oía; Canelo estiraba sobre el escalón su grave figura.

Habían invertido más de una hora en llegar á la fragua. Era ya de noche: los chiquillos jugaban en la calle, las mujeres tomaban el fresco en los balcones y en las puertas; una tibia ráfaga de aire embalsamado de esencias de jazmines daba alguna vez en el rostro de María de la O. Le parecía el aliento de Periquito Ruiz.

—¡Vaya, con el *señó* Periquito *Ruí!*...—exclamó zumbonamente.—¡Y lo que ha *conseguío* el *señó* Periquito *Ruí!* ¡Si estoy asombrándome!

Canelo, sin decir esta boca es mía, miraba á Periquito Ruiz con alguna zozobra.—Vaya—dijo para su rabo: —¿quién será este prójimo?—El autor supone que lo diría.

Y Periquito Ruiz decía mientras á María de la O mimosamente:

Digitized by Google

—Hasta luego, ¿sí, *Mariquiya?*—Ea, dime la hora y quítame de *pená*.

—No, eso no—respondió ella enérgicamente; —yo no voy con *usté*, mientras no le conozca.

—Bueno, hija mía, *pos* voy á *traé* ahora mismo una carta de recomendación. ¿De quién quiere *usté* que se la traiga? Vamo *ja ve*.

—Del cura—contestó María de de la O echándose á reir.

—¡Oiga *usté*, so fea!—*¿usté* me va á *tomá* el pelo?

—¡Ay, el hombre! Pero *¿usté* se ha *creío* que está una aquí *pa* el primerito que se le antoje? ¡Ea, con Dios!

Sintiéronse pasos, y Bandita dijo precipitadamente:

—Luego vendré.

María de la O no tuvo tiempo de contestar. Bandita alejábase presuroso.

La puerta del taller estaba entornada solamente. Al mismo tiempo que María iba á entrar, se abrió la

Digitized by Google

puerta y apareció un hombre. Era Paquiro.

Soltó la muchacha una exclamación alegre.

—¡Paquiro!

—Hecho ya un hombre—contestó Paquiro.—Me escapé de la casa y vine un rato.

—¡Ay, válgame Dios! ¡Y cómo estará María Dolores!

—¡Matándome de coraje! ¡Anda, que arriba la tienes!

—Vaya, Paco... Mira que no seas duro de corazón; acuérdate de la Virgen de la Esperanza, que te sacó á flote. Anda, vé á verla, hijo.

—¡Cállate, María, que no sabes!; cuando me vi en aquello y pude yo encarrujar algo, lo primerito que se me ocurrió fué ponerle un cirio á la Virgen más grande que una casa, como saliera con bien, que me parece mentira. Y luego, me acordaba de otro puñalito que tenía yo clavado, pero no había sido clavado á traición,

Digitized by Google

como la lima de Mecha, que fué cara á cara y mirándome con aquellos ojazos muertecitos de angustia por lo que á mí iba á pasarme. ¡Qué chiquilla!... ¡Si me parece que la estoy viendo cogida á mí como una fiera y poniéndose delante para recibir el golpe! Oye, María: ¡yo estoy loco!

—Pues, hijo, ¡y ella!...

—Cállate y no me sofoques, que ella no me quiere ni tanto así. ¡Por vida del mundo!... ¡Si tú no sabes lo que á mí me pasa! ¡Si estoy más negro que el carbón! Suponte...

—A mí no me cuentes—repuso ella, interrumpiéndole;—la mía es la pura. ¡Ni que estuviéramos en Belén! ¡Como que iba á ponerse delante de tí, *pa* que el *piyo* de Mecha le metiera en el corazón media legua de lima, por tu carita preciosa, si no estuviera la pobre loca por tí!

—¡Ay, María!

—Lo que tú tienes que hacer es ponerte bueno del *tó* y echar tripas;

Digitized by Google

y no tengas tú *cuidao;* que cuando á ti te sacó la Virgen de la Esperanza con bien, *pa* algo habrá *sío;* lo que tiene María Dolores es más *mieo* que vergüenza y no quiere *da* su brazo á *torcé,* no vayas tú á *salí* luego con una de las tuyas. ¡Anda ya, bicho malo! ¡Hombre, si ya sabemos lo que tú eres! ¡Por supuesto, y lo que son *tós*!—añadió, soltando un suspiro.

—¡Que no, y que no!—exclamó él, desesperadamente.—¡Que yo te lo digo, Mariquilla!, que no es verdad lo que tú te figuras; que para mí no hay ya mujer en el mundo como no sea María Dolores.

—Lo que tú tienes que hacer, ya te lo he dicho: es dejar al tiempo lo que es suyo. Ea, y con Dios, que María Dolores estará esperándome. ¿Oyes, Paquiro?

—¡Bueno, anda con Dios, mujer, que lo que sea tronará!

—Lo que va á tronar va á *sé* un repique á gloria que se va á *jundí* el

Digitized by Google

mundo, en cuanto tú la convenzas de que es *verdá tó* lo que estás ahí diciendo. Ea, *chiquiyo*.

Paco se fué.

Se metió en su casa, sin ver que un hombre le seguía cautelosamente. Era Periquito Ruiz. Cuando entró Paco en su casa, Periquito quedó suspenso, como si dudase.

—¿Y qué hago yo ahora?—Se hizo esta pregunta y pareció vacilar aún. —*Pos* que parta una centella al otro, que lo que es yo hablo todavía con esa *mujé* esta noche.

Volvió atrás; la casa de Paco no estaba lejos, y pronto se halló delante de la del tío Berrinche. Canelo soltó un ladrido. Bronquita estaba entonces con Canelo; iban á trabajar aquella noche. Á poco de ladrar Canelo levantaron un visillo en la ventana de María Dolores. Lo había levantado María de la O. Vió la mozuela al Bandita como embutido en la pared de enfrente.

Digitized by Google

—¿Le parece á *usté* el demonio de Periquito?—exclamó iracunda.—¡Lo que es este hombre me *arremata* á mí!

Digitized by Google

Digitized by Google

## IV

### Donde María Dolores cree que á María de la O se la ha llevado el demonio

María de la O no quiso asomarse, no quiso bajar, pero el alma estaba yéndosele por el balcón y bajándosele por la escalera.

María Dolores comprendió su inquietud, y á la primera pregunta que dirigió á su amiga contó ella cuanto le acababa de ocurrir desde que salió de Aznalfarache hasta pisar el escalón de la puerta de la fragua. «¡Demonche con Periquito Ruiz!»

María Dolores reíase y María de la O sofocábase más viendo reir á su amiga.

Digitized by Google

—Lo que yo te digo—gritó para concluir, respirando fuerte y con la cara abrasada con no sé qué fuegos que le salieron del corazón;—que con ese me voy yo á los profundos; y que nadie me busque, porque ya saben que estoy *ayí,* en lo *má jondo, achicharraita* con él.

—Pero, hija mía—exclamó María Dolores en tonillo de burla,—me parece muy pronto.

—¡Que no aguanto más; que yo voy á morirme!... Que me muero ahora mismo si ese hombre no me quiere.

María Dolores se puso seria.

—Lo que tú harás—dijo con muy mal ceño—será sentarte y esperar á que Felipa venga, para que yo no me quede sola.

—Bueno—repuso María agriamente.—Me siento, porque no se diga; y porque no debes quedarte sola, no señor; porque mira tú que el Alcuza anda por ahí, que yo le he visto, y

Digitized by Google

cuando él está en *Seviya* no está *pa na* bueno; porque á mí no me saca nadie de entre ceja y ceja que son uña y carne Alcuza y el otro. ¡Aquel Frasquito Cruz á quien no parte un rayo! Ea; y ya estoy *sentá;* dime qué más quieres.

María Dolores no contestó; al oir los nombres de Alcuza y Frasquito Cruz, su rostro, animado, cubrióse de una palidez mortal. El encanto se había roto.

Quedó como muerta; había sufrido mucho, pero después de aquellas grandes pesadumbres, salió el sol en su alma con el restablecimiento total de Paquiro y aquel amor del hombre adorado que tan feliz la hacía.

Paquiro, durante su postración dolorosa, entró en cuenta, sin duda, consigo mismo; lo sabía además María Dolores, le estuvo observando, palpitante de inquietud y esperanza, presintiendo, más bien que si la comprendiese, la transformación moral

Digitized by Google

que fué haciéndose en Paquiro durante el largo período de su enfermedad, tanto en sus horas crueles de agonía como en las semanas inacabables de convalecencia. ¡Quién sabe! ¿No habría sido la puñalada de Mecha la salvación moral de Paquiro?

Estaba María Dolores entreviendo un porvenir soñado, por lo que presintió en Paquiro. Si no se entregó abiertamente á esta felicidad, fué por miedo. María de la O estaba en lo firme.

Paco restablecido, ella feliz, para nada acordábase de Frasquito Cruz. María de la O rompió el encanto; aquel sueño de su felicidad lograda obscurecíalo siniestramente la figura repugnante y amenazadora del gitano.

«Estaba de Dios que no fuese feliz con Paquiro.» Esto ardía en el pensamiento de María Dolores en aquel minuto en que permaneció como si la hubiese postrado de una vez para

Digitized by Google

siempre el nuevo golpe recibido. Gran Dios ¿qué era aquello?

Entonces, Mecha ¿tendría que ser, sin remedio alguno, su espanto y su pesadilla? Entonces ¿un hombre soez, sin recursos, perseguido, conseguiría ser, sólo con su maldad, el sobresalto constante y la desolación de una familia?

Pensaba María Dolores en todo esto allí, en la ventana, como en otra ocasión, delante de los tejadillos llenos de jaramagos, iluminados también por la luna.

Pensaba en todo esto, hasta el punto de olvidarse de María de la O. «¡Ay, Virgen! ¡Salía otra vez á relucir Frasquito cuando ella, precisamente, podía conceptuarse feliz, convencida ya de que el amor de Paco era cierto!»

La seguridad de este amor había costado lágrimas y sangre; lágrimas de ella, silenciosas, terribles, durante algunos años; sangre de él, derrama-

Digitized by Google

da á torrentes con la traidora puñalada de Frasquito Cruz.

Y á este nombre, traído á su imaginación maquinalmente por la lógica natural de sus ideas, se unió el de Pepa la de la Rinconá. ¡Sus dos tormentos! ¡Sus dos suplicios!... ¿No restaría lo peor aún?

Una ráfaga de aire estremeció misteriosamente los jaramagos; María Dolores se estremeció también al sentir en su cara aquel fuerte beso del aire cargado de perfume.

Pero no fué aquel beso lo que la había estremecido principalmente; sólo la estremeció un beso en su vida, único de hombre que selló sus labios; un beso que crujió en su boca como una gran risa cierta horrible tarde de tempestad, cuando las jaras, temblando al rugir del trueno y doblando sus rosetones, dejaban caer sobre el húmedo terruño sus blanquísimas hojas salpicadas de sangre.

No fué aquel beso lo que la hizo

Digitized by Google

estremecer, no; fué la idea de que mientras Frasquito Cruz y Pepa la de la Rinconá anduviesen por el mundo, su dicha sería imposible, aquella dicha que tan cara podía costarles aún, como no contasen con el amparo de Dios.

Sintió en aquel punto lloriquear á su espalda, y volvió el rostro.

¿Qué era aquello? Era Jesús que había despertado; el angelito, conforme llegó con María, se tendió en el suelo tranquilamente á dormir la mona, como cualquier honrado borrachín que no se mete con nadie.

—¡Ay!—exclamó asombrada—¿y María?—Y llamó con fuerza:—¡María! ¡María!

No respondió nadie.

Abajo se oía el repique sobre el yunque y el resoplido de toro del fuelle; arriba... el llanto melancólico de Jesús.

María Dolores olvidó por un ins-

Digitized by Google

tante sus preocupaciones, para pensar en María de la O solamente.

Pensaba con inquietud en todo lo que la muchacha estuvo diciendo antes.

¿Estaría abajo? La llamó otra vez; no respondió; abrió el balcón y miró ansiosa; nada veíase; sólo allí, delante de la puerta, aquel cuadro de luz, del resplandor de la fragua, como ancha alfombra de oro atravesada en la calle.

Bajó al taller inmediatamente y preguntó por María. El aprendiz le contestó desde su pedestal, tirando de un fuelle y empujando el otro:

—¡Se fué!

—¿Cuándo? ¿Hace mucho?

—*¡Juí... po* si *jase* ya quien tal vió!

—Pero ¿qué hora es?—preguntó María Dolores asombrada.

—*La sonce.*

—¡Las once!... ¿En qué se le había pasado el tiempo?

Digitized by Google

Subió otra vez á su cuarto.

Jesús berreaba como un toro. Empezó María Dolores á consolarle y decía á la par tristemente:

—Anda, hijito, que á tu tía se la llevó por fin el demonio.

Digitized by Google

Digitized by Google

# V

## Donde parece que un demonio se lleva á una mujer á la Gloria

Lo cierto era que María de la O pasó un rato amarguísimo; procuraba defenderse de Periquito Ruiz, pero le era imposible; veíale allí, clavado en la pared, inmóvil como una sombra, y no podía resistir los fieros impulsos que le acometían de ir á desclavarle de aquella pared, para que no se estuviese allí toda la noche. Lo malo era que ofreció á María Dolores no irse hasta que Felipa llegase. «¡Si aquella condenada bizca hubiera ido!» Pero á la gitana parecía habérsela tragado la tierra.

«¡Qué suplicio! Ella tuvo la culpa,

Digitized by Google

que se despidió de Bandita de aquel modo, sin decirle sí ni no; aquello no estaba decente, y una persona fina no debía portarse así.» Lo que estuvo temiendo María de la O, y valgan verdades, era que Bandita lo pudiera tomar por donde quemara, y que no volviese, por no estar segura de él ni mucho menos.

—No, lo que es yo no bajo.—Decía esto con mucha firmeza y acordábase á la vez de todos los incidentes de su conversación con Bandita, experimentando al recuerdo de cada palabra, de cada ademán suyo, una sensación extraña que la hacía morir. Cuando con más firmeza prometíase no bajar, creyó que Periquito hacía un movimiento para alejarse; y automáticamente, como si obedeciera á mágico resorte que le impulsara con el movimiento de Periquito, dejó caer la cortina, avanzó resuelta, sin pensar poco ni mucho en María Dolores, que en lo que menos pensaba era en

Digitized by Google

María de la O, y en un segundo se plantó en la puerta de la calle.

Periquito Ruiz se desclavó de la pared, y María respiró con cierta tranquilidad, como consolándose un poco de su mala acción de haber bajado, al pensamiento de que fué para desclavar á la pobre criatura. Metióse María en el quicio de la puerta inmediata, apartándose un poco de aquel escandaloso torrente de luz que del taller desbordábase como para perseguirla, y esperó con ánimo firme.

El enemigo presentó batalla al punto, y acometió con coraje.

—*Usté* se viene ahora mismo á un cierto rincón, donde hablaremos con mucha *formalidá* de un asunto *mu delicao*.

—Lo que *usté* hará—contestó María echándoselas de valiente,—es irse y no marearme; porque si yo he *bajao* fué solamente para arrancarle á *usté* de esa *paré*, que me estaba *usté* pare-

Digitized by Google

ciendo un marmolillo y no quería yo que pasara alguien y se rompiera contra *usté* las narices.

—Hombre, ¿y ahora va *usté* á echárselas de graciosa, cuando sabe *usté* que me muero de ganas de decirle que en cuanto *usté* quiera estoy yo aquí con los papeles *pa* casarnos? Cállese *usté* esa boca y eche *usté* á *andá,* que tenemos que *resolvé* esa cuestión ahí cerca, los dos solitos.

Al oir María lo de los papeles y lo del casamiento, pareció que la sangre se le helaba.

—Pero hombre—dijo—¿y si *usté* resulta luego una mala persona?

—*Pos* tendrá *usté* paciencia, que *pa* eso son las mujercitas de bien: *pa aguantá* lo que viniere, en *pa* y en gracia de *Dió*.

Estaba ella de pie en el escalón; él era un poco más alto; las dos cabezas á un mismo nivel, parecían juntarse; con un poco más, los alientos se hubieran confundido. ¡Brillaban

Digitized by Google

de una manera los ojos de Periquito Ruiz! ¿Lo creeréis? María de la O no supo qué contestar. Miró confusa el cuadro de luz tendido en la calle. Le pareció que el cuadro de luz iba aumentando lentamente, que iba ensanchando, que iba á llegar hasta ella, que la iba á envolver, y de un modo maquinal, inexplicable aun para ella misma, bajó el escalón y fué á subirse en el de la puerta inmediata. La siguió Bandita.

—Vaya—dijo con despecho;—creí que vendría *usté* ya, pero se vuelve *usté* ahora un pajarito, *pa saltá* de rama en rama.

María de la O, como si volviese de un sueño, exclamó con ímpetu:

—Pero hijo, ¿dónde demonios quiere *usté* que yo vaya?

—Conmigo.

—¡Es claro! Con el demonio—respondió encolerizada contra sí misma, más que contra Periquito Ruiz. Y



Digitized by Google

decía mentalmente:—No, y lo que es yo me voy.—Luego, alto:

—Pero *vamo á vé: ¿usté* qué es lo que se ha propuesto?

—Morirme ahora mismo como no haga *usté* lo que yo le mande; y lo que yo le mando es que se venga *usté* aquí al *lao,* un poquito *na má, pa* que yo le eche á *usté* una cañita, y bailándole al son, le jure que es *verdá tó* eso que dije de la *mujé* y el hombre y del mío y el tuyo, viéndonos la *cara* á la luz, y no en estas oscuridades, que meten *mieo.* ¡Ande *usté* ya, que *está usté* haciéndome *sudá* el quilo *pa conseguí* una cosa de tanta razón. Y no me eche *usté eso sojo,* que me parece *usté* un guardia *civí* cuando coge en la carretera á un *indocumentao!*

—Ahí le duele—exclamó María con aquella gran soflama;—documentos son lo que yo necesito... Y no digo yo la guardia civil, un gancho quisiera yo *tené* en *ca ojo,* con más garabatos que piedrecitas tiene la calle, *ná*

Digitized by Google

más que *pa* metérselo á *usté* en el alma y sacarle *toa* la *verdá* y *toa* la mentira que tenga *usté* en ella.

—¡Pero maldito sea el caballo de oro! Si es *usté* un puro gancho *tóa*, hombre, ¿por qué decirme que quiere *tené* uno en *ca* ojo? ¡Si está *usté* mareándome! ¡Si yo no *pueo aguantá* esta muerte tan larga que me entró cuando la ví á *usté* la vez primera, que no fué esta tarde en el barco, sino mucho há! ¡Como que fué en la feria última! ¡Ya ve *usté!* Iba *usté* con dos mujeres y un hombre; y supe luego que eran María Dolores y la casera con su *marío*. Me quedé yo como muerto cuando la vi á *usté;* una gitana os metió en una casilla, y ya no la vi más. Siempre estaba acordándome... y cuando la encontré á *usté* hoy en el barco, vi el cielo abierto. Ea; y se acabó la historia... Haga *usté* el *favó* de *acabá* de pegarme un tiro, ó véngase *usté,* que estamos aquí en *mitá la* calle y no es aquí donde

Digitized by Google

yo quiero que estemos... Y lo que es por *jurá,* yo le juro, *pa* que *usté* se tranquilice, que soy de *usté* hasta lo *má jondito*... Y que se sequen *mi sojo* y *ca* pestaña se me *güelva* un escorpión que me envenene el pecho y la sangre y que la tierra me coma, si no es *verdá* lo que yo le hablo.

Mariquilla echaba fuego al escuchar tales cosas; no pudo resistir ya, y contestó:

—Pues, hombre, á tanto porfiar, con probarlo basta; con *usté* me voy. De *toas* maneras ya me lo tenía yo *tragao.*

—¡Olé! *Pos* andandín.

—Pero ¿con esta facha? ¿sin un *mantonciyo?*

—Eso sí que no; que va *usté* á metérseme otra *vé* en *ca* la María Dolores, y no va haber Dios que la eche ya fuera.

—¿Pero en cuerpo gentil, criatura?

—En cuerpo gentil y saleroso, que parece un junquito moviéndose en el

Digitized by Google

aire; venga *usté* acá, *so* picarona.— La cogió de una mano y María se dejó llevar.

¿Dónde fué? ¡Qué le importaba!... Iba con Periquito Ruiz. El mozuelo no anduvo mucho; encontráronse pronto en un cuartillo de cierto pasaje; un cuartillo de madera que parecía un camarote, ornamentado con una mesa de despintado pino y dos sillas; sus paredes no llegaban al techo, las tablas laterales eran compartimientos de otros camarotes del mismo jaez; una luz de gas, medio muerta, sobre el borde del tabique, se repartía medrosamente en aquel camarote y el próximo; los otros cuartos estarían también honrados con público ilustradísimo, según las voces que se oían, aguardentosas las más, de mueres y hombres.

Sentáronse en las mugrientas sillas, y os juro que María vaciló un instante en la duda de que se pudiese quedar pegada al respaldo; pero no se

Digitized by Google

acobardó; era valiente y habíase propuesto saber hasta qué punto podía contar con Periquito Ruiz. Con mucha compostura y gravedad pidió Periquito manzanilla, un avispero de seis, y la pidió de la más olorosa y la más fina, «como *pa* que pasase *po* el *gajorro* de plata de aquella *mujé* que iba á su vera.» Cuando la llevaron, escurrióse el Bandita un momento.

—*Na* más que un minutito, gloria. —Y salió sin esperar á que le respondiesen.

Cerró la puerta tras sí y llegó con rapidez á la del cuarto inmediato. La empujó sigiloso, y entró con un dedo puesto en la boca, imponiendo silencio. Estaba allí Alcuza con otros dos hombres. Al verle, suspendieron la conversación, que parecía muy animada.

—¿Qué hay?—preguntó Alcuza.

—Chitón, que está ahí—contestó Bandita con el aliento casi;—no hables alto. Ya está listo.

Digitized by Google

—¿Sí?—preguntó Alcuza admirado.

—Sí, yo respondo: ¿qué día será? Vivito, que me aguarda.

Alcuza se rascó la cabeza con inquietud, como si dudara en resolver algún asunto grave. Se volvió á uno de los hombres:

—Oye tú, Pardiyo, ¿qué tiempo *echará* en *dí á avisarle*.

—*Pasao* mañana estará aquí—respondió Pardillo.

—Ea, bien; *pasao* mañana es domingo... hasta *pasao* mañana; lo demás es cuenta mía. ¿Conforme?

—Conforme—dijo Alcuza.

Bandita salió.

María le esperaba inquieta, pero Bandita la supo calmar inmediatamente. Con lo que allí dijo para que la muchacha no desconfiase, formaríase un curiosísimo volumen de amor y truhanería. Su acento de sinceridad era lo que más consolaba á su novia.

Digitized by Google

—Pero ¿á qué he *venío* yo aquí?—preguntábase con desesperación en voz alta.

Pensaba en María Dolores, en el niñito...

—A darme gusto—contestó el Bandita.—Bebe, que te voy á *decí* una cosa.

¿Qué cosa sería aquélla? María de la O esperó con gran inquietud, brillándole los ojos, y en la mano la caña.

—¿Me quieres de *verdá?*—preguntó Bandita muy serio.

—Sí. Me muero—contestó la infeliz;—no sé lo que me pasa. ¡Esté *usté toa* la vida guardando el recato y la compostura, *pa* que luego, en un minuto, haga una consigo misma este atropello! ¿Quiere *usté* que le diga una cosa, Periquito *Ruí?* Pues váyase *ustè* y déjeme, que soy una mala, sólo por haber *venío* aquí con *ustè;* y si *usté* no me engaña y es *verdá* que quiere casarse, cásese con otra, que

Digitized by Google

yo no lo merezco.—Y Mariquilla de la O se echó á morir. «¡Virgen del Carmen! Aquel Periquito le había *trabucao lo seso*». Y lloraba, lloraba amargamente.

Él la contempló un rato, como si en realidad le embelesara la buena fe de su novia, y exclamó así en tono muy dulce, cogiéndola de las muñecas para arrancarle los puños de los ojos:

—Oye tú, pampucia: yo me voy á *casá* contigo, aunque no te lo parezca, porque eres un perro manso y haces lo que yo digo; y *pa* que veas que no miento, y que aquí hay también un corazón de hombre, ahora mismo vas á largarte, sin que yo te ponga un *deo* encima siquiera. He dicho.

—Pero ¿es *verdá*?—preguntó María, poniendo en su voz toda su alma.

—Hiciste lo que yo te pedí, y es bastante. Ya hemos *brindao*. Ea, adiós... Pero escucha: ¿te veré otra

Digitized by Google

noche? Dime la fija y no me engañes, que soy *capá* de *hacè* una locura.

—Sí, me verás, me verás siempre que tú quieras: yo te lo digo, y María de la O nunca falta en las cosas razonables y convenientes.

—¡Ay qué *mujé* ésta... y cómo me trastorna á mí, válgame la Virgen!

María de la O empezaba á creer en Bandita. Hasta entonces le había parecido todo un sueño. Le miró suplicante y quiso tener otra prueba aún.

—¿Querrás que venga con una amiga?—le preguntó encogidamente.

—Que sí, *mujé*.

—¿De *verdá?*

—¡Si lo que yo quiero es casarme contigo, por delante de la Iglesia, sin *ofendé* á *Dió*, ni á ese cuerpecito de *ange!* Mira —añadió de pronto como si recordara.—Te vendrás con la Felipa, y así la conoceré. ¿Te gusta eso?

—Sí, sí.

Digitized by Google

—*Pasao* mañana á la noche; pero que no me faltes, *Mariquiya*.

—¡Yo *faltá!*—Y Mariquilla suspiró como si le faltara el alma.

—Daremos un paseito, y luego á su casita *ca* uno, y así siempre, hasta que el cura nos meta mano. ¿Lo *oye?* ¡Y que no vamos á querernos mucho! —añadió el granuja zalameramente.

—¡Sí, sí!...

Se levantaron... ¡Qué obscuridad en la calle! ¡Qué silencio! Periquito la acompañó. Cuando se iban á separar, María estaba llorando; llanto silencioso de gratitud á Periquito Ruiz... De arrepentimiento, por haber dudado de él.

—¡Ay Bandita!, ¿es *verdá* que me quieres?—dijo, deteniéndose un momento.

Y él respondió con amoroso ímpetu:

—¡Por la gloria de mi madre!

—Pues si es *verdá,* toma, ya que tú no me lo has *pedío*.

Digitized by Google

Le dió un beso y se dió á correr...

Allá, en la bigornia del tío Berrinche, con su tintín agudo, suenan marchos y martillos. La luz de la fragua se extiende en la calle hasta la otra pared, en un ancho festón de oro. María de la O corre por la calle desierta y obscura... corre al taller, palpitante, feliz cual mariposa que vuelve de la luz, con la alegría íntima de no haber quemado sus alas.

Digitized by Google

## VI

### Un plan de María de la O y un descubrimiento de Felipa.

Hasta que puso los pies María en casa del tío Berrinche, no pensó de verdad en que estaba María Dolores esperando.

Afortunadamente, no habían concluído de trabajar; la casa estaba abierta. La fragua ardía.

Se metió en la sala como un huracán. María Dolores tenía á Jesús en brazos: quedó María de la O como suspensa, no sabiendo qué decir. La miraba María Dolores silenciosamente, y esto la confundía más.

No pensó nunca, durante toda su vida, que se pudiese encontrar una mujer en situación tan violenta. «Y

Digitized by Google

luego, ¿hizo algo malo?» El pensamiento aquel parecía darla bríos, y se encaró así con su amiga:

—Pero oye: ¿tengo monos en la cara *pa* que me miren á mí de esa manera?

María Dolores protestó, diciendo que si no se la podía mirar, y no se sabe en el tono que hizo la pregunta; pero es lo cierto que aumentó el enfado de María...

«Bueno, pues que la miraran. ¿Y qué? no bajaría por eso la cabeza, pues no tenía por qué bajarla; y si dijo que no salía hasta que Felipa fuera, y salió antes, otras cosas más malas se han hecho en el mundo.»

—¡Pues está una fresca!... Sí, mírame bien, mírame, mujer—añadió con muy mal genio.—¿Crees tú que me falta algo? Pues hija, no me falta ni tanto así siquiera. ¿Ves tú estos ojos? ¿Los ves bien cómo están? Pues es de llorar; pero no creas, no lloré porque se me haya perdido *ná* que

Digitized by Google

me convenga tener guardadito; que lloré porque hay todavía hombres en el mundo que son capaces de querer á una gaznápira como yo. Lo que es yo me arrojé, pero he *pasao* la mar; y si pude ahogarme, á lo que estaba dispuesta, no me ahogué y he caído de patitas en la gloria, cuando creí que me llevaban en volandas á los profundos. Ea, y ya está; y como ya está y Felipa no viene, cojo yo á mi Jesús, y me lo cargo á cuestas y me voy para que no se incomoden las personas principales: el primero no estorbar, y el segundo... En fin, con Dios, y perdonen las muchas faltas.

—¡Pero demonio de chiquilla!—gritó María Dolores echándose á reir —siéntate un poco y dime lo que ha pasado.

María echó á tierra á Jesús, y después del descendimiento contó en un periquete lo que la había ocurrido.

María Dolores respiró con tranquilidad y le dió un fuerte abrazo.

Digitized by Google

—No te vayas—le dijo;—quédate; Cojo Garrote avisará á tu casa al irse. Felipa ha estado aquí. ¿Sabes?

—Y ¿por qué no se aguardó?

—Porque anda detrás de un asunto. Oye: ¡Yo tenía un miedo contigo!... Pero ya estoy contenta; digo contenta, por ti, que lo que es por lo otro, la cosa está que arde... Aquí estuvo Felipa, ya te lo dije. ¡Y que no es flojo lo que me ha contado! Figúrate:

María Dolores bajó la voz y aproximó mucho á María.

La real hembra estuvo el otro dia en la sala de la Percales. ¿Querrás creerlo? Fué á pedirle por Dios que viera á Paquiro para que vaya allí á hablar con él.

—¡Anda!—gritó María de la O, dándose un manotazo en los muslos. —¿Conque *tó* eso?

—¿Te parece, hija? Lo que yo te digo, que entre la real hembra y Frasquito Cruz van á quitarme la vida.

Digitized by Google

—Y en vez de buscar á la Percales, ¿por qué no buscó á Paco en persona y le dijo su sentir como debía?

—Porque le mandó recados y él no contestó á ninguno. Oye, hasta le escribió una carta, ¿te parece?

—Y él, como si no.

—Eso dicen, pero yo no me fío; oye: está Pepilla que parece otra; es que no puede conformarse con que Paquiro la deje; y lo que es yo, estoy de un modo que aunque me muera, no se la nombraré á Paquiro: si ella lo logra, ahí lo tiene, es lo que puedo hacer, siempre lo he dicho. ¡Pero mira tú que llevar siempre á una mujer detrás como una sombra, es lo último que le puede suceder á un hombre!

María Dolores pronunció las últimas palabras ahogadamente.

Sin ella quererlo confesar, su corazón, templado en aquel amor de su vida, conmovíase de la apasionada locura de Pepa. «¡Virgen misericor-



Digitized by Google

diosa! ¿Pero tenía ella la culpa de que Pepa quisiese á Paquiro?»

—No, señor, que no tienes la culpa —exclamó María coléricamente.— ¿Le has *quitao* tú el novio á ella? ¿No te le quitó ella á tí? Si Paquiro te quiere de *verdá* y vuelve á tu casa, como dice, déjalo, *mujé,* y ábrele la puerta, que no ha de pesarte.

—Dice Pepilla que yo no le dejo hablar con ella, y eso no es verdad; yo, ni se la nombro.

—¿Y á quién se lo dice?

—Á la Percales, y la Percales á Felipa.

—¡Digo, la Percales! ¡Si era *menesté* cogerla y arrancarle el moño! Lo que es yo no puedo *aguantá* á esa criatura.—María Dolores no la escuchaba.

—Dice también Pepilla—añadió pensativamente—que si pudiera hablar una sola vez con Paquiro verían todos que no se acordaba Paquiro más del santo de mi nombre.

Digitized by Google

—¿Sí? Pues yo tú, lo que haría era dejarlos que hablaran.

María Dolores se sintió presa de un ligero temblor.

—Ya te dije que yo en nada me meto—añadió como si el aliento le faltase.

—¿Que no te metes, y estás muriéndote de pensarlo *ná* más?

—¿Y no te he dicho que aunque me muera?—gritó María Dolores en una explosión de su alma.

—¡Jesús, hija! ¡Vaya con el orgullito de las mujeres!

María Dolores, en una penosísima transición, escondió la cara entre sus manos y lloró silenciosamente.

—Pero, *mujé*—añadió María muy bajo,—lo que es contigo no se puede tocar á ciertas cosas.

—Sí, tienes razón—dijo María Dolores, sin levantar la cabeza.

—Hija, *ca* una tiene que *defendé* lo suyo; pero lo que es tú, estás siempre en el limbo. ¡Si todavía no salí

Digitized by Google

de mi asombro de *pensá* en lo que hiciste en el Cuartelillo aquella tarde!

—Pues mira—respondió la muchacha irguiéndose con una dignidad incomprensible en su educación:—á nadie se lo dije nunca; pero aquello de ir á disputar un hombre á una mujer, es lo único de que tengo que arrepentirme en esta vida. Tira tú por donde quieras; pero cuando una criatura siente vergüenza acordándose de algo que hizo, no pudo estar bien hecho.

María de la O quedó callada.

Sin saber por qué sintió un calorcito particular que le subía al rostro. ¿Era vergüenza? Estaba acordándose de Bandita, y del lugar en que estuvo con Bandita y de todo lo que Bandita hubiera podido hacer de ella, sólo con antojársele.

—Bueno—dijo de mal humor.—¿Ahora también te metes á padre cura?

Digitized by Google

—No hagas caso, María—añadió María Dolores en un suspiro.

—¡Pues sí que hago caso, ea! Lo digo y lo *rediré;* ¿no quieres decir á Paco *ná?* Bueno; que hable con Pepilla cuando quiera, sin tú decírselo, pero oyendo tú lo que hablan. ¿No dice que Percales se volvió la camisa? Pues que sirva el revés *pa* algo: en su sala que hablen, y tú te metes primero en la alcoba y lo escuchas *tó*. Luego, tú sabrás lo qué hacer.

No se supo entonces lo que María Dolores opinaba del plan inspiradísimo de María de la O, porque la impidieron contestar unas voces que resonaron en la puerta de la sala.

Eran de Felipa. Entró la gitana impetuosamente, gritando:

—¡Ya dí *co né!* ¡Ya dí *co né!*

—¿Con quién?—preguntó María Dolores anhelante, corriendo á ella.

—¡Ay! ¿Pero qué ha *pasao*?—preguntó también María de la O, cre-

Digitized by Google

yendo que el mundo se le venía encima.

—¡Toma!—gritó Felipa, dirigiéndose á las dos, enarbolados los brazos y chispeantes de placer los ojos.—*Pos* que dí con *el gujero* donde se esconde Frasquito *Crú*. *¿Sos* parece poco, *rejaza*?

Digitized by Google

# VII

## La desdicha de vivir

Bien ajeno estaba Mecha de que Felipa, su peor enemigo, dió al fin con el refugio donde había logrado guarecerse. Aquella tarde, de horrible memoria, fué también para Frasquito de gran prueba. Después de su primer encuentro con Paco, desarmado, loco, ciego como nunca, salió Mecha en dirección del taller. ¡Entonces sí que podía darse por ejecutada la sentencia que fulminó contra Paco! Sin armas y sin encontrar quien se las diese, cogió en el taller la lima y fué de nuevo en busca de su rival. Sin la intervención de Ma-

Digitized by Google

ría Dolores, es seguro que Frasquito Cruz no se hubiese podido salir con su intento. Lo sabían todos, y él lo sabía también; frente á frente, le era imposible vencer á Paco.

Huyó Mecha. La casualidad se complace muchas veces en proteger á la infamia. Dió el golpe á Paco junto al Cuartelillo, en la misma puerta de la casa de un compinche suyo. Escurrióse Mecha inmediatamente, y entró en la casa; fué su salvación; buscáronle luego, pero ya era inútil; deslizándose por bardales y tejadillos, habíase eclipsado con agilidad verdaderamente felina. Le amparó la noche, salió de la ciudad y al día siguiente estuvo en salvo.

Y aquí aparece Bandita: Bandita, aunque vosotros no lo pensarais, era un digno émulo de Frasquito Cruz, Alcuza y otros caballeros de igual prosapia: componían todos una asociación singularísima, sin estatutos, sin pago de cuotas, sin obligaciones,

Digitized by Google

en fin, de ningún género, donde cada cual hacía lo que se le antojase, y de acuerdo todos, sin embargo, en un solo punto: en el de ayudarse mutuamente en cualquier trance difícil, cláusula cuyo acuerdo no se hizo en ninguna sesión solemnísima, ni se firmó en ningún documento público ni privado, pero que se observaba siempre con rigor asombroso. Alcuza y Mecha eran compañeros en otros mejores días; trabajaron juntos, hasta llegaron á resolver problemas agudísimos en la ciencia de Caco, de tan difícil empeño y consecuencias tan fatales muchas veces. Alcuza fué á presidio por una *calumnia*, ejemplo triste de que dicha ciencia no suele pagar bien á sus adoradores, aunque sean sabios de los más famosos y de los más ilustres. Sin la gran escuela de Alcuza, Frasquito Cruz, mísero instrumento siempre, sin acción y sin actividad para las nobles empresas adonde Alcuza encaminá-

Digitized by Google

bale, volvió á su trabajo de la fragua, porque el trabajo era para Frasquito Cruz el último recurso, cuando ya no tenía á qué pelo de demonio agarrarse. Justo es deciros que en la fragua del tío Berrinche permaneció tanto tiempo por aquel formidable aliciente que para él tenía su proximidad á María Dolores.

Volvió Alcuza, y al espíritu negro de Mecha le crecieron las alas. Alcuza habló con sus amigos, y cultivó nuevas amistades entre la flor de la gitanería y los más afamados próceres del hampa, gloria y honor de la sevillana tierra, particularmente entre la juventud, esperanza del porvenir, á que Bandita pertenecía. Si, sabedlo, para tristeza vuestra, por el cuidado que María de la O os inspire, como sabréis á su debida hora los propósitos que abrigaba con ella, desde antes de buscar su amistad, aquel traidor, malévolo, embusterísimo, trapisondista, «corredor como la

Digitized by Google

liebre, saltador como el gamo y cortador delicadísimo de tijera», sin faltarle para ser Cortadillo nada más que el calzón de ciervo, las medias de carne, el sombrero sin toquilla y la camisa de color de gamuza... Todo lo cual suplíalo fina y graciosamente con su sombrero de alas, su chaqueta gentil, su pantalón de talle y sus botas de becerro con pespuntes.

Á los dos días de las últimas escenas que conocéis, hablaban Felipa y Paco en la sala de la Reonda de un asunto interesantísimo y de mucha reserva también, á no dudar, según el calor y el misterio que daban al diálogo, mantenido en voz muy baja, junto á la misma puerta y sin acordarse ninguno entonces de la Reonda, ni de la prole, furiosa, desconcertada y llena de mugre como jamás se hubo visto.

Era domingo: domingo de ramos y estaban los ánimos excitadísimos con las procesiones. Aquella noche

Digitized by Google

era la primera. La gente parecía loca.

Desde algunas semanas antes se conocen los síntomas de esta locura anual de los sevillanos. Nótase al principio en las clases bajas. La marea va subiendo después con lentitud, con mucha lentitud, hasta un límite en que todo se desborda. Si entráis en un corral de Sevilla, seguramente, no oiréis hablar de otra cosa; la mozuela secretea con el novio; las viejecillas hablan, tumbadas, *escarmenándose* en mitad del patio; los chiquillos interrumpen sus juegos de la billarda, el trompo ó la pícula... No tengáis cuidado... en todas partes el objeto de la conversación es el mismo: las cofradías. El secreto de los mozos consiste en los planes de felicidad para la semana santa *que viene;* el cuchicheo de las viejas para recordar ¡ay! las semanas santas que pasaron. La interrupción del juego entre los chiquillos, para comunicar-

Digitized by Google

se tal ó cual noticia de los vecinos tales ó cuales, que estaban arreglando ya la *vestiura*.

Es curioso y merece estudio: después de la tropa menor, las mujeres y los muchachos, van entrando en el candente horno los hombres serios, los privilegiados, los elegidos, los que han de vestir la túnica, los que han de cubrirse con el capirote, los que han de llevar la corona y el cirio. Pasan los días y los corros reúnense con más frecuencia. Se cuentan las mujeres sus impresiones, sus inquietudes, sus fatigas, por este moño que han de comprar al Nazareno, por aquel lazo que se perdió y que es preciso reponer. Cada una de las mujeres recuerda cómo salió el hombre de la otra el año antes, y en lo que sus míseras fuerzas alcanzan procura que el suyo le aventaje esta vez en cualquier cosa, en la túnica, en el escapulario, en una cinta, en un pañuelo. Este afán de humillarse mu-

Digitized by Google

tuamente, es en la clase media igual que en la artesana, en la clase rica igual que en la clase media. De esta rivalidad, de este esfuerzo que hace uno para vencer al otro, en su esfera cada uno y guardando la relación lógica, resulta el fausto inmenso, el tesoro maravilloso que hoy representan las cofradías sevillanas.

Era domingo también como aquel, terrible, en que Paco fué acometido por Mecha; y como aquel domingo, resplandecía el corral, con su patio lleno de macetas, con sus habitaciones inconcebibles, con sus viejos barandales dibujados caprichosamente por la carcoma, con sus gitanas, con sus gitanos, con sus gitanillos, que cercan al forastero curioso y lo aturden, lo llevan y lo traen, como hormigas á la migaja que cayó al camino.

Allí está el corral con todo esto, y con María de la O en su puerta, y con la Percales en la suya, y con

Digitized by Google

Requinto, que toca la guitarra, echado en el espaldar y apoyando los pies en un palo de la silla; con la ditera, con el marido de la casera—el buen Sópleme usté aquí, que está hablando con la Facunda y forman otro grupo junto al brocal del pozo, como Paquiro y Felipa lo forman en la puerta de la sala;—allí está todo el mundo, hasta el tío Borriquita haciendo pleita. ¡Pobre tío Borriquita, cuán olvidado te tienen! Pero la importancia de tu persona es tal, y tanto tu resplandor, que sin hablar de ti la memoria guarda tu nombre y el corazón tus hechos.

La gitana se interrumpió de pronto para llamar destempladamente á Tranquita, que estuvo á punto de hundirse otra vez en la tinaja.

—¡Demonio de muchacho! ¡Ven acá, que me vais á *quitá* la *vía* entre *tós!*—«¡Buena estaba *eya!* ¡Y luego, aquel Paquiro que parecía tonto!... Es *decí,* tonto no; pero, ¿por qué mo-

Digitized by Google

tivo, *vamo á vé,* no quería *hablá* con Pepa la Rinconá y quitarse ya *pa* siempre aquel peso de encima? ¡Delante del enemigo era como había que *vé* á los hombres de pecho, y no *dá lugá* á lo que algunas personas estaban pensando!»

—¿Y qué es lo que piensan algunas personas? — preguntó Paco bruscamente.

—¿Quieres que te lo diga? Que es *verdá* lo que dice Pepa, de que si habla una *vé* tan sola contigo, te *solvida pa* siempre el santo de María Dolores. Vaya, *chavá* que no he *sabío* yo hasta hoy *toito* lo que tu Pepilla vale.

El principio de la respuesta de Paco no puede decirse, porque se abrigan dudas de la importancia que tuviera; no habiéndose oído bien, porque Requinto apretó más con la guitarra y una mozuela cantó una copla, y formándose un corro de repente en la puerta del trapero, saltó

Digitized by Google

allí Tranquita, el nunca bien alabado y hubo que ver bailar al gitanillo, moviendo airosamente la bien plantada chilustra, los ojos vivos, retrecheros, engatusadores; el camisón sucio, los calzones que apenas si se atrevían á bajar de las rodillas, deshaciéndose allí en delicada labor de flecos; la cara negra, los dientes blancos, agudos, á cuya vista parecía escucharse rumor misterioso, como de crugir de huesos, y los brazos, en fin, enroscándolos *charranamente* al cuerpecillo dificultoso, que iba y venía y levantábase y se doblaba con ondulaciones de culebra, sacudiendo á la par el suelo con los pies desnudos en el más artístico *zapateao* que vieron nunca las presentes y pasadas generaciones.

. . . . . .

—De hambre, sí, de hambre—decía Paco mientras, impetuosamente, echando fuego por los ojos;—en eso hubiera parado..., en un hospital;



Digitized by Google

porque un hombre como yo, sin oficio ni beneficio, no puede esperar otra cosa. Y Pepilla, en vez de apartarme de la perdición esa, lo que hizo fué consentirme y darme vuelos, con su aquel de que nunca fuera yo nada, y estar así siempre debajo de su protección. Pero todavía es tiempo y no habrá nadie que me haga volver atrás; lo pensé harto y ya tuve tiempo para ello, en las horas muertas que pasé en la cama por *la buena acción* de Frasquito. Casarme quiero con María Dolores; si me desprecia de una vez, lo habré merecido; á trabajar me pongo, que todavía tiene la abuela algo mío en el fondo de su arca, con lo que me buscaré la vida como hay Dios. Y ahora, si es preciso hablar con Pepa, que venga Pepa ó que me digan dónde he de ir, que otras cosas más grandes hice ya en el mundo.

—¡Andar, *amore,* y *pisá er porvito,* á tan *menuito!*—Así habló Felipa,

Digitized by Google

desfigurando su cara con un saladísimo gesto, de los que ya desgraciadamente no solían favorecerla; así habló, y entendíase en su tono el embeleso con que estuvo escuchando al arrepentido.—Anda con tú *Pepiya;* suéltale *tó* eso con mucho *sabé* y *ar* fin tendrá que *conformase;* anda, *hijico* y mira por María Dolores, que es *mirá* por ti mismo; y lo que es tú, te la *gana,* que *pa* amor y muerte no hay cosa fuerte. ¿Es tu *queré* de *vera? Po* si es de *vera,* ánima mía, acuérdate de María Dolores, y á quien haz de *cayá* no le *jagas yorá.*—Se aproximó Percales á Felipa entonces, y le hizo disimuladamente una seña.—Anda—añadió Felipa, guiñándole el ojo bizco, con la gracia de Dios;—anda, que *Pepiya* está ahí; ¡pero no te *aturruye, po* la Virgen *der* Socorro! *¡Jarremátamela* de un *gorpe,* cordero!... Y no te *fíe,* mira que *e* una leona que acaba contigo al primer *bocao.* Anda, nene...

Digitized by Google

Paquiro estaba resuelto; de cualquier modo, ¿no había de ser? Cuanto antes mejor.

Dirigióse al cuarto de Percales. Percales se quedó atrás; Felipa le preguntó rápidamente, en voz baja:

—¿Y María Dolores?

—Entró, pero nadie la ha visto. ¡Pepa me da un susto! ¡Nunca la ví así!... Pero más vale desengañarla de una vez. ¡Por ella lo hago y Dios lo sabe! Yo la conozco y sé lo que va á pasar como de arriba no venga el remedio.

Paquiro acababa de entrar. La puerta se encajó suavemente. Las dos muchachas esperaron, con gran incertidumbre.

—¿Y ahora, Felipa?—añadió la Percales ansiosa.

—Ahora pasa una *barbaridá,* ó se acaba *toitico* de *gorpe.*

—Y Felipa soltó un gran suspiro, como si ya no le cupiese el corazón en el pecho.

Digitized by Google

Quedaron de pie, junto á la puerta, como abstraídas, hablando, pero pendiente el alma de lo que dentro pudiera ocurrir.

—¡Esto sí que es una guerra!—exclamó Percales con pesadumbre.—¿Por qué Dios ha de *permití* que de la palabra de un hombre tenga que *salí* la suerte de dos mujeres *pa toa* la vida? Por supuesto, que de este Paco, lo que es yo ni tanto así me fío; temo que se ablande y lo eche *tó á roá* otra *vé*.

—Corra la suerte por donde Dios quisiere; á última hora, más vale mal ajuste que *güen* pleito. ¡Dios de mi alma, y las *güeltas* que da el mundo!

—¡Que me lo digan á mí, *chiquiya*, con las ganas que te metí mano aquella tarde! Pero cuando después de la paliza que nos dimos te ví ponerte como una leona delante de Mecha, y sentí *crují* tus *güesos* debajo de sus patas de elefante, el corazón me se puso así de *hinchao* y no

Digitized by Google

pude ya *viví* hasta que se reventó en lágrimas. Sí, que el mundo da *güeltas;* mira eso que te dije y piensa también en los que están en esa sala. ¡Si tú supieras lo que Pepilla gastó y triunfó en este mundo! No hubo hombre que no la alabara, ni *mujé* que no le tuviera envidia, ni hora triste *pa* ella. Gastó más dinero de *conde ji duques,* sin *dejá* los pitillos, que una princesa de la fantasía. Cuando salíamos de la fábrica, era lo que había que *vé.* ¡Vaya un garbo y un trapío! Nadie podía con ella... y mira tú que yo no me *queo* corta. Con un retruécano suyo y una risa medio tapándose la cara con el abanico, se llevaba de calle á *tó* el mundo. ¡Se le acabó *tó!* Si la vieras hoy revolcarse en el suelo porque Paco no la quiere, y pedí á gritos que la maten, con esa gran risa que la da á lo *mejó,* te morías de pena! ¡Es mucho esto!

—¡Ya *vé!*—replicó la gitana.—

Digitized by Google

¡Las torrecitas más fuertes *tamié* se esmoronan!...

No siguió; se quedaron atentas. Habíase oído dentro un gran sollozo.

Digitized by Google

Digitized by Google

# VIII

## El desastre de Pepilla

—¡Ay, Paco,—había dicho Pepa al verle, cayendo de rodillas delante de él, como si fuera la imagen de Dios, besándole las manos como se besan reliquias que nos han de dar la salud, ardiente la respiración, seca la lengua, estremecida la carne, turbada el habla!—Ay, Paco; al fin te tengo para mi dolor más grande, ya lo sé, como sé que me tienes y me has tenido y me tendrás para besar el suelo que pises; dame estas manos de voluntad como yo te las tomo; deja que mi alma sin vida, de puros golpes que recibió, se consuele y alivie con el bálsamo de mis besos; dame

Digitized by Google

estas manos adoradas que tantas veces me hicieron morir de alegría, acariciando mi cabeza, como tus ojos, que son mis luces, acariciaban mi alma, haciéndola resplandecer. Yo te quise, Paco, sin ver nunca del modo que tú me querías, aunque yo me figuraba siempre que lo que de mí quisiste fué lo malo y de relumbrón que en mí hay; por eso te rendí, por eso te gané, Paco de mi alma; por eso fuiste mío... Déjame, déjame por *caridá* que te lo diga *tó*,—añadió desesperadamente, á un movimiento de Paco para querer levantarla.—Déjame por la Virgen que te lo diga *tó* de rodillas, por las veces siquiera que perdí de estarlo delante del altar... que más valdría yo si hubiera *pensao* algo en la Virgen Santísima y menos en tí. En tí, Dios de mi alma bendito, único y primer hombre en quien pensé... ¡Que no, te digo, que no me levanto! Pégame, mátame, pero de rodillas he de hablar.

Digitized by Google

—Y yo no te escucharé si no te levantas—exclamó Paco fieramente, desprendiéndose de ella con un movimiento brusco.

Y en una transición inmensa, operada en aquel organismo por el influjo poderoso que sobre él ejercía Paco, Pepilla se alzó de pronto y añadió sumisamente, en voz muy baja:

—Sí, ya me levanto, ¿lo ves? Pero escúchame como si estuviera de rodillas: déjame decir que no puede ser esto de que tú me olvides; que quiero yo dar fuerzas á tu *voluntá,* y á tu memoria y á tu pecho, *pa* que no me apartes nunca de tí. ¿Qué hice *pa* que no me quieras? Dímelo,—exclamó con fiero ímpetu, apretada la boca y cerrados los puños.—Dímelo, *pa* hacerme *peazos* yo misma. Yo estoy sin alma, Paco—siguió después, con tanto abatimiento como cólera acababa de sentir;—sin ella estaba también, porque tú la tenías; pero de

Digitized by Google

lo que yo me muero no es de no tenerla, sino de que tú no la quieras tener. Yo me lo pregunto *tó* y *tó* me lo digo; yo no sé contestarme, porque mis *sentíos* se van... se van, y mi cabeza está vacía como caja sin muerto, y *tó* anda delante de mí, dentro de mí misma; yo sólo sé *pensá* que una *mujé* te ha vuelto el *sentío* á ti, y que yo no tengo corazón ni fuerzas *pa* matarla, y por eso quiero que tú me mates. Aunque digan que yo soy fiera y dura, aquí me ves, pidiéndote la vida que tú me has *quitao*. Te la pido con lágrimas de sangre en el corazón y calentura de muerte... Porque yo me voy á morir, Paco de mi alma, si tú me desprecias.—María Dolores te querrá; ya lo creo, te tiene que querer; pero María Dolores tendrá hombres, cuantos quiera, y yo no tengo á nadie más que á ti, Dios de mi vida! Yo le pediré humildemente que me perdone, si en algo le falté, pero que te deje por Dios y que no te mire. Yo

Digitized by Google

iré de rodillas, pregonando por *toas* partes que fuiste mío de nuevo *pa* que no me muriera; yo haré lo que ninguna mujer hizo, y tú me querrás como otras veces, Paco... Pero habla, contéstame, dime por Dios que no estoy loca, pensando y diciendo *tó* esto; oiga yo tu voz con palabra dulce ó llena de ira; acaríciame ó mátame, pero dime que no hay mujer en el mundo más que yo para ti. ¿Por qué callas? ¿Por qué no te oigo? ¿Qué quiere decir tu silencio? No, eso no; quiero que grites, que me insultes, que me golpees, que eches sobre mí *toa* tu rabia, aunque me aplastes con ella, como con una torre de plomo que me caiga encima... Pero que yo no te vea así, quieto, sin habla y hasta como sin respiración.

—Suelta—exclamó Paco arrebatadamente.

Pepilla se había lanzado á él y le rodeaba el cuello con sus brazos; Paquiro sintió palpitar con fuerza aquel

Digitized by Google

corazón sobre el suyo; sintió el aliento de aquella boca en su cara como un soplo tibio y acariciador, y pareció conmoverle por un instante el recuerdo de que aquella mujer, ambicionada por todos, fué siempre su esclava sumisa; sintió desvanecerse su cólera á las convulsiones de dolor de aquel admirable busto, y con esta especie de aquilatamiento de sus facultades estuvo ya en disposición de hablar también y explicar así á Pepa su actitud de entonces y sus propósitos para el porvenir. Inconscientemente fué él mismo desprendiéndose del parapeto de asperezas de que se había revestido con estudio para batir con menos dificultad al temible contrario. Su tono adquirió vibraciones dulces á veces, enérgicas otras, pero con un comedimiento, que era lo que más helaba la sangre de Pepilla.

Conocía á Paco. Sabía muy bien que en sus instantes de cólera podía sacar mejor partido para vencerle y

Digitized by Google

aprisionarle. Decíaselo su experiencia de mujer y la que adquirió además, muy particularmente con Paco: mientras él usase aquel tono igual, aquel lenguaje comedido, le sería imposible conseguir nada, y estaba demostrando esto Pepilla, sin hablar, en su actitud solamente, las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, dejando correr por sus mejillas, silenciosas, desesperadas lágrimas. Era un vencido. Quedaba al triste pie de su calvario, sin valor para seguir subiendo. Sin Paco, nada veía en torno suyo, porque él era todo. Faltándole él, encontraba, dondequiera que los ojos de su espíritu volvía, un inmenso, pavoroso vacío. Escuchaba á Paco como el reo que oye de rodillas su sentencia sin esperanza ninguna de que se le revoque, sentencia inapelable, que no tenía remedio. ¡Ah, Pepilla estaba más hermosa que nunca en aquel paroxismo de su dolor; pudiera decirse

Digitized by Google

que el dolor la purificaba en tan solemne momento!... Paco empezó su discurso... «Él no quería ofenderla, pero tenía el deber de decir la verdad, por dura que la pareciese; ciertas cosas no pueden pasar de un límite, que las circunstancias imponen. Pepilla lo sabía muy bien, puesto que de todo tuvo siempre menos de tonta; con un poco más que lo pensara, lo encontraría liso y llano: en el mundo, es cierto, á unos les tocaba caer y á otros levantarse; pero ¿quién puede saber, estando el mundo formado de la manera que está, si el caído era verdaderamente el que podía considerarse como en la altura, y el que parecía en la altura por los suelos? La verdad era que, aparentemente, á Pepilla le había tocado caer entonces... En la apariencia nada más; pero Paquiro ¿podía decir acaso que quedaba tan contento? No, señor; eso hubiera querido él.»—Pepa—añadió amargamente,—fíjate

Digitized by Google

en una cosa: yo arrastré hasta aquí una vida que no podía llamarse de hombre; me avergüenza recordarlo... hasta he vivido alguna vez á expensas tuyas, porque mi abuela me negó lo más preciso, mientras no me separase de tí.

Y en estas reflexiones, con acento igual, como doctor explicando su cátedra, fué amontonando argumentos en favor de su «teoría», aquella gran teoría á la que Pepa se mostraba tan rebelde.—Y él concluyó en tono áspero, porque el silencio pavoroso de la mujer le hacía mucha más impresión que sus imprecaciones y sus lágrimas:—Nos quedamos lo mismo, tú con tu dolor, puesto que lo dices; yo, con la vergüenza de la vida que llevé. Aunque María Dolores me quisiera, ¿crees tú que no será para mí doloroso el pensamiento de que tendrá que perdonarme los desprecios que por tí la hice?

—¿Y por qué se puso ella entre



Digitized by Google

nosotros?—exclamó Pepilla ardientemente.

—No fué ella, sino tú, la que te pusiste entre ella y yo—replicó Paquiro con violencia.—Desde que éramos muchachos, ¿no has sido tú siempre nuestra sombra hasta conseguir apartarme de ella? Y aquí queda esto: á María Dolores no la nombramos más.

Pepilla adivinó un insulto en aquellas palabras. Su indomable naturaleza se rebeló.—¿Y por qué no quieres que la nombre?—Le silbaba el aliento.

—Pepa, vete; podíamos haber quedado bien, pero estás buscando otra cosa; déjame. Adiós.

—¡No!—rugió Pepa, abalanzándose á él;—tu lástima es peor para mí que tu desprecio: yo quiero ofenderte, yo quiero herirte, yo quiero conseguir que me mates, para que te acuerdes luego de mí, aunque sea de horror por haberme matado. Sí, sí, la

Digitized by Google

nombro; la nombro, quiero nombrarla, ¿lo oyes?, ¿lo oyes?—y la real hembra, como en un acceso de calentura, con extraña fruición, concebible sólo en un cerebro de niño, pronunció repetidas veces el nombre de María Dolores.

Paquiro sonrió con lástima desdeñosa. Al observar Pepa esta sonrisa, la cegó una nube de sangre. Se sintió por un segundo con fuerzas y con resolución para ahogar á Paquiro entre sus brazos y correr á casa de María Dolores y matarla también. Se lanzó á Paco, y en aquel segundo, sus brazos, de una redondez deliciosa, parecían de acero; se apretó á él, envolviéndole casi en la amplia falda y en el mantón de Manila; embutió sus hermosísimas curvas en el cuerpo del hombre, y sus brazos rodeáronle el cuello, nerviosos, fuertes, doblándose por los codos como si fueran goznes para cerrar aquel suncho fatídico. Intentó Paco separarla,

Digitized by Google

pero fué inútil; era imposible romper aquel dogal que estaba ahogándole..., y el seno aplastado de ella parecía cuña durísima, metida á martillazos entre los dos corazones, para que la fuerza del suncho fuese más eficaz y pronta. Los alientos se cortaban; los corazones parecían haber dejado de latir. De repente, la tensión de los brazos, del cuello, de todos los músculos de la fiera, se convirtió en flojedad, en laxitud; sus labios, que parecían antes de metal fundido, suavizáronse á la vez y buscaron calenturientos la boca adorada, que permanecía fría y muda, como la boca de un sepulcro. Cubrió Pepilla de lágrimas y besos aquel rostro de mármol, más frío aún por el recuerdo de candentes escenas, en que solía bastar una sola caricia de ella para que Paquiro enloqueciese; y como un volcán que estalla, gritó de pronto, echándose para atrás en un soberbio ademán de ángel rebelándose:

Digitized by Google

—¿Y quién es *eso pa* que yo no pueda *nombrarlo?*

Paquiro apretó los dientes y los puños; avanzó hasta Pepilla. Estaba lívido, y en sus ojos, de negrura sombría, ardió una luz de muerte. Iba á decir á Pepa, dejando ya desbordar de su pecho toda la bilis que estaba envenenándole, que no debía nombrar á María Dolores, porque la manchaba con sus labios, que tantas inmundicias del arroyo habían bebido. —Abrió la boca para hablar, conforme dió el primer paso, y se contuvo de repente, lleno de turbación; miraba la boca de Pepilla, y aquellos labios sensuales que tantas veces había besado y que acababan de estallar en los suyos, temblorosos, calenturientos... Las palabras terribles que iba á lanzar quedáronse en su boca, como había quedado el calor de aquellos besos. Pepilla estaba delante de él, desafiándole con la mirada, con la expresión, con la apostura; en sus

Digitized by Google

bruscas convulsiones de epiléptica, al estrecharse y retorcerse sobre Paco, soltósele una trenza que se le enroscó en la garganta como una serpiente; en sus hermosísimos ojos negros, como dos simas abiertas en su cara, ardía un fuego sombrío; á través de sus lágrimas de amor sublime, desprendiósele el mantón hasta la cintura al echarse atrás, y los flecos amarillos titilaban sobre el suelo imperceptiblemente casi, por el temblor continuo de la mujer, que ella no podía dominar. Estaban los ángulos de la sala envueltos en sombra, el sitio ocupado por ella reconcentraba la luz única, rayo tenue de sol, introducido por una rendija de la puerta, como espada temblorosa de oro para atravesar de parte á parte el corazón de la hembra dolorida. Contúvose Paco, y sólo pudo decir, con una tranquilidad que entonces no era cierta:

—Vete, Pepilla; no quiero que sufras... No quiero herirte más.

Digitized by Google

—¿Á mí?—gritó Pepilla en tono de desprecio, que rasgaba la carne como hoja de serrucho.—¡Ni tú ni esa me importáis *ná!*

Le pareció á Paco que las entrañas se le desprendían al oir una sola de aquellas palabras—la que aludió despreciativamente á María Dolores; —con tanta soberbia, con tan profundo asco la pronunció Pepilla. Los sentimientos generosos de Paquiro, el segundo de vacilación que acababa de tener ante la soberbia figura de la real hembra desolada, desaparecieron al instante; su naturaleza indómita se rebeló al fin, y le arrojó así á la cara brutalmente toda su cólera:

—¡A esa no le sirves tú ni para besar el polvo que pisa!

Pepa retrocedió de nuevo, pero no para protestar, sino como si hubiese recibido el zarpazo de un león en la garganta; perdido el equilibrio, la pared solamente pudo sostenerla; cayó en una silla; oculta la cabeza

Digitized by Google

entre las manos, arrojó un profundo sollozo. Fué el sollozo que oyeron la gitana y Percales.

Prestaron atención, pero no se oía más; por otra parte, la algazara de fuera lo hubiese impedido; la palpitante animación del patio absorbía entonces todos los ruidos de las salas, ahogados, como murmullos débiles, por una voz poderosa. Los vecinos, sentados en las puertas ó formando grupos, aparte del otro gran corro de la puerta de Requinto, no parecían preocuparse de otra cosa que del mundo presente, entregándose con ansia á toda su momentánea furia de vida; algunas mujeres medio desnudas dedicábanse á sus faenas; los hombres, tendidos perezosamente, gozaban también á su modo la parte de festín de la vida en aquella tarde de Abril, en que las flores nuevas, el aire cargado de perfumes, el cielo azul y el sol llameante halláronse en una lujuriosa saturnal, haciendo cru-

Digitized by Google

gir el ambiente en estallidos de besos... y toda aquella bocanada de vida parecía meterse con el listón de luz por la puerta de la Percales, entreabierta, y llegar á Pepilla, que la aspiraba ansiosa en medio de su gran dolor, para que fuese así más grande, por lo que contrastaba lo de fuera con aquello imponente y tremebundo que en sus entrañas ardía.

Quiso hablar y le faltaron palabras; quiso convencer á Paco, sumisa otra vez, y los sollozos ahogaban su pecho; se veía muerta, allá, en el campo santo, en un sepulcro, y veía á Paquiro muy contento con María Dolores, más bella que nunca, los dos juntos en su hogar tibio y amoroso, tanto como aquella sepultura donde se veía metida estaba fría y dura. ¡Dios divino, si no podía ser aquello! Sabiendo que era imposible su reconciliación con Paco, no lo quería creer. Fué repasando en un segundo su imaginación abrasada, detalle por deta-

Digitized by Google

lle, toda la historia de amor, las pruebas mutuas, los instantes de placer infinito, siempre nuevos, con la creencia de que jamás, por lo grandes, podrían repetirse; se vió ella desnuda; después, desnudó á su rival con el pensamiento, y comparando su terrible belleza de leona, más formidable y más espléndida cuanto más el tiempo y las vigilias de amor parecían combatirla, con aquel tallo virgen del cuerpo de María Dolores, capullo sin abrir, flor de misteriosos perfumes, concentrados y dispuestos á llenar el ambiente por vez primera en honor de Paco, por él, para él, holocausto divino que la castidad rendiría al hombre, y una amargura intensa, terrible, peor que la muerte, dolor hasta entonces jamás experimentado, se apoderó de todo su sér ahogándola, flagelándola con mil horrendos martirios; y como en aquel instante hiciese Paco un movimiento para salir, todas aquellas sensaciones

Digitized by Google

profundas, encontradísimas, de su cuerpo y de su alma, de su pasado y de su presente, estallaron así en explosión formidable:

—Pero ¿no es mujer como yo lo soy? ¿Qué es lo que tiene más que yo?

Volvióse Paco rápidamente. Pepa se irguió y le aguardaba con nuevo ademán de lucha, pero ademán fingido, porque sentía ahora secreto espanto de despertar la temible cólera del dios. Se la abalanzó Paco y la cogió de las muñecas iracundo; la quemaba con el aliento; le traspasaba el corazón con el rayo de sus ojos. Su voz sorda, irritada, despreciativa, como escupiendo sobre ella de un solo golpe toda la podredumbre que ella misma en su sangre había infiltrado, estalló para decirla:

—Tiene más que tú, que cuando se puso delante del cuchillo de Mecha, tú le gritaste á Mecha que me matara: «¡Mátalo! ¡Mátalo!» ¡Me

Digitized by Google

acuerdo bien! Tiene más que tú, que quiere como una mujer y tú quieres como una fiera; tiene más que tú, que sabe sacrificarse por los demás, hasta por tí si fuera preciso; y tú, ni por ella ni por nadie te sacrificarías; ¿lo oyes? ¿Lo oyes bien? Entiéndelo; —añadió, sacudiéndola y haciendo cimbrar aquellas carnes del busto hermosísimo.—Tiene más que tú... ¡Que es una mujer honrada y tú no lo eres!...

Pepa rugió; fué á lanzarse sobre Paco y no pudo. Se aflojaron sus piernas de pronto y cayó al suelo.

Digitized by Google

## IX

### Lo que se puede oir y ver en un corral de Triana

Salió Paco. Y bien difícil que era entonces atravesar aquel hormiguero de la multitud que imperaba en el Cuartelillo, aquellos grupos extraños de hombres y mujeres de caras sucias y radiantes en su suciedad, con aquel sol de Abril que los cubría á todos como una candente oleada de luz.

No estaba entonces Paco para hablar con nadie, absorta la imaginación en la escena que había tenido con Pepa; pero le fué imposible substraerse al influjo pegajoso de muchos vecinos del corral, que le asedieron con preguntas y saludos y felicita-

Digitized by Google

ciones por su restablecimiento. Las mozuelas, con sus batas de percal limpias y almidonadas, le sonreían desde los corredores, envuelto el busto artísticamente en el pañolillo de crespón, y la cabeza, de pelo azabachado, sembrada de claveles; parecía imposible que el corredor, carcomido en algunas partes, pudiera sostener aquella balumba de buenas mozas, cuyos ojos y cuyos dientes resplandecían en las graciosas caras morenas, destacándose sobre el fondo blanco de cal de la pared, ó entre las sucias zaleas que colgaban, secándose, de los tendederos.

En el brocal del pozo, la Facunda hablaba aún con Sópleme usté aquí de cosas interesantísimas, interrumpiendo alguna vez el diálogo una fuerte risotada de la mujer; y Sópleme usté aquí, con su cara enclenque, en la misma conformidad que una corcheta hembra—símil de la Percales en un segundo de inspiración,—

Digitized by Google

aguardaba impávido á que la risotada se extinguiese, para seguir metiendo á la Facunda en no se sabe qué horrendos fuegos, que le salían por los ojos en llamas y por la boca en risas.

La casera en lo alto de los corredores ocupábase en cobrar el alquiler á alguna vecina que se había retrasado; al salir de una habitación para entrar en la otra, tendía una mirada adusta á la pareja del brocal, gritando á Sópleme usté aquí que subiese; allá en el fondo, María de la O acababa sus faenas con gran agilidad, latiéndole el corazón al pensamiento de que se reuniría con Bandita á la noche, como si estuviera en otro mundo, sin importarle nada la baraunda de hombres, de mujeres, de chiquillos andrajosos, derrotados, cuyas carnes veíanse por las ropas agujereadas, como el sol en días de tormenta suele verse detrás de la nube. El tío Borriquita, sentado delante de

Digitized by Google

su sala, hacía pleita con un celo digno de loa, la espalda sobre la pared, las piernas extendidas, inclinada la noble cabeza y el histórico sombrero de embudo caído hacia los ojos.

. . . . . .

—Adiós, Paco—gritó María de la O, desde lejos;—buena suerte, hombre.

Paco no pudo responder: de la sala de la Reonda brotó una oleada de inmundicia que le invadió todo; era la prole, negra, horrible, chillona, que se abalanzó á él pidiéndole perros. Se la quitó de encima del modo que supondréis, y al retirarse la oleada, con gran barullo de gritos, preliminares de las discusiones que mantendrían para hacer el reparto, vió, al pasar, á la Reonda en medio de la habitación, haciendo canastas, balanceando á compás las masas de carne que caían como ruinosos muros, desgreñada, sudorosa, desnudos los pies, montón informe de andra-

Digitized by Google

jos y carne sucia. No le dijo adiós, ni ella le miró tampoco.

. . . . . .

Allá se escuchaba la voz irónica de la casera, diciendo á su marido que subiese, y el inmediato ¡voy! gangoso de Sópleme usté aquí y la risotada de la Facunda... de la Facunda, que se cogía fuertemente á la soga del cubo, como para aguantar las convulsiones de su risa.

. . . . . .

—¡Adiós, Paco; me alegro, hombre!—Fué Requinto, con su voz aguardentosa; y soltó un rasgueo en el guitarrucho, en honor de Paco, cuando éste pasaba.—¿Cuándo cogerán á aquel pillo de Mecha que te arrió el cate?—Paquiro encogíase de hombros á esta y otras exclamaciones, y seguía hacia la puerta, viéndolo y oyéndolo todo de una manera maquinal.

. . . . . .

—¡Ventura, sube!—la casera nun-



Digitized by Google

ca llamó á su marido por su apodo, que le parecía indecente... ¡cuando era lo más inofensivo! Además de su cara de corcheta hembra, como Percales decía, Sópleme usté aquí tenía unos ojos singularísimos: uno de ellos parpadeaba de una manera muy especial, como si le hubiese caído una mota, que jamás salía; y de aquí el apodo, que le puso no sé quién, de Sópleme usté aquí, como si eternamente estuviera pidiendo que le sacasen la mota del ojo.

. . . . . .

Después de pasar Paquiro lanzó su *voy* prolongado, como queja suspirante, y siguió en su cháchara con la Facunda. Una mozuela, desde el corredor, dijo guasonamente á Sópleme usté aquí:

—*Señó* Ventura, suba *usté*, que la casera le va á *pegá*.

Logró Paco salir, sin fijarse, porque no le fué posible, en el gesto desdeñoso que hizo Sópleme usté

Digitized by Google

aquí; escupió despreciativamente y siguió hablando con la Facunda.

. . . . . .

Requinto, de pie delante de la puerta de la Reonda, dábale golpes á su guitarro, diciendo á la par truhanescamente:

—La Felipa, se casa, ¿eh?

Reonda levantó los ojos de la labor, por primera vez en su vida sin duda, y miró sin hablar, de un modo extraño, á Requinto, que se volvia en aquel instante, al sentir unos pasos muy ligeros. Era María Dolores, que salía también, á buena distancia de Paco, sin que él lo notase. Requinto le echó un requiebro como una bala, y María Dolores intentó seguir de prisa, sin sonreirle y sin escuchar á la casera, que gritaba en aquel instante con gesto expresivo y en tono brusco:

—¡Ventura, sube á la sala!

«¡También era terrible aquello de no poder hablar con una persona,

Digitized by Google

cuando uno tenía gusto y la persona también!» Sópleme usté aquí quejábase de esta manera, en medio de la risotada de Facunda, que impedía escuchar las palabras de Requinto, encarándose entonces con el tío Borriquita, después de dejar la puerta de la Reonda y haber llegado hasta allí con la joven.—Sí, Felipa se casaba. Mire *usté* que era para morirse de gusto la idea de aquel casamiento. Se casaba con Cojo Garrote.—¿Es *verdá,* María Dolores?—Requinto la detuvo con su pregunta. Ella iba absorta, sin idea de lo que á su alrededor ocurría. La pregunta de Requinto pareció sacarla de su absorción; su rostro se iluminó con una sonrisa. ¿Qué era aquello de que estaban hablándola? Y otra vez pareció hundirse en una cosa honda.

. . . . . .

Sópleme usté aquí tomábase de palabras con un mocito que había en los corredores tonteando con la mo-

Digitized by Google

zuela que se mofó de él diciéndole que su mujer iba á pegarle. Requinto fué allá, corriendo, á ver si conseguía armar gresca.

—Ahora veréis, *señore ji señora*—dijo,—y soltó un golpe á su guitarro, que resonó como gruñir tremendo—.

. . . . . .

. . . . . .

—No, yo no sé nada,—había contestado María Dolores, encogiéndose de hombros. Y echó á andar. Vamos, ¿quién la detenía otra vez? La prole, la prole ilustre, que rugía, revolcándose delante de ella, para repartirse los perros de Paco. Parecía la prole un montón de basura con patas. La Reonda seguía allá, impasible, en su trabajo. Desde que oyó decir aquel exabrupto de que se casaba Felipa, sus carnes fofas se mecían con más cadencia, y su labio superior, de color de plomo entonces, parecía más colgandero.

—¡Fué á mí á quien se lo dió Pa-

Digitized by Google

quiro!—¡No, que fué á mí!—¡Á mí, maldita sea!...—Al oir el nombre de su novio, María Dolores pareció volver á la vida de nuevo; su cara se iluminó otra vez y sus ojos irradiaron, húmedos de ternura. Se fué sin despedirse. En el corredor aumentaban las zumbas de la mozuela y el mocito con Sópleme usté aquí y la Facunda; las dos mujeres, picadas, iban también metiéndose en calor. La casera salió de la sala, asomó el busto al barandal y tendió los brazos hacia el grupo del pozo, llamando á Ventura con más brío y con acento de tempestades próximas.—¡Ventura, que subas á la sala te he dicho!—«Tenía gracia aquello de la mujer mandando en el hombre; y lo que es la Facunda, era capaz de retenerle allí hasta que la casera bajara por él. Y la mocita de los corredores echaba una risa tan grande como la de Facunda, que parecía ya crónica, con amagos de tormenta. ¿Y qué le importaba á la

Digitized by Google

necita de *pitiminí* lo que la Facunda fuera ó no fuera capaz de hacer? ¡Vaya *usté* al cuerno, so tonta!» Y la Facunda seguía perorando...

. . . . . .

Salió entonces Pinguitos—otra hembra famosísima;—salió de su sala de *arriba,* asomándose al barandal, orgullosamente, para ver á su hombre atravesar el patio para salir á la calle...

¡Como que acababa de vestir *al suyo* de Nazareno para la procesión de aquella tarde, que saldría al obscurecer, de San Juan de la Palma, allá por la calle típica de la Feria!

Por un momento, todos los ojos y todas las imaginaciones pusiéronse *en el* de Pinguitos, que atravesaba el patio con su *vestiura.* ¡Aquello no era un hombre, aquello era un brazo de mar vestido de Nazareno!

Pinguitos iba á reventar de orgullo; su rostro encendíase, sus ojos centelleaban... Á todo esto, con una

Digitized by Google

displicencia y un melindre que *daban rabia* á las vecinas que tenía cerca. ¡Qué desmayo en la voz, qué languidez en el ademán!

. . . . . .

«Pero, ¿qué le importaba á María Dolores todo aquello? ¡Ah! Con qué gusto se hubiera echado á llorar allí precisamente, entre aquel hormiguero de criaturas, al son del guitarro de Requinto, que le hacía pedazos los nervios!... «¡Llorar! ¡Y por qué llorar! ¿Qué culpa tenía ella de lo que á Pepa le pasaba? No, no.» Su fina nariz se dilató entonces, como para aspirar aquel ambiente fresco, oloroso, de las tardes de primavera en los patios sevillanos; y con aquel olor de gloria, la vida inmensa que brotaba de aquel torbellino de criaturas, de contraste chillón, destacándose sobre las paredes blancas del patio, entre los tiestos de flores.

. . . . . .

—¡Dios mío!... Tío Borriquita,

Digitized by Google

*¿usté aquí?*—María Dolores sintió remordimiento. Sí, allí estaba el tío Borriquita, que la hubiera dejado pasar, si ella no le habla antes... «*¿Po* dónde *quedría* que estuviera?»

La verdad; el gran Borriquita tenía sus razones para estar resentido. María Dolores sonreíase con bondad, oyéndole: «Las únicas personas de su querer iban abandonándole... Y si no, allí estaba María Dolores, y allí estaba Felipa, y allí estaba Paquiro; Paquiro, á cuya casa no dejó de ir un solo día, mientras el *probe* estuvo *pa morise.*»

María Dolores pidió perdón al tío Borriquita, en nombre de Paquiro, en el suyo propio y hasta en el de Felipa...: «¡Si el tío Borriquita hubiera sabido las cosas que estaban sucediendo!» Y la muchacha suspiró. —¿Qué iban á decir al gran hombre? Él se encogía de hombros... y á su *empleita;* allá y que se hundiera el mundo; á él como si no; él tenía ya

Digitized by Google

*decinueve reales pa* su burra, que era lo que le interesaba...

. . . . . .

—Ventura, como no eches á andar ahora mismo, bajo yo por tí.—La casera estaba furiosa. ¡Y qué rechifla en el corredor! La Facunda miraba con ojos tiernos á Sópleme usté aquí... ¡Como que quería dar en la cabeza á la mocita, probándole que sabía sujetar á un hombre cuando era preciso! Requinto golpeaba su guitarro furiosamente. ¡Vaya una gresca!... Una tromba estuvo para derribar á María Dolores sobre el tío Borriquita; era la prole que rodaba por allí en aquel momento.

. . . . . .

—¡Conque diecinueve reales!—Las mejillas de María Dolores tiñéronse de un carmín muy vivo. Se acordaba... Se acordaba... Todas las noches, cuando iba con su abuelo á ver á Paco, mientras estuvo Paco entre la vida y la muerte, encontraba sen-

Digitized by Google

tado en el escalón de la puerta al tío Borriquita. — Tío Borriquita, ¿qué hace *usté* ahí?—le preguntaba ella todas las noches. Y la contestación del gran viejo era invariable:—*Po* lo que es yo... *empleita*.—Y encogíase de hombros.

No, lo sabía María Dolores: lo que esperaba allí el tío Borriquita, silenciosamente, impávido al parecer, solemnísimo, ocultos los ojos bajo el ala del sombrero, siempre echado hacia adelante, era que le dijesen que Paco estaba ya fuera de peligro; lo que le hacía esperar era su amor á Paco. Una de aquellas noches le sorprendió echando cuentas con los dedos.—¡Pobre tío Borriquita—pensó María Dolores,—siempre está con sus matemáticas!—Y luego dijo alto:—Tío Borriquita, ¿cuánto juntó *usté* ya?—El tío Borriquita se dignó levantar la cabeza, no recordando que María Dolores le hubiese hecho jamás pregunta alguna rela-

Digitized by Google

cionada con tan grave negocio. «¡Decinueve!» María Dolores entró en casa de Paco sin contestar; alcanzó á su abuelo, que ya subía la escalera, y le dijo, con los ojos llenos de lágrimas:

—Abuelo, como Paquiro salga con bien, le vamos á comprar una burra al tío Borriquita. ¡Jesús y su Santísima Madre lo quieran!

Acordábase María Dolores de todo esto, acordábase...

. . . . . .

En el Cuartelillo iba aumentando el tumulto. Facunda y la mocita estaban poniéndose como un guiñapo; metíase la gente por las dos puertas como agua por rendija, para presenciar la sesión, y al juntarse la gente que entraba con la que había dentro, fué en verdad el espectáculo solemnísimo.

. . . . . .»

María Dolores iba deslizándose con dificultad entre la multitud, sin

Digitized by Google

ver á nadie y sin que se fijaran en ella. No pudo despedirse tampoco del tío Borriquita, pero el tío Borriquita no se apartaba de su pensamiento. «No, María Dolores tuvo siempre conciencia y no se había portado bien. ¿No sanó Paquiro? ¿Por qué entonces no tenía ya el tío Borriquita su burra? Pues nada más que por eso se le iba á comprar la burra con su serón y todo, muy nuevecito, sí, señor; y con unos fruteros..., que hasta allí; los fruteros los haría la Reonda. ¡Qué bien iban á lucir los fruteros resplandecientes, muy repantigados, sobre la misma carga del serón, en el lomo de la burra! ¡Dios mío! ¡Si ya estaba pareciéndole ver pasar al gran Borriquita junto á su puerta, con sus pelitos blancos, su cara arrugada y una mano en la mejilla, tirando de la burra por el ronzal con la otra mano y pregonando con aquel tono particular suyo:—*¡Niña... ja los pimiento... ja los tomate... ja las cole ji la*

Digitized by Google

*jabichuelaz verdeeeeee!*—Y luego por San Juan:—*¡Ciruela ji amasquiyo!... ¡Ja las brevaz mauraaaaaa!!!!*».— ¡Ay, qué bien! ¡qué bien!

. . . . . .

Pinguitos, según confesión propia, había quedado rendida, *acausiná*.... «La obra de vestir al Nazareno, concluyó al fin, pero ¿quién la vestía á ella, para ir á verle, cuando pasase en su fila, seriote, con su gran cirio y su gran cola?» Y se llevaba las manos á la cintura y á los riñones, como si en realidad la hubiesen dado una paliza. Algunas mujeres rodeáronla, comentando todas, aunque con su poquito de dejo zumbón, el traje del *señó* José, y la gallardía del *señó* José, mientras la pobre Pinguitos suspiraba, desmayamente, poniendo los ojos en blanco...

A cierta vecina ocurriósele decir que el marido de una tal Petra llevaba el escapulario en no sé qué otras condiciones... ¡Ay Dios, nunca lo hu-

Digitized by Google

biera dicho! La débil, la estenuada, la que no se podía mover, dió un salto de tigre, se fué á la otra como para abalanzársela y le metió los puños por los ojos, gritando fieramente:

—Lo que es fulanita es una envidiosa y tú una lleva y trae, puerquísima.

—¡Vaya con ésta, cómo se pone porque he dicho eso!—contestó la *lleva* y *trae* con mucha calma!—Refréscate un poco, *mujé*, que no te se descomponga el cuerpo.

—¿No oyes tú?—gritó Pinguitos encarándose más aún con la otra;—el cuerpo lo tengo yo, *pa* eso; *pa* que se me descomponga cuando sea *menesté* y *pa* mucho más *otavía*, si se ofrece.

—*¡Pos* púrgate!—dijo la *lleva* y *trae* en tonillo de soflama.

—¡Ya lo creo que me purgaré!... Pero será bebiéndome la sangre de alguna persona que toque á mi *dirniá*.

Digitized by Google

—¿Seré yo la purga entonces?... ¿Te va *ja purgá* con mi pobrecita sangre?—Y había que oir el horrible tono de zumba de la vecina.

—¿Te estás guaseando?—preguntó Pinguitos con las manos en las caderas, temblorosos y blancos los labios.

—¡Cá!... ¡No, señora! ¡Con la mujer de un Nazareno!... ¡Con la señora Pinguitos!... ¡Qué diría el alcalde!

—¡Que te saco los ojos y el corazón, *lleva* y *trae*, soplona!

—¡Qué lástima! ¡Con que *tó eso* me vas á sacar?... ¿Por qué no lo dejas *pa aluego?*

—*¿Pa aluego?* ¡Ya está! Lo dejaré *pa* ahora, ó *pa* cuando me dé la gana.

—Lo decía por el escapulario de tu Nazareno.

—¿Y qué?... ¿Qué era lo del escapulario?

—*¡Pos ná! ¡Pa* que te abanicaras con él, porque parece una esportilla!

Acabó de hablar así la criticona,

Digitized by Google

y tuvo en su cara la mano de la *Nazarena,* que crugió como un tiro. No aguardó el segundo la agredida; lejos de eso, púsose en forma rápidamente, y pagó la bofetada con otra del mismo calibre. Se empeñó la lucha y ya no hubo remedio para contener á las combatientes. Detrás de las palabras tomáronse de bofetones, y después de los bofetones se agarraron del pelo, así, como suena, cogiéndose y tirando hasta sacarle. Clavábanse las uñas á la vez, dirigiéndose con todo, unas alabanzas que no son para escritas.

Aquello era terrible y amenazaba no acabar. Tenían los ojos inyectados, y las mejillas arañadas y rojas hasta parecer que iban á escupir sangre, la garganta y el pecho desnudos y les colgaban los girones de ropa y los mechones de pelo. Salieron á relucir en la furia de la contienda, los trapitos sucios de las dos, conforme se arañaban y se mordían, echándose



Digitized by Google

en cara mutuamente cosas terribles: el padre de la una fué contrabandista y ladrón el padre de la otra; la una tuvo líos con un cura y la otra no tuvo quien fuese persona de *caliá* en toda su familia; la una era mal *casá,* tenía bolicheos con un cabo de gastadores, mató á su madre á disgustos, envenenó á su abuela, robó cuatro cubiertos de plata de cierta parte en que estuvo sirviendo, tenía un *marío borracho,* y una hija llena de *esaboriciones,* bizca y medio... coja... Pero no vayais á creer que la que todo esto echaba en cara á su rival tenía motivos para hablar alto, no; según la contraria, había un verdugo en su familia y le ahorcaron á un pariente próximo por hombre de bien...

—¡Ya lo creo, hija!—gritaba,—porque tú eres la que estás limpia como patena. ¡Toma!—Y le arriaba *un cate.*—¡Toma, tal por cual, toma! ¡Ven por otro! ¡Ya lo creo!—Y recibía una zarpada.—¡Anda, cochina,

Digitized by Google

*jorobá!* ¡Acuérdate de tu hermano, que tuvo sarna, y de aquel *abogaito* que le hacía la ronza á tu madre! Seguro. *¡Pos* no que no! ¿Quién, ella? ¡Por supuesto, la marquesa del *corrá,* con *toa* la cara que tiene! ¡Anda, *jambría, insonrible!*

—¡Miren la *esboquizá,* que me dice *to* lo que *eya é, pa* que yo me *caye!*

—¡Cabalito! Ahora saldrá con que lo invento *to*... y no hay en Triana quien no lo sepa!

—¡Anda y que te peguen un tiro!

—Que te lo peguen á tí, *cabriya* loca! ¡Como si no supiéramos dónde te metes de noche!

Á estas palabras creció la lucha; los corredores estaban atestados de vecinos; las gladiadoràs no cedían aunque se hicieran pedazos.

Y por otra parte, estalló un gran vocerío: Facunda y la mocita estaban en su *apoteosis:* el barullo era atroz; la rechifla descomunal; la casera en un lado de los corredores vomitaba

Digitized by Google

víboras contra Sópleme usté aquí y la Facunda; Facunda, haciendo de Júpiter, sacaba del pozo sin duda rayos encendidos, disparándolos contra la mocita y la casera. Requinto había roto el guitarro sobre una cabeza, no sabía cuál; Rebuzno, rodando por el suelo como un ratón, pellizcaba las pantorrillas de otra mujer, especie de yegua, que le soltó dos coces; el hermanuco de Percales, gemía en otro lugar furiosamente, como si hubiera sido en su cabeza donde el guitarro de Requinto se hubiese roto; delante de las salas reían las mujeres; los corredores coronábanse de mozuelas; aquello era terrible, descomunal, dantesco, espantoso, soberbiamente grande, en su disforme conjunto de jirones ondulantes, de carnes sucias, de pelos desbandados, de cabezas cuya vista hacía consternar, trágicas y cómicas á la vez, de ojos con atracción de abismo, de cuerpos retorciéndose, de brazos negruzcos, agitándose

Digitized by Google

como serpientes que se levantan con sacudidas epilépticas; y entre todo esto mezclado, para más contraste, alguna falda limpísima, algún rostro de mujer fresco como una rosa..., y el perfume de azahar embalsamándolo todo, y el sol envolviéndolo todo también en su última y apagada caricia.

. . . . . .

María Dolores consiguió salir de aquel remolino medio ahogándose; se detuvo de pronto al pasar junto al santo de azulejos y alzó los ojos llenos de lágrimas. El santo pareció sonreir y decirle con dulzura:

—Anda con Dios, muchacha, que todo se arreglará.

—¡Adiós... adiós—dijeron las cortinillas moviéndose misteriosamente.

Digitized by Google

Digitized by Google

# X

## Tribulación de Bandita

El bullicio era inmenso, la multitud, como negra oleada, desbordábase por las embocaduras de las calles en busca de los Pasos. Tuviese tela el autor para no acabar nunca si pretendiese hacer la historia de las cofradías sevillanas.

Á raiz de la reconquista fuéronse organizando estas hermandades, famosas hoy en todo el mundo. Como dato curioso conviene advertir que no tenían en su primera época carácter religioso muy marcado. Conocíanse más como instituciones políticas al decir de los eruditos. Diéronle el carácter religioso que hoy presen-

Digitized by Google

tan á fines del siglo XV; aumentó esto en el siglo siguiente, llegando al delirio en los XVII y XVIII. En tal esplendor se mantuvieron y así continúan. Ese escandaloso derroche de plata, de oro, de pedrerías en mantos y vestiduras, de joyas é imágenes de valor artístico inmenso, proviene, sin duda, de la desastrosa rivalidad que entre las cofradías existe. No es esto de hoy, ciertamente; es un odio hereditario como el de Montescos y Capuletos; légaselo el uno al otro en las familias de los cofrades de la hermandad que sea. Hay hombre que pertenece á su cofradía desde que su padre murió: el que murió fué hermano también desde que perdió al suyo; y así respectivamente.

Hay un número inmenso de familias de Francia é Inglaterra,—Inglaterra sobre todo,—que hacen el viaje por las procesiones solamente. Aunque se les antoje venir á España en cualquier época del año, lo guardan

Digitized by Google

para este tiempo, á fin de no marcharse sin ver las cofradías. Les deleita lo que ellos llaman la locura de los sevillanos, pero se vuelven locos también. A ese gran contingente de extranjeros hay que agregar lo que afluye de toda España, sobre todo de las provincias andaluzas. Con las enormes rebajas de precio en el ferrocarril, se desbordan en Sevilla gran parte de las poblaciones de Córdoba, Málaga, Granada y Cádiz. Todavía quedan los pueblos de la provincia, ese tropel abigarrado, imponentísimo de criaturas que fluye y refluye en balumba inmensa, dando con su atavío extravagante y chillón una atrevida y gran pincelada en ese inmenso cuadro que parece de sombras, porque en esos días, ya se sabe... todo el mundo se viste de negro.

. . . . . .

Bandita, hecho un personaje, muy afeitado, muy puesto de ropa de domingo, brillándole los tufos, con

Digitized by Google

misteriosa suavidad empujó discretamente la puerta de un camarote en el pasaje del Correo; se asomó al cuarto, y su graciosa sonrisa, dispuesta para seducir desde el primer instante, trocóse en gesto de contrariedad, que no pudo contener, por pronto que quiso rehacerse. Había razón para ello. No era Felipa la que estaba con María de la O; era Percales.

—¿Por qué no vino Felipa?—preguntó con inquietud.

Su novia le explicó la causa, y el mozuelo respiró entonces tranquilamente. «¡Demonio!, creyó que el asunto se lo había llevado pateta.»

—¡La pobre!—y á María de la O se la llenaba el corazón de suspiros, contándolo.—«Estaba cada día más triste y de peor humor; los chiquillos la traían loca; no ganaba dos cuartos y no sabía cómo valerse para rellenar tanto estómago... ¡Y que los ángeles de Dios no comían! Como sabañones.

Digitized by Google

En cuanto á Alcuza... ¡pues ya podían figurárselo! ¡Vaya un pillo!» Y si no, que lo dijera Percales.

Percales movió la cabeza asintiendo. Periquito Ruiz escuchaba á su novia como en éxtasis. María de la O era feliz. Pero la felicidad no le impedía seguir contando con mucho gracejo las desventuras de Felipa.

—Pues lo que es yo—saltó la Percales,—metía á los nenes en el hospicio, y que la Reonda se comiera sus canastas solita. Lo que es á mí, si me hubiera *salío* un hombre como á ella le salió, me agarraba al clavo aunque estuviera ardiendo, y me ponía como nueva... ¿No le parece á *usté,* señor Periquito *Ruí?*—Y quedó esperando la opinión de Bandita, mirándole atenta, encogidos en un mohín aquellos admirables labios de virgen del arroyo.

Pero Bandita le contestó con otra pregunta: «Y ella, ¿por qué no se casaba también?»

Digitized by Google

—«¿Quién, la Percales?»—*Mirosté,* hijo; lo que es á mí, me toca *osté* ese punto, que es el punto particular que yo tengo en mi persona, y me *dejasté* como si tocara en peña dura. ¡Bendito sea el *Señó,* y lo que yo haría si me casara! Á las primeras de cambio nos tumbaríamos los dos á *bofetás;* porque lo que es á mí, ni el mismísimo rey que baje de su trono me pone la mano encima sin que yo le responda como el eco. *¡Mirosté* que querer á un hombre!... «¡Y que no había visto ejemplos Percales! Que no la dejarán mentir, porque allí estaba precisamente el de Pepiya la Rinconá. ¡El demonio de la criatura! ¿Pero qué mala *yerba* babía *pisao?* ¿Qué se conseguía con enamorarse así? ¡Era ya perder el *sentío!*»

—Como que tú eres de piedra berroqueña!—exclamó María desdeñosamente.

—No, señora, que no soy de piedra berroqueña — repuso Percales muy

Digitized by Google

ofendida;—pero digo y rediré que Pepa no mereció su suerte; Pepa es mala porque está loca; pero el corazón de Pepa es una *catedrá* de grande, hija.

—Una *catedrá* con su campanario y *tó*—dijo María riéndose.—¡Y hasta con sus campanas! ¡Por eso *toitico* el mundo repicó *ayí!*

La Percales sintió el epigrama en lo hondo del pecho.—¿Sí?—repuso con amarga ironía.—¡Dichosa tú, mujer, que tienes tu torrecita tan alta, que nadie la *pué alcanzá!* Pero no te fíes, que podría caerse.

—¡Ya se picó, ea!

Bandita procuró conciliar la cosa, pero Percales no le escuchaba. «¿Qué sabían ellos tampoco? ¡Si hubieran visto á Pepa cuando empezó á mocear! ¿Quién como Pepa *pa* el *puntiyo* de la honra? Pero vino el asunto malo, ¡lo podían creer! Se echó Pepa por ahí; y como *tó* se paga en el mundo, *eya* lo pagó con enamorarse de

Digitized by Google

Paquiro. Lo que á *eya* le mata—añadió Percales con generoso ímpetu—es pensar que tiene su juego boca arriba... vamos, que sus cartas se las saben *tós* de memoria... mientras que María Dolores *yeva* el juego suyo muy guardaito entre sus *aliyas* blancas. ¡Mal rayo! ¡Cuántas veces se acordará ahora Pepilla del visiteo de la ditera! Porque has de saber—continuó Percales, dirigiéndose á María en su peroración—que fué la ditera quien la hubo de meter en sus primeros trotes; no estábamos en la fábrica, que cosíamos en la *caye*. En cuanto la ditera cogía un resquicio, ya estaba *ayí*, contándole unas historias de las *Mil y una noches;* no vayas á creer, no la escuchaba nunca; pero un día... ¡Válgame la Virgen! Si escuchó á la mala vieja fué porque el mundo se le vino encima. ¡Sin trabajo, sin comer, sin vestir, muriéndose su madre!... La pobre estaba loca. ¡Luego fué lo que Dios

Digitized by Google

quiso!; es como cuando se da un resbalón en una escalera; hay que *roar* hasta lo último; con algo tenía que tropezar y pararse; tropezó con Paco, y ahí la tienes; se ha roto el alma.

Percales se echó á llorar; los novios guardaron silencio. La muchacha hacía por enjugar las lágrimas, diciendo entrecortadamente:

—Se hace una cruces de pensar que haya en el mundo mujeres que quieran así. Si yo me he de embarcar en ese barco por un hombre, que la Virgen Santísima me quite de en medio antes.

—Pero ¿qué tiene Felipa?—preguntó Periquito Ruiz de pronto.

Aguardó la respuesta con notoria ansiedad. Percales contestó al punto:

—Pues tiene Felipa, que á Rebuzno le han *dao* un peñonazo en la frente y se la han abierto de par en par, que es lo mismo que si se la hubieran abierto á ella; porque lo que es yo,

Digitized by Google

no he visto en mi vida criatura tan madraza.—Después añadió confidencialmente, dirigiéndose á María de la O.

—Pero ¿tú has visto cómo se salió con la suya?

—¿Con qué suya?

—Con la de encontrar el *paraero* de Mecha.

Bandita prestó atención lleno de alarma.

—¡Ah!—exclamó María, como si pensase de pronto en alguna cosa que tuviera que contar á Periquito Ruiz.

—¿Lo ve *usté* como era *verdá* lo que le dije en el barco? ¡Como que no iba á saber Alcuza dónde estaba Mecha!

Indudablemente, á Bandita se le atravesó en la garganta una rueda de molino; le fué imposible contestar, por el esfuerzo que tuvo que hacer, sin duda, para tragarse aquello.

María siguió charlando: «Á Periquito Ruiz podía decírselo *tó,* porque

Digitized by Google

era de confianza: Alcuza y Mecha estaban *aconchabaos,* Alcuza en Sevilla, y Mecha Dios sabía dónde, porque Felipa no lo quiso decir; pero no paraba allí el asunto; había otros de mala sangre por medio, que traían y llevaban».—Madrecita del Buen Tino... ¿No hay rayos en el cielo *pa partí* á esa pícara gente? ¡Ay, si yo los cogiera!—Y alargó las manos como para enseñar al mundo las más sonrosadas uñas que los nacidos vieron.

Á Bandita se le atragantó nuevamente no sabía qué cosa. Era mucho aquello. ¿Sería otra rueda de molino?

—¿Cómo lo supo la gitana?—preguntó temblorosamente.

—Se enteró Felipa por conducto de Alcuza, pero sin querer Alcuza, por supuesto; dejándolo como cosa perdida, no pensando en él, no hablándole, haciendo olvidar al viejo lagarto que tal hija y que tal familia tenía, pero acechándole siempre, si-



Digitized by Google

guiéndole, acechando y siguiendo siempre también á los amigotes suyos, con la seguridad de que Alcuza sabía dónde estaba Frasquito Cruz, y que al fin, tarde ó temprano, encontraría lo que buscaba... Oyó, por último, cierta conversación en una taberna del barrio, hacía dos ó tres noches; por algunas palabras sueltas supo que una persona iba buscar á á Frasquito Cruz para no se sabe qué demonio de lance...

Bandita estaba medio muerto. «De modo que, cuando él hablaba en la taberna con Alcuza, la gitana estuvo oyéndole desde un cuarto de al lado, mientras María le aguardaba en el otro. ¡Jesús divino! Pero aquel demonio de bizca ¿pensaba decir el nombre de la taberna que fué, ó el sitio donde se escondía el otro?»

María, bajando la voz, susurraba entonces con mucho misterio:

—No le conviene dar parte, porque Alcuza está en la cosa; pero hay

Digitized by Google

uno con quien ella se entiende y que le ayuda: el Cojo Garrote.

La Percales soltó en esto una carcajada, que resonó en la taberna, llenando los ángulos negros con sus vibraciones. La miraron sorprendidos, pero explicó pronto su risa; se había acordado de la declaración de Cojo Garrote, contada por la gitana: salía ella del taller, hacía ya tiempo, después de hablar un rato con María Dolores; estaba ya en la calle, y sintió detrás un gruñido: *¡Uuuuú!* Felipa, según testimonio de la que lo contaba, imitábalo con sin igual gracejo.—Aquel gruñido fué la voz de Cojo Garrote llamándola desde el escalón del taller. Volvió Felipa; Cojo Garrote echó al suelo la pata buena y dejó la otra en el escalón: así que estuvo Felipa cerca, lanzó otro gruñido más largo...—*¡Uuuuuú!* —Fué la declaración; con eso sólo quedó esperando á que le respondiesen, mientras el tío Berrinche le lla-

Digitized by Google

maba con furia, echando más chispas que el hierro, cuya calda empezaba á romper en aquel punto.

Felipa se había quedado como quien ve visiones; tan grande fué su sorpresa; pero luego se echó á reir, le dió en la cara con un pico del mantón y volvió la espalda, haciendo lo mismo que Cojo Garrote: *¡Uuuú!*

María de la O y Percales reían como locas. Ellas reían, pero Periquito Ruiz...

«¡Bueno estaba Periquito Ruiz para jolgorios!»

Percales quiso volver al Cuartelillo: púsose inquieta, pensando en Pepa *la Rinconá;* Periquito Ruiz se opuso abiertamente; era lo que él decía:—*Mirosté,* señora; *osté* se quedará con esta y conmigo, aunque sea por el buen ver y que no digan que vamos solos por esos mundos.

María de la O se hubiera comido á besos á Periquito Ruiz. «¡Así, así son los hombres cuando quieren de

Digitized by Google

*verdá!*» Percales siguió con ellos por complacer á su amiga. Esta hubiera debido irse á casa de María Dolores; pero ¡era tan dulce, tan inesperado todo aquello! Además, María Dolores también era feliz. «¡Qué alegría tendrá la pobre!»

Á esa exclamación de la muchacha, murmuró Percales sentenciosamente:

—Una alegría *mu* grande, pero á costa de otros.

—Mira, Percales—saltó María de la O prontamente;—lo que es eso, que no te lo oiga yo: tú estás con tus cinco y bien puedes considerarlo; nadie tuvo la culpa de lo que pasa á Pepa; ya sabes tú que Pepa se metió ahí como se metió en otros *laos* y armó el gran laberinto. ¿Le llegó su hora? Pues que se aguante, hija; lo que está de Dios y *ná* más. Hoy mismo, ya tú lo viste; figúrate lo que habrá *pasao* esa criatura, oyendo lo que Paquiro y Pepiya hablaban, *me-*

Digitized by Google

*tía* en aquella alcoba, donde la entramos como con yugo; porque tú recordarás que ella no quería, que quien escucha, su mal oye; tú misma me lo has *contao*. Eso no tiene remedio: si María Dolores llega á oir algo sospechoso, créelo, se va á su casa, chitón, chitón, sin mirar más al hombre. Si Pepa es *desgraciá,* ¿por qué ha de serlo ella? ¿No quería á Paco desde que nació? ¿Por qué había de hacer á Pepa el *rendivú,* cuando tantísimos tragos le hizo pasar Pepa? No hagas que me alborote con esto, porque era un contra Dios lo que estaba pasando; tú lo comprenderás; ten lástima de *Pepiya,* quiérela, yo no quito; yo la quiero también; pero, hombre, por los clavos de *Jesú,* la razón es la razón.—Luego, sin respirar, muy sofocada, añadió, dirigiéndose á Periquito Ruiz, que parecía hondamente preocupado:—*Mirosté,* esta tarde ha *sío* de órdago; aquí está Percales, que puede decirlo mejor que yo; en su

Digitized by Google

puerta estaba con Felipa, mientras Paquiro y Pepiya hablaban. ¡Y María Dolores, escuchando sin saberlo ellos! Porque era lo que habíamos dicho á María Dolores: «Pepa ¿no jura por *toas* partes que si consigue hablar una vez con Paco, Paco no vuelve á pensar en tí? Pues que hablen; tú oyes, y si Pepiya se lo logra, vayan benditos de Dios; pero si Paco está en lo firme, queriéndote á tí con decencia y como los hombres deben querer, con tu pan te lo comes.» No me digas que no, Percales, porque tú fuiste la primera en decir que sí.

—No, María, que es *verdá;* pero hija, tú no sabes lo que me pasó por *lo sojos* cuando al irse Paquiro entré en la sala y vi á la pobre en el suelo cuan larga era, sin respiración, blanca como el *papé,* y con dos lagrimones como dos puños en las *mejiyas,* lo mismísimo que dos diamantes *ayi clavaitos;* el alma se me partió; Felipa estaba viéndolo y se le caían las

Digitized by Google

lágrimas también. La gorda no fué esa, sino que María Dolores salió cuando la vió caer y se puso á su *lao*, sosteniéndola, y no hacía *ná* más que decir: ¡Dios mío! ¡Dios mío!—la quitamos de *ayi pa* que Pepiya al volver del insulto no la viera, y allá traspuso qué sé yo cómo.

—Vaya—dijo Periquito Ruiz,—á dar una vuelta; aquí se ahoga uno.

Pagó y salieron. Era inmenso el bullicio; Sevilla entera habíase echado á la calle, para ver los pasos de aquella noche... Era una noche espléndida, perfumada, dulcísima. ¿Sabéis vosotros lo que es en Sevilla una noche de Abril? Cuando vayáis á Sevilla, id en esa época; Sevilla se adorna con su mejor atavío; se acicala, se llena de flores para recibir al forastero, lo recibe amable, fresca, gentil, con su más dulce sonrisa, con su más bello saludo, aturdiéndole con su hermosura de diosa, embriagándole con su aliento de

Digitized by Google

virgen; por frío, por adusto que el forastero sea, tiene que entregarse; Sevilla entorna los ojos, y así, con los ojos entornados, lo mira, sonríe é intiman al punto. Esa es la Sevilla genial, la graciosa, la pintoresca, la que os seduce con una sonrisa, la que os enloquece con una copla, la que os mata con un retruécano, la que os coge con su mano redonda, pequeña, tibia, y os lleva á su Catedral, á sus palacios, á sus jardines, á su Guadalquivir, adurmiéndoos con sus ojos ardientes y despertando vuestra sed con sus labios húmedos; la que os lleva, en fin, á sus corrales de los Humeros y la Cestaría, de Triana y la Macarena, hasta que os vence, os rinde, os subyuga, y abrasado el cerebro de tanta luz, y vibrante el espíritu de tanta vida, pedís aliento, buscáis reposo en la habitación más obscura de vuestro albergue, la más silenciosa, la más apartada; y batallando allí contra

Digitized by Google

todo aquello que os encadenó, sentís aún llegar hasta vosotros rumor apagadísimo de castañuelas; sentís aún penetrar en vuestro corazón no sabéis qué caricia embalsamada con aromas de claveles y jazminez.

Las dos buenas mozas, y Periquito entre ellas, subieron por la calle de las Sierpes, hacia la plaza de San Francisco. Periquito Ruiz no parecía con muchas ganas de conversación; renegaba interiormente como un condenado; maldecía la hora en que se metió en aquel negocio con Alcuza.

Percales y María detuviéronse de pronto, al notar que Periquito Ruiz se había detenido; Periquito Ruiz hablaba con otro sujeto de no muy buen pelaje.

—¿Y el tío Berrinche?—le había preguntado con voz baja.

—Con Alcuza.

—Bueno; Felipa está en el Cuartelillo y no saldrá; éstas están conmigo. Yo cumplí; sólo me queda una

Digitized by Google

cosa que hacer: partirle á uno el corazón de una *puñalá,* si me metieron en un lío. Conque... media vuelta.

Y sin esperar á que le respondiese el otro, se alejó de él á buen paso, para alcanzar á las dos mocitas.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

## XI

### Un aspecto de Sevilla contra el que nada podrá nunca el modernismo.

Producía asombro aquella inmensidad de criaturas, bullendo y rebullendo, apretadísimas, ahogándose; madres cogidas á sus chiquillos, que no comieron en muchas horas, por el gusto regalado de recrear los ojos; gallardas mozuelas, contoneándose y paseando su gracia, y derramándola como el sol derrama sus luces desde la altura, sobre los míseros de abajo, municipales bigotudos, con guante blanco y limpio uniforme, lánguidas señoritas, gitanas de furiosa hermosura, mamás circunspectas al pare-

Digitized by Google

cer, mozangones que gritan y coplean, metiéndose y remetiéndose entre el bullicio, arrancando unos las flores del pelo á las mozuelas y arrancando otros el reloj del bolsillo á los hombres ó las mujeres, vendedores de confites, de *torraos*, de refrescos, de barquillos; en los balcones y las ventanillas colgaduras ricas de seda, de damasco, aquí y allí, en un lado y otro, á granel, como lluvia esplendorosa de soles, cabezas y bustos de mujeres... y haciendo cerrar los ojos deslumbrados, allá, en la plaza de San Francisco, aquellas tribunas donde resplandecían con relámpagos y reverberones, no ya las sevillanas del pueblo, sino las aristocráticas, las espléndidas, las espirituales, las que unen á la gracia y el donaire de las otras, la riqueza y el poderío, las que ciegan con los rayos de sus ojos y los rayos de sus diamantes, ayudando á la ilusión, para más misterio el rumor de abanicos, el crujir de

Digitized by Google

sedas, los movimientos indolentes, la muda sonrisa, los habladores ojos, el regio atavío, la briosa apostura, esa emanación impalpable de luz divina y fuego humano de la hembra meridional, envolviéndose todo en una atmósfera exhuberante de oleadas de sol, aromas de nardos y claveles y músicas extrañas, algo enloquecedor, como el lúbrico pliegue de la mantilla macarena, algo triste, como la nota prolongada, quejumbrosa, del mocetón de robusto pecho, que en la noche obscura *rompe* por carceleras, al pie de la ventana y al lánguido murmurar de las puras brisas.

Era aquello un impetuoso mar negro, de roncos hervores, que engrosaba y rugía con los inagotables afluentes de todas las calles. Los que se habían sentado en las aceras tuvieron que ponerse de pie, los que estaban de pie apretáronse hasta reventar, pegados al cuerpo los brazos

Digitized by Google

y sosteniéndose en tierra con la punta de los pies solamente. Á las medias tintas de la noche que empezaba, veíanse las sacudidas imponentes de aquel mar inmenso de cabezas. No sé qué viento de tempestad hubiérase creído que soplaba alguna vez haciendo oscilar el negro y apretado oleaje.

—¡Por allí! ¡Por allí!—gritaron algunas voces, conmovidas.

La procesión llegaba. Hubo un terrible y grandioso momento, fué como la última sacudida de aquel mar inconcebible de cabezas. De toda la masa enorme y obscura que se movía con pesadez, surgió un murmullo semejante al ruido del trueno. Fué una exclamación, fué una nota solemne escapando en concertante monstruoso de miles de corazones; fué como el ¡ay! de alegría de aquella gran fiebre de un pueblo que satura su alma con esos inconmensurables aparatos religiosos: en el minuto que

Digitized by Google

duró aquella exclamación, la ronca marejada subió poderosamente. Osciló la multitud como una ola gigantesca. Todos quisieron colocarse mejor. Las viejas, las mozas, los niños, los hombres removiéronse, para quedar quietos, en fin, como mudas notas, fuera de cauce, de aquella gran sinfonía; oíanse con más precipitación los pregones de flores, de *torraos,* de *regañás,* de castañas pilongas, de cotufas, de camarones y boquillas; apretaban más en el pregón, por lo mismo de no tener ahora nadie ganas de compras. Todos miraron á un punto, quedándose inmóviles; fué calmándose también el vocerío de los que pregonaban y reinó el silencio, un silencio imponente, emocionante. Había desembocado la caballería, de la calle de la Sierpes. Montaban estos caballos la guardia civil; caracolearon allí las bestias para hacer plaza y se replegó la multitud silenciosa. Allá lejos resplandecían, como tropel



Digitized by Google

fantástico de mariposas de oro, las luces de los hachones.

Pasaban los Nazarenos: al sevillano le es imposible contemplar sin emoción las cofradía famosas. No hay espíritu, por despreocupado que sea, que no se sobrecoja un instante, con las ideas de otros días dichosos de la infancia, al ver pasar ante sí aquellos pesados aparatos religiosos, con su bella y grandiosa fastuosidad. Serán otras las flores que el ambiente perfuman, serán otras las caras que contemplamos, serán otros los penitentes que marchan con grave lentitud sosteniendo el cirio; pero Sevilla es la misma, el cielo de Sevilla es el mismo, las mismas son aquellas hermosas, admirables imágenes; con igual fijeza melancólica mira hoy Cristo moribundo á la multitud que le reverencia cuando pasa, con igual amargura los tristes ojos de María fíjanse en el pecho traspasado del excelso hijo. Les vemos como entonces, ¡ay,

Digitized by Google

pero cuán distintas son nuestras ideas al verles pasar, de cuando les veíamos desde los hombros de nuestros padres, confundidos entre la multitud! Hoy nos dolemos de aquellos encantos, de aquellas ilusiones de la niñez, que murieron... Entonces contemplábamos al sayón ó al penitente con temor supersticioso, y las miradas ávidas fijábanse con medrosa curiosidad en aquellos rostros de los santos que nos parecían curtidos y feos, é iguales eran las impresiones de nuestro corazón. Hoy les vemos pasar entristecidos porque nos recuerdan el ayer; hoy les vemos pasar con la amargura en el alma, aquella misma amargura de la Virgen por el Hijo á quien despedazó un pueblo bárbaro. Viendo pasar las cofradías no hay persona que tenga cabal idea del mundo y de las cosas, que no se suma en meditaciones graves. Dentro de su pecho, en su conturbado espíritu, que nada cree y nada siente,

Digitized by Google

reza una honda plegaria henchida de dolores por las grandes hermosuras muertas de su pasado de niño. Entonces solamente, entonces puede comprender la eterna raiz que la hecatombe del Gólgota dejó á través de los siglos, y saca de la triste comparación, nuestra pequeñez, nuestra corta vida, nuestra inutilidad, lo mísero, en fin, del polvo que nos sustenta.

Llovian hojas de flores sobre las cabezas de las imágenes, como copillos níveos y sonrosados. Vibraban las músicas, resplandecían las luces y á sus ondulaciones parecían temblar los edificios y moverse la plaza en gran balumba, como enorme monstruo en mitad de unos mares revueltos. Destellaban el gozo y la beatitud en las mujeres; callaban los hombres pensativos; subía el incienso, y arrancaban fulgentes resplandores á las pupilas húmedas los grandes incensarios de plata, mecidos en el aire por manos expertas.

Digitized by Google

Van los *Pasos* en estas procesiones en profusión inconcebible. Sucédense unos á otros como en la historia cristiana sucediéronse los mártires; van las andas con acompañamiento crecidísimo de penitentes, curas, cantores, músicos, todos rodeados de una inmensa profusión de cirios encendidos y rodeado todo esto, como principal y fuerte murallón, de una montaña de hachones que se derriten, con sus cuatro luces unidas y dejan en la calle gran reguero de cera. Hundido todo aquello en un gran círculo de luz, piérdese fuera de aquel radio luminoso la inmensidad negra de cabezas, de ojos centelleantes, admirados, de almas deslumbradas, vencidas por aquel derroche de luz, de riqueza, de fastuosidad, por aquella exhuberancia de vida y fanatismo. Se ven en muchos ojos lágrimas de piedad y amor; se ven muchas manos levantándose á los cielos, se oyen gritos, gemidos, como de epilépticos,

Digitized by Google

de aquellos corazones sugestionados... y de repente, lo inconcebible, lo inesperado, lo monstruoso de la fe popular; lo que hace levantar sobre sus lindos pies á las esplendentes damas, lo que hace asomar con profunda emoción las gentiles cabezas y los ricos bustos de las mujeres sobre los antepalcos de los balcones; lo que hace aletear inquietos á todos los espíritus; lo que detiene en su marcha aquel grande y pesado cortejo religioso; lo que admira y conmueve hasta enloquecerla, á la masa inconmensurable de la multitud, hundiéndola en silencio de muerte y arrancándole gritos, rugidos, ayes de admiración, de entusiasmo, de piedad, de sentimiento. ¡La saeta!... La saeta que lanza la novia, hundiendo la frente en el rico pañuelo de Manila, para ocultar sus rubor, al pedir en esa copla la salvación del amado de su alma que está en prisiones; la saeta que lanza el preso detrás

Digitized by Google

de los hierros sombríos de su cárcel, pidiendo la libertad á su Virgen de Triana ó de la Macarena; la saeta que lanza el niño, de carita pálida y asustada, que implora desde los brazos de su padre el pronto alivio de la infeliz madre enferma; la saeta, en fin, de la madre loca, desgreñada, de ojos desencajados, de faz lívida, de manos juntas, suplicantes, que se arroja de rodillas en mitad de la acera cuando la madre de Dios pasa y le pide en la copla con ronco grito salvaje la vida del hijo que muere. Sea la novia, el preso, el hijo ó la madre, es el pueblo quien lanza esa copla; con esa copla van todos los corazones... Por eso al salir la saeta de unos labios, sale del pecho unánime de aquella gran masa, sale del corazón del pueblo, ese gran rey de la poesía; sale de allí como rayo de oro disparado á los cielos; sale de allí como centella de luz que ilumina rápidamente con destellos de lágrimas todas las conciencias; sale

Digitized by Google

del pueblo, del pueblo santo, que canta y llora, acogiéndose á su fe, para olvidar sus miserias y su yugo.

---

Digitized by Google

# XII

## Horas amargas

En aquel punto acostaba Felipa á la prole. Se hubiera podido notar inmediatamente, al ver á Rebuzno, que la historia del peñonazo fué un pretexto para el mejor desarrollo, tal vez, de alguna misteriosa cábala; el gitanillo no tenía vendaje en la cabeza, ni señal tampoco de que pudiese necesitarlo.

Quedó la prole dormida; la Reonda suspendió la labor y se echó de espaldas en el costal, sin dar las buenas noches; ya sabéis que la honorable matrona hacía el menos uso posible de su voz, demostrando así su

Digitized by Google

cualidad más perfecta. Muy pronto se durmió también, á juzgar por sus ronquidos espantosos.

Salió Felipa entonces del Corral sigilosamente, dirigiéndose con rapidez á la Cava; se detuvo ante una puerta microscópica; hubiesen podido notar, Bandita ó María de la O, que era la misma puerta de donde salieron una tarde Alcuza, la cuñada de Alcuza y la burra de la cuñada de Alcuza.

Entró Felipa en la casa muy diligente; la tía Locares salió á su encuentro, con el pelo colgando y la falda arremangada. No se sabe si Alcuza había cumplido ya su promesa solemne de castigar á la pecadora, ó si había guardado el grave negocio para darle cima en más apropiable coyuntura.

Un candil colgado del techo por una tomiza iluminaba trabajosamente la sucia habitación, dejando los ángulos sumergidos en sombra.

Digitized by Google

—¿Dónde está ese *pare?*—preguntó Felipa sin mirar á la viuda.

Y antes que la viuda contestara, oyó una voz aguardentosa que decía:

—Aquí, arrímate y no *chiye.*

Aproximóse Felipa y se encontró con Alcuza; estaba en un rincón sentado en un banquillo cojo; la gitanilla se cuadró al verle; con ademán propio de la tragedia, gritó así, como primer saludo:

—*Pare;* á *osté* lo *ajorcan.*

—Amén—contestó zumbonamente el gitano.—¿Á qué has *venío?*

Y Felipa se lo expuso en el acto: á *sabé* qué negocio era el que traía con el agüelo Berrinche, y á dónde iba á *yevarlo aqueya* noche; á decirle también que estaba *jartica é trabajá pa* el obispo, es *decí, pa* el obispo no, *pa* que los *chorrelito* comieran; pero venía á sé *iguá,* porque no comían, y *eya* estaba matándose.—Ya no *pueo,* no; y estando aquí el *pare* de los *probe chorrelito, e* una pena que no arri-

Digitized by Google

me el hombro *pa eyo*. ¡Ay! ¡Valía *má* que se *hubierasté queao* en *presiyo!* Por supuesto, que pronto *estarasté ayí* otra *vé*.—¡El tren de *güelta!*—Terminó Felipa, ronca de coraje y sentimiento.

Se había levantado Alcuza y fué aproximándose á su hija, con esa lentitud con que la hiena dispónese á sorprender á su enemigo; inspiraba terror su rostro largo, anguloso, lleno de arrugas, y sus ojillos brillantes; estaba en mangas de camisa, desabrochada, abierta la pechera; las venas de los brazos parecían verdugones negros que le cubrían la piel. Avanzó hasta Felipa, pisándose la faja, que se le había desceñido, y exclamó sombríamente:

—*Güeno,* ¿y qué?

Pero ella no le oía; siguió en su peroración, sin importarle la fiereza que iba apoderándose de aquel horrible rostro.

—*Caya,* que no te oigan—añadió

Digitized by Google

él, reconcentradamente.—*Caya* ó *tajogo*.

—¿Y por qué voy á *cayá*? *¿Osté* quiere matarme á mí de vergüenza? ¡De vergüenza! ¡Ay, qué risa!—y la muchacha reíase tétricamente.—¡Es claro! No *pueo decí* de vergüenza, porque se reirán. ¡*Tené* vergüenza la hija del tío Alcuza! ¡Ladrones quiero que á mí me roben!—Y después gritó fieramente, enarbolando los puños.—No y no; la hija *e* mi *pare, man* que ese pare sea *osté*, no pasará por eso. Sé donde está Frasquito y cantaré *mu* claro...

—*¡Caya!*—rugió Alcuza, lanzándose á ella.

—No, no quiero *cayá*.—Y hervía la voz en la garganta de Felipa.

—¿Sí? *¡Po á vé* si *caya jahora!*—Así dijo el padre, y se oyó á la vez un ruido pavoroso.

Felipa guardó silencio de repente. La mano de Alcuza acababa de caer sobre su pecho y retumbó allí

Digitized by Google

como una piedra sobre la tapa de un ataúd.

La muchacha no pudo sostenerse, no pudo ni hablar; iba á caer; cogióse á una silla y quedó arrodillada en la tierra pegajosa.

Alcuza sonreía, enseñando sus dientes amarillos; la Locares, en segundo término, medio perdida su silueta en la sombra, contemplaba aquello impasible. Después de una pausa aterradora, Felipa empezó á recobrar el aliento; estalló en sollozos, con la cara oculta entre las manos, y habló otra vez entrecortadamente.

—¡Sí, sí; *man que seasté mi pare! ¡Mejó* que *vayasté* á *presiyo e* nuevo!... ¡Lo sé! Está en San *Nicolá, ayí,* en la cueva...—Y gritó de pronto:—¡Ay, ay, *Dió!*—Alcuza habíale descargado un formidable puntapié, tirándola de espaldas.

—*Pa* que se meta en lo que no le importa—gruñó la Locares.

Digitized by Google

—Y tengo otro *pa* quien me chiste —repuso Alcuza en voz ronca;—con *mangue* no juega ningún *nacío*.

Guardó silencio la buena hembra; el gitano quedó reflexivo un instante; en aquellos segundos, las figuras de la mísera sala parecieron adquirir proporciones gigantescas. Al lanzarse Alcuza la última vez sobre su hija, tocó con su cabeza en el candil; el candil oscilaba aún y la luz mortecina, meciéndose en el aire, se deslizaba siniestramente sobre las inmóviles figuras, haciéndolas aparecer en todo su vigor y hundiéndolas luego en la sombra.

La Locares tuvo un feliz acuerdo: cogió el cántaro, se lo puso al cuadril y se encaminó á la fuente. «¡Era lo *mejó; ayá* y que se los *yevara e limonio*!»

Alcuza se echó entonces las mangas de la camisa, se puso el sombrero, cogió la chaqueta, se la colgó en un hombro; no parecía acordarse de

Digitized by Google

nada de lo ocurrido. Fué á salir también, pero tropezó con el cuerpo de su hija; le dió con la punta del pie y se echó á reir de aquel modo que hacía enseñar sus pavorosas hileras de dientes amarillos.

—No está tan *lejo* como tú te *figura,*—dijo en tono zumbón;—que se lo pregunten á la María Dolores.

Y añadió, encajando tras sí la puerta y alejándose:

—*Vamo ja hora,* que er tío Berrinche espera.

Á los pocos momentos de haber salido Alcuza, se incorporó Felipa y quedó escuchando atentamente; se arrastró luego y se detuvo ante la puerta. Oíase su respiración estertorosa; de pronto, como si estuviese ya segura de que su padre se había ido, levantóse de un salto, como un tigre, abrió la puertecilla rápidamente, y echó á correr hacia lo hondo de la calle.

Iba en seguimiento de Alcuza,

Digitized by Google

pero, desgraciadamente, no le pudo encontrar; se dirigió entonces á casa de Paco; preguntó á su abuela por él, y no tuvo noticia clara; salió sin saber á qué punto dirigirse; sentía dolor agudo en el pecho y en el estómago, de los infames golpes que había recibido; pero no se daba cuenta de ello en aquel instante. Maquinalmente, sin noción de lo que hacía, dirigióse en su carrera al taller del tío Berrinche: la puerta estaba cerrada. De pronto sintió una voz muy suave; salía de una ventana del taller, era de María Dolores. Felipa se abalanzó á la ventana.

—¿Y Paco?—preguntó anhelante.

María Dolores suspiró. No le había visto.

Felipa creyó volverse loca. Una sola idea centelleaba en aquel cerebro: la idea de que su padre y Frasquito Cruz iban á cometer un crimen, sin que ella supiese los medios de que se valdrían para cometerlo. Sólo te-



Digitized by Google

nía memoria para recordar las palabras que acababa de oir al Alcuza: «Frasquito Cruz no estaba tan lejos, y se lo podrían preguntar á María Dolores.»

—Hija, hijita mía—exclamó de pronto con aquella voz conmovedora de madraza, que sabía escoger para acariciar y dominar con la caricia á sus hermanillos,—no abras la puerta á nadie hasta que yo venga.—Salió corriendo, dejando á María Dolores poseída de terror; pero volvió de pronto, á los primeros pasos, y acercándose mucho á la ventana, dijo otra vez:

—Mira que te lo digo; que no abras á nadie, si no quieres buscarme esta noche una perdición; no abras ni al *agüelo,* si viene, como no venga solo. —Y echó á andar precipitadamente, allá, en la sombra.

María Dolores quedó aterrada; temía por Paco, no por su abuelo.

Felipa, en tanto, caminaba pre-

Digitized by Google

surosa; pero al volver la primera esquina tropezó con Cojo Garrote. Rápidamente expúsole la muchacha el asunto, y le recomendó luego por la Virgen que no se separase de la puerta del taller.

Cojo Garrote, sin hablar, movía la cabeza afirmativamente. Aludiendo á Frasquito Cruz, terminó así Felipa:

—¡Ea, ahí lo *tiés* ya; á ver tú ahora!

Soltó Cojo Garrote su más elocuente gruñido, y notó Felipa que golpeaba á la par con la gran manopla un objeto terciado en la correa de su cintura. Era el martillo de la fragua; el martillo de ancha y formidable boca.

—¡El martillo! —murmuró Felipa cuando se fijó.

Los ojos de Cojo Garrote echaban fuego.

—Adiós...

Marchábase ya la gitana; el Cojo

Digitized by Google

habló otra vez: *¡Uuuuú!*—Fué su famoso gruñido.

—¡Á *güena* hora!—exclamó Felipa con aquel tono de zumba, que no podía reprimir ni en medio de sus aflicciones.—Pero, de repente, cual si pasase por su corazón lleno de sombras una rápida centella, detúvose otro instante, y añadió muy bajo, oprimiendo con sus manos crispadas un brazo de Cojo Garrote:

—Sí, sí, ¿lo sabes? Soy *pa ti toa; pa ti toa* enterita... Pero será cuando Frasquito *Crú* y Pepa no *mos* den ya que *hacé*.—Y salió corriendo.

Digitized by Google

## XIII

### Horas felices

Después de la lucha que libró con la gran hembra, le fué necesario á Paquiro ver aquella noche á María Dolores, hablarla, oirla, anegarse en la felicidad misteriosa de pensar en presencia suya: «Esta es la mujer por quien fuí tan valeroso.» Como si hallara un punzante deleite en ir retardando la hora de encontrarse con ella, anduvo sin concierto por las calles, átomo perdido en aquel mar hirviente de Sevilla. Decidiéndose al fin, se encaminó al barrio con mucha lentitud. Atravesó el puente, y de pronto, muy cerca ya del taller, tem-

Digitized by Google

blando, febril, con profunda sorpresa de haber tenido aquella calma, apresuró el paso, como si tuviese la convicción de que el mundo iba á hundirse sin darle tiempo de llegar hasta María Dolores.

Halló cerrada la puerta del taller. «¿Se habrían ido á la feria? ¡Oh, amargura! ¿Qué había soñado él?» Y de pronto, la sangre, que parecía habérsele detenido, latió en sus venas con sacudida de fuego. Había oído una voz suave, baja, muy baja, como una queja:—¡Paco! ¡Paco!

Se acercó el mozo, y tuvo que cogerse á la reja para no caer; le faltó el habla y hubiera querido, sin embargo, levantar allí un mundo sólo con su aliento. ¡Qué será que, en amor, lo grande de verdad es lo que no se dice!

Después, cuando pasó un rato, murmuró temblorosamente.

—¿Estás ahí, María Dolores?

No veía; el taller estaba á obscu-

Digitized by Google

ras. Introdujo una mano por los hierros de la ventana y la agitó allí, como en el hueco de una tumba, diciendo á la par, en voz amorosa y patética, como su corazón lo supo y lo quiso decir.

—¿No estás, no me hablas?

«¿Sería aquello la tumba de la verdad?» No, Paquiro experimentó un agudo estremecimiento, al sentir su mano asida por otras dos manos pequeñas, ardientes, temblorosas... «Sí, sí, eran las manos de ella.»

Poco á poco, de aquel fondo negro de abismo en que el taller hundíase fué destacándose confusamente una silueta negra también; Paquiro no la vió; la presentía, la adivinaba; era la silueta del busto de María Dolores; lentamente fué ya surgiendo el busto después, en forma real, como si la visión hubiera ido materializándose.

—Te quiero...—respondió la voz apagadilla... una voz que no supo nunca Paco si le hizo sonreir ó le hizo

Digitized by Google

llorar.—¡Te quiero, y estaba ya loca por no habértelo dicho antes!

No pensaba Paco en averiguar las razones de aquella súbita expansión de su novia; no tenía pensamiento ni alma nada más que para beber hasta hartarse, si hartarse era posible, de aquel agua fresca que, de pronto, brotó en la estéril roca.—¡Te quiero, te quiero, Paco!—Y era la nota única de aquella gran sinfonía que vibraba con explosión de mundos en el corazón generoso y fiero del hombre.

¿Cuánto tiempo pasó? ¡Qué podían ellos decir! Nadie pasaba por la calle. Arriba, el cielo negro. Abajo, la línea confusa del caserío; allá, en el fondo, la torre de Santa Ana como poderosa estalacmita de un negro más intenso aún.

Estremecíase María Dolores, sin que Paquiro lo advirtiese nada más que con el contacto de su mano, y en sus pupilas, que centelleaban en la obscuridad. Inquieta ella, inclinaba

Digitized by Google

el busto trabajosamente, aunque de un modo inútil, para escudriñar á un lado y otro de la calle, y otra vez volvía á su recogimiento absoluto, á la satisfacción íntima de tener ya á su Paco. Pero su inquietud despertábase de nuevo, recordando la recomendación de Felipa. Fué haciéndose mayor aquel malestar. ¿Fué ilusión suya? Creyó sentir en la calle un aliento que no era el de Paco. ¿Cómo sería posible aquello? Su instinto sutil parecía advertirla. Pero además de su instinto, ¿no estaba también la recomendación de la gitana? Miró con ansiedad nuevamente. Nada vió, nada oyó, pero no pudo sufrir más tiempo; retirándose de la ventana de pronto, sin avisar á Paco, atravesó el taller precipitadamente, aunque estaba á obscuras, llegó á la puerta, la abrió, y dijo á Paco, que permanecía junto á la ventana:

—¡Ven! ¡ven!

Acordábase de la recomendación

Digitized by Google

de la Felipa. «¡Que no le abriera á nadie! No, no, aquel nadie no sería Paco.»

Paco llegó temblando. Ella tiró de él febrilmente y le hizo entrar. Cerró la puerta con rapidez; y allí, junto á la misma puerta cerrada, en la sombra, como si le abandonase ya el valor, reclinó la cabeza sobre el pecho del hombre y murmuró temblorosamente:

—¡Ay, Paco de mi alma, qué miedo tuve!

Paco no contestó; no pudo; sufría de felicidad. «¡Qué pasaba! ¿Estaría soñando?» Pero sentía el aliento de la mujer; aspiraba su perfume... y la masa de sombras iba abriéndose, como hendida por una luz inmensa, que reverberaba delante de sus ojos con millones de luces, cada una de las cuales difundíase con misteriosa dulzura en todo su sér. Hubo un momento en que vió á María Dolores perfectamente, como en pleno día

Digitized by Google

hubiera podido verla inundada de sol.

Dándose cuenta entonces tal vez de que no era un sueño, estrechó en sus brazos blandamente aquel primoroso busto, y sentía sobre su corazón los latidos de aquel otro corazón. Ella, entonces, como si á la realidad volviera también, se desprendió con lentitud de los brazos de Paco.

—Ven, ven—díjole.

Encendió luz, y «la inmensidad negra» convirtióse de repente, con la verdad de la luz, en un mísero taller de herrero, con sus paredes sucias, con su fragua tomada de hollín, con su chimenea como embudo invertido, de tonos más negros aún, con el alero de la chimenea cuajado de cachibaches, el herramental cuajado de herramientas, con mangos de hierro ó palo, y allá, en el muro, el hueco microscópico donde empezaba la escalerilla de peldaños imposibles, cuyo único mérito consistía en que subió y bajó siempre por ella la más linda

Digitized by Google

moza que llenó con su garbo las calles de Triana.

Subieron. Paquiro miró á todos los lados, mientras María Dolores abría de par en par la ventana. Desapareció la inquietud de María Dolores al verse en su cuartito; dilatáronse sus pulmones y respiró tranquilamente. ¡Oh, influencia poderosa de la juventud y del amor! Una alegría fantástica invadió su sér; aquellas paredes de su cuarto le parecieron muros de bronce, indestructibles. Paco seguía mirando absorto, como si nunca hubiera estado allí; le parecía no haber visto hasta entonces aquellos marcos de caoba en las paredes, con estampas representando los amores del Rey Don Pedro y Doña María de Padilla, la estera de junco amarillo que cubría el suelo, las cortinas de blancura inverosímil del balcón, la puertecita acristalada de la alcoba, abierta entonces, permitiendo ver la cama y sus ropas blanquísimas

Digitized by Google

como paño de altar, la cómoda con su tablero de piedra atestado de chucherías, y el fanal, en fin, donde el viejo guardaba como reliquia la diminuta muñeca con que María Dolores jugaba en su niñez.

De pronto empezó á oir la voz de su novia, y su espíritu fué saliendo de aquella gran abstracción. ¿Qué hablaba Dolorcilla? «El abuelo había salido... ¿Para qué? ¿Á que no lo acertaba Paco? Pues para hablar con Alcuza de un asunto: cuando estaba Paquiro muriéndose de sus heridas, hizo ella un voto á la Virgen, como le curase: el voto de comprar al tío Borriquita la burra de su sueño y darle así tan atroz alegría al viejecillo, además de poner mucho aceite en las lámparas de las iglesias y muchos cirios en los altares... unos cirios así... grandotes... grandotes... ¡Qué contento iba á ponerse el tío Borriquita!» Y María Dolores batió palmas con un entusiasmo infantil, ardiente,

Digitized by Google

invasor, que fué apoderándose poco á poco de Paquiro.

«El abuelo había salido con Alcuza para el asunto del tío Borriquita... Felipa estaba en el Cuartelillo, rabiando con su legión de arcángeles, y María de la O... ¡La pobre!... Le había salido un novio y estaba de paseo con él y con la Percales.»

—Por eso estaba yo sola, solita... pero llena de ti. ¡Esperándote! Estaba esperándote... ¿Entiendes?—María Dolores se aproximó á él y le puso las manos en los hombros, mirándole con dulce fijeza; ya no había en sus ojos aquella ansiedad, aquella triste mirada de duda y sobresalto, aquella timidez y vacilación de un espíritu que muere por entregarse, y que se echa atrás sin aliento, por desconfianza.

Paco la miró también, confuso, embriagado con aquel amor correspondido y la sorpresa que le producía la actitud de María Dolores.

Digitized by Google

—¿Por qué me esperabas?... ¿Por qué te veo así?

—Porque ya estoy segura; porque ya no desconfío.—Y apoyó otra vez la cabeza en el pecho de Paco.—Estoy sintiendo tu corazón; está diciéndomelo; me dice que te quiera mucho.

—No, no lo dice, lo grita siempre, á todas horas. ¿No lo sabes tú? ¿Por qué hasta hoy... hasta esta noche no lo has oído? Contesta... ¡Contéstame! ¿Serás mi mujer?

¡Ay, Dios, qué dulce era aquello! ¡Cómo había soñado siempre Dolores oir una voz celestial que la dijera aquellas cosas!

—¡Mujer tuya!—repitió, como en un suspiro, queriendo rodear con sus brazos el robusto pecho del hombre. ¡Tuya! ¡Tuya! ¡Dímelo otra vez!... ¡Dímelo muchas veces! Y ponía sus ojos llenos de lágrimas sobre el pecho de Paquiro, estremecida de felicidad.

Se acordó Paco en aquel instante

Digitized by Google

del día en que se guarecieron de la tormenta en el chozón de la campiña solitaria; quiso ver los labios donde aquel día estampó su beso, hizo levantar la cabeza á María Dolores suavemente, y la luz dió de plano en aquel rostro que resplandecía de rubor y juventud. ¡Ay! le pareció no haber visto la boca de Dolorcilla desde aquella famosa tarde. La besó... La besó, sí, pero no fué aquel beso ruidoso y juguetón de entonces; fué un beso silencioso, infinito, con el cual entregó toda su alma, la esencia de su sér, que recogió ella en sus labios y dentro de su sér mismo con piadosa unción. ¡Ay, al fin, al fin!

—Pero ¿por qué?—decía Paco.—¿Por qué, si yo creí siempre que esta gloria no era para mí? Te beso, te abrazo, y todo, todo, mis abrazos, mis besos, todo lo tomas como una gala que Dios te envía, sin irte, sin separarte, sin darme muerte con tu enojo.

Digitized by Google

—Ya estoy segura; ya estás limpio de alma; ya puedes hacer de mí lo que quieras sin mancharme; toma mi alma ya, toma ya mi cuerpo; es tuyo todo; todo te lo doy, porque ya confío.

—Pero ¿qué es esto?—gritó él anhelante.

Y ella añadió bajo, muy bajo, estremecida, loca:

—Te ví... te oí hablar esta tarde con ella... ¡Bendito sea Dios!

Quedó Paco mirándola con hondo estupor; quiso hablar y no pudo; la vergüenza, el sentimiento, aquel estupor mismo, se lo impedían. Habló al fin; habló para decir con dolorosa sinceridad:

—¡Perdóname, María Dolores de mi alma!... ¡Que me perdone ella también!...

Le faltaron las fuerzas y fué á sentarse; lloraba como un niño.

---



Digitized by Google

Digitized by Google

## XIV

### Donde se prueba fatalmente, una vez más, que la dicha es heraldo de desgracias

Lo olvidaron todo, sus penas anteriores, sus crueles horas de amargura, para pensar otra vez en ellos mismos. Temblaba Paco de amor ante aquellos ojos hermosísimos, llenos de lágrimas. Fué su impresión muy triste cuando supo que María Dolores había presenciado su entrevista con Pepa; pero se consoló pronto... ¡oh, condición terrible del hombre! Hasta sintió gratitud hacia Pepa porque le ocasionaba aquella dicha.

María Dolores le impidió seguir en sus pensamientos; abstraíase oyén-

Digitized by Google

dola; su corazón, sus ojos, su sangre, todo su sér, parecían entregados á la gran fiesta de contemplar á María Dolores, de admirarla, de oirla. En cuanto á ella, su memoria, su entendimiento, su voluntad, todo estaba allí, en holocausto, á los pies del ídolo; no pensó en Pepilla ni en Frasquito Cruz; voló á la gloria en aquel instante supremo, que había esperado tantos años.

Sentada á los pies de Paquiro, con los brazos sobre sus rodillas, acordábase, sin hablar, de lo que le oyó decir, rechazando á Pepa:—«María Dolores se sacrificaría por todo el mundo y por tí si fuera menester; y tú, ni por ella ni por nadie te sacrificarías.»

—¡Oh, Virgen buena! ¿Cómo probar que era cierto lo que Paco pensaba?—Y sus ojos, clavados en los del hombre, parecían decir con mansedumbre: — Pide sacrificios, y no pienses cuáles; yo los haré todos.

Digitized by Google

¿Lo comprendería él? Se levantó, levantándola en sus brazos; separóse de María Dolores un poco, para contemplarla más á gusto. ¡Oh, cuán hermosa era! Ella se echó á reir, viéndose objeto de aquel culto; habló entonces, habló, en no supo cuánto tiempo, de todo lo que en su alma tenía guardado. Contó sus desfallecimientos, sus agonías, las congojas de sus noches solitarias, muriéndose de cariño por él y ahogando siempre en su corazón aquel cariño. Paco escuchaba en silencio. Oyó hablar después á Dolorcilla de la tarde en que cayó herido por la traición de Mecha. «¡Ah! ¿Cómo no pudo comprender Paco lo bien que ella le quería cuando supo, al volver en sí, que ella cayó con él, y quedó allí como muerta, juntitos, cuerpo con cuerpo, anegada en su misma sangre?» Cruzó las manos, y con las facciones descompuestas por el dolor, como si se viese en aquella triste hora, pintábale su

Digitized by Google

agonía de todas las mañanas y todas las noches al ir á verle con su abuelo. Aquel temor de recibir una mala nueva... Y de repente, cambiando de expresión, resplandeciendo de felicidad, le habló del gran Borriquita... ¡Qué consuelo el de María Dolores al encontrarle siempre sentado en el escalón de la puerta de Paco! Si el viejo hubiese faltado de allí alguna vez al llegar ella, le hubiera parecido señal de luto. Siempre estaba allí, esperando saber del enfermo; y ella siempre le hacía la misma pregunta: —¿Qué hace *usté,* abuelito?—¿Qué iba á hacer el abuelo? *¡Empleita!* Y María Dolores encogíase majestuosamente de hombros y hacía un mohín saladísimo, imitando con sin igual donosura la indiferente prosopopeya del personaje. ¡Ay, Dios! Entonces... entonces fué cuando le ofreció á la Virgen hacer la suerte del tío Borriquita, si su Paco de su alma se ponía bueno. Oprimiósele el corazón de pronto,

Digitized by Google

echó los brazos al cuello de Paquiro, é inclinó otra vez la cabeza sobre su pecho. Lloraba.

«¡Ah! ¿No dicen que la dicha no vuelve? Volvió, sí, volvió, con la seguridad del amor de Paco. Volvió, sin que la empañase nube alguna; volvió, sin que la turbaran las sombras repulsivas de Pepa y Mecha.» En aquel punto no le inspiraban miedo sus enemigos; sentíase acorazada en su felicidad.

Después de largo coloquio, fué resuelto el asunto sin apelación: se casarían inmediatamente; prontito, sí; á desquitarse de lo que acababan de padecer. ¡Ah, qué sorpresa para el abuelo! ¡El abuelo! Pero, ¿qué había sido de él?

Aquella pregunta, que se hizo María Dolores maquinalmente, fué la primera nube de tan hermosísimo instante. «¿Dónde estaría? Salió con aquel gitanote; siempre le daba en qué pensar el padre de Felipa... Pero

Digitized by Google

no, con el tío Berrinche ¿quién se iba á meter?» Paco tuvo una idea:

—Yo iré á buscarle; vendré con él y se lo diremos todo.

—Sí, sí.—Cogió María Dolores la luz y bajaron juntos: puso la luz en el primer peldaño de la escalerilla, y acompañó á su novio hasta la puerta. Abrió para que saliese, pero antes de salir diéronse un último abrazo.—¡Madre purísima! ¡Qué dulce, qué dulce, qué bueno era aquello!—Así pensaban á la vez, entregándose como golosos á la delicia de aquel néctar de tan dulcísimo sabor, vedado hasta entonces á sus labios sedientos. —¡Tuya! ¡Tuya!—decía ella suspirante.

Hacía un minuto que salió Paquiro, y estaba María Dolores todavía inmóvil en medio del taller, oculta la cara entre las manos, sin poder desprenderse de la poderosa impresión. Parecíale estar aún en brazos de Paquiro. En aquella actitud le fué im-

Digitized by Google

posible distinguir una sombra que se introdujo por el postigo entreabierto y se deslizó fantásticamente hacia el ángulo más obscuro.

—¿Será verdad? — preguntábase María Dolores en tanto; y esta pregunta le pareció que no era ella quien se la hacía; pareció que se la modulaba suavemente al oído algún ser invisible, allí, en la medrosa penumbra del taller.

Cerró la puerta, cogió la luz y subió muy conmovida; dejó la luz en el veladorcito, y se sentó, como si le agobiase una carga misteriosa que le fuera imposible arrojar de sí.

Tuvo miedo. Fué á levantarse para cerrar la puerta de la sala... Y al mirar entonces hacia la puerta lanzó un grito de espanto. Allí, en el mismo umbral, destacábase una figura vigorosa, inmóvil, hermosísima, de gesto duro y llameantes ojos. Era Pepa.

—¿Qué es esto?—preguntó María Dolores, aterrada.

Digitized by Google

El enemigo soltó una risa siniestra; avanzó lentamente y respondió con aquel temible y delicioso eco, que hacía estremecer:

—Supe que estabas sola... y quise acompañarte un rato. ¡Tenía un deseo de hablar contigo! Ya ves el tiempo que hace que no estamos juntas, solitas... Contándote yo mis secretos... Contándome tú los tuyos... Mira, voy á sentarme... ¿Quieres? Siéntate tú también, anda.

Era terror y asombro lo que María Dolores sentía. ¿Cómo pudo llegar hasta allí aquella mujer? María Dolores no se equivocaba; el corazón de Pepilla no era malo; pero ¿quién respondía de que la escena de aquella tarde no la hubiese enloquecido al fin?

—Siéntate—repetía Pepa suavemente, tirándole de la falda.

Y detrás de su tono de dulzuras mentidas, adivinábase una amenaza de muerte en cada frase que salía de aquellos hermosos labios.

Digitized by Google

—No quiero, Pepa. Vete; déjame en paz.

—¡Conque así me recibes!...—Los ojos de Pepilla fulguraban de un modo extraño.—Pero siéntate—añadió con más dulzura; y de pronto, como viera que su rival seguía en pie, inmóvil, la cogió con violencia y añadió ásperamente:—Siéntate.

María Dolores estuvo para caer; pero la brusca acción de Pepa no la intimidó; al contrario, irguióse de nuevo, encendida de vergüenza y llameantes de cólera los ojos.

—No me quiero sentar—dijo.

—¡Ay, hija! Estás dejándome como quien ve visiones. ¡Conque ya no te doy miedo!

Y en la cara de Pepa parecía reflejarse un profundo asombro; pero su asombro se cambió prontamente en un grito de rabia, al oir esta frase de María Dolores, con que apuñalaron su corazón.

—¿Miedo á mí? Eso no; vergüenza

Digitized by Google

si acaso, de que vean los demás que disputo un hombre á una mujer como tú.

—¡Dolores!—rugió Pepilla, arrojándose á ella.

—¡Qué!—dijo fríamente.

Y quedó serena, firme, con tranquilidad, que hizo volver en sí á Pepilla. En rápida transición, por un esfuerzo titánico, añadió entonces, tranquila también, dulce, risueña...

—No, no es *ná,* no es *ná;* el asombro que siento de ver que no hay pluma de tus alitas blancas de pajarillo de la nieve que no se vuelva un puñal con que quisieras matarme. ¡Conque tanto me odias!... ¡Á mí, que tantas veces acaricié tu cabecita llena de sueños! ¿Te acuerdas? Yo no estaba ya con mi tía, aquella vieja de corazón duro; ya era yo feliz; ya no le hacía la compra por las mañanas, recibiendo siempre una paliza á la vuelta con cualquier achaque... Me daba horror de pensar en aquel cuar-

Digitized by Google

to sucio... ¡Con qué miedo repasaba yo mi cuenta siempre, antes de llegar al postigo! Una tarde me quebró un brazo del primer golpe... ¡La pobrecilla! ¿Te acuerdas? No, tú no habías *nacío*.—Y Pepa reíase destempladamente, nerviosa, enloquecida.—Fué tarde... Más tarde; tu mamá vivía entonces; tú eras así, así, chiquitina... Y echabas la cabeza en mi falda... Yo, una mujerona... Y te contaba cuentos de ladrones... Y te quedabas dormida..., dormidita... *Pa* que veas; y ahora quieres matarme. ¡Qué risa!—Y resonó la risa de Pepa, siniestramente, en la calma de la noche.

—Me haces llorar—dijo María Dolores.—¿Por qué me recuerdas eso... Y por qué me lo recuerdas en ese tono?

—¡Qué lástima!... Por eso, porque te quiero mucho, te hablo así... ¿No es como á ti te gusta? ¿No es como tú lo haces? ¿Así, en tonito meloso, lleno

Digitized by Google

de buena intención, como salvecita de beata?

—Déjame y vete ya, Pepa; tengo más corazón que tú, pero me pierdes, me aturdes con esa mala fe.

Pepa soltó una risotada. Acabó de reir, y repuso en tono suave, dulcísimo:

—María Dolores, hija; ¿tú me crees de mal corazón? ¡Ay!...—suspiró;—como no me es posible hacer que lo sientas de otro modo, voy á llamar á una persona que te quiere más que yo... ¡Y eso que yo te quiero tanto!

Fué hacia la puerta. María Dolores la quiso detener, diciéndola aterrada:

—Espera. ¿Quién es? ¿Qué queréis de mí?

—Ahora lo verás. ¡Ahora!—respondió Pepa, con su extraña risa, queriendo soltarse.

—No, no—repetía María Dolores febrilmente.

Y Pepa repuso, deslumbrándola

Digitized by Google

con el fulgor de sus ojos, aterrándola con su pavorosa ironía:

—Es Frasquito. ¿Lo sabes? abajo espera; voy á abrir. Vas á oirle: jura que matará á Paco esta noche... Que lo matará... ¿Entiendes?... Me enseñó el cuchillo... Un cuchillo así, grande, grande, que mete miedo... No, no es la espiga de una lima...

—No, no—repetía María Dolores, horrorizada.

—Lo verás—añadió la real hembe;—é irguiendo su flexible y redondo cuerpo de leona, se deslizó rápidamente, bajó al taller y abrió la puerta. Entró Frasquito. Pepilla *díjole* así muy bajo, rápidamente:

—Espero fuera; te avisaré si algo ocurre. Pero pronto, acaba pronto.

Y salió.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

# XV

## «Ella se sacrificaría por ti; tú, ni por ella ni por nadie»

María Dolores se había sentado sin fuerzas; creyó morir. Apareció Frasquito en la sala y no le vió, no le sintió; había surgido de la escalera como un espectro.

Anduvo hasta llegar á María Dolores, y quedó contemplándola ardientemente; le volvía loco, le hacía el corazón pedazos aquella mujer, por la que hubiera sido capaz de convertirse en un hombre perfecto. Desde la escena del Cuartelillo, había envejecido diez años; su traje era indefinible, de sucio y roto; los cabellos



Digitized by Google

caíanle, largos, lacios, en desorden; la vida parecía concentrada en sus ojos, aquellos ojos de mirar horrible, donde se amalgamaron la envidia, el miedo, el vil amor sin satisfacer, la venganza sin realizar y las zozobras del perseguido.

—María Dolores—murmuró, tocándola ligeramente en un hombro.

Ella se levantó de un salto y le miró de pies á cabeza. No le intimidaba ya; hubiera querido concluir para siempre en aquel instante, de un modo ó de otro; no le dejó hablar; fué ella la que habló primero, arrebatada, colérica. «¿Y por qué? ¿Con qué derecho la violentaban? Entonces ¿no había quien protegiera contra los malos á los buenos, que á nadie hacían mal?» Pero Frasquito Cruz se echó á reir siniestramente. Él había entrado allí con el alma á la espalda y el cuchillo dispuesto. Á quien quisiese entrar por aquella puerta, estando él

Digitized by Google

allí, le partiría el corazón de un golpe.

—¿Qué quieres todavía?—preguntó María Dolores desesperada.

—La sentencia de Paco está escrita; si tú no me quieres, bueno; pero con una condición: ¿Yo no? Tampoco él; escoge.

Y Frasquito pudo oir en el acto la contestación de María Dolores; pudo oir á María Dolores, verla, allí, valiente, hermosísima de despecho y dolor, vibrando en todo su sér la indignación generosa; en un segundo, cual dique roto con explosión inmensa, los acusó de causantes de todas sus aflicciones, de todas sus cóleras, de todas sus lágrimas. ¿Qué querían Pepa y Frasquito? ¿Que ella se sacrificase? ¿Y qué habían hecho por ella para que mereciesen tal sacrificio? No y no; por Paco, sí; por Paco, todo, hasta la muerte; porque lo quería, porque le adoraba; no se lo dijo á Paco nunca hasta aquella noche, y se lo

Digitized by Google

decía á Mecha; le decía su adoración por Paco; á él, sí; á él mismo, á Mecha, para que se muriese de rabia y celos si era verdad que la quería. Por Paco, sí; pero por ellos, ¿por qué?

—¡Déjame y vete! ¡Déjame, que es lo mejor, Frasquito Cruz! ¡Déjame, que no sé qué llamas están abrasándome, y no sé lo que haré, porque pierdo el juicio!

Y quedó ya en silencio, jadeante, febril, encendidos de cólera el rostro y la frente, magnífica, delante de Mecha, que la contempló asombrado, turbadísimo; de Mecha, que habló al fin lentamente, como quien se acoge al último recurso; que habló así, encogiéndose de hombros y haciendo brillar la ancha hoja de su cuchillo.

—Lo que tú quieras: sin ti, lo mismo me da; mato á Paco; ¿el *presiyo*, qué? No hay *presiyo má jorroroso* que este de ver que Paco va á lograrte.

Con profundo desprecio arrojó

Digitized by Google

María Dolores bravamente á Frasquito Cruz este insulto:

—¿Y serás tú capaz de hacerle cara?

¡Cómo se echó á reir Frasquito! María Dolores tuvo que apoyarse en la mesa para no caer; Frasquito le había contestado con frialdad siniestra:

—¿Por qué lo dices, porque Paco es más valiente que yo? Ya sé el camino. Le mataré por detrás, si cara á cara no *pueo*.

¡Ay, María Dolores! ¿No era inútil continuar la lucha? ¿Dónde hallar el remedio para su desdicha? La experiencia probó ya en otras ocasiones, desgraciadamente, que Frasquito Cruz conocía el medio más fácil para vencer. Quedó inmóvil, sin aliento, como muerta... Y de repente, como si la torva mirada de Frasquito Cruz al pesar sobre ella fuese acicate que en el corazón le hundían, levantóse de nuevo gritando:

Digitized by Google

—¡No, pero si no puede ser! ¡Si están engañándome! ¿Y Pepa? ¿Dónde está Pepa?—añadió, buscando con la mirada y exaltándose más.—Si entró cuando para nada la quería, ¿por qué no está aquí ahora que la estoy llamando? ¡Pepa! ¡Pepa!

Subía Pepa. Encontráronse. María Dolores la cogió de una mano y tiró ardientemente.—¿Qué iría á hacer?—preguntábanse Pepilla y Frasquito, recelosos.

—Bueno—prosiguió María Dolores, encarándose con Pepilla, cuando estuvo junto á Frasquito Cruz.—Bueno, ya lo sé, Pepa; ya me lo dijo éste: lo matará, matará á Paco, si yo sigo queriéndole... menos todavía: si yo le dejo una esperanza siquiera; pero contéstame, mujer, contéstame: ¿quieres tú á Paco?

—Sí—contestó Pepa con un resolución que daba frío.

—¿Lo quieres para dar el alma por él? ¿El alma y la vida?

Digitized by Google

—Sí.

—Pues entonces, estoy contenta; tú no consentirás que ese le mate.— Y rechazó su mano.

Pepilla quedó como aplanada por el triunfo de su rival; su límpido color moreno, de maravillosa tersura, adquirió de repente una lividez repulsiva; en su corazón librábase mortal combate, recordando otro día, otra hora, su dolor espantoso viendo á Paco herido, aunque ella misma, en la locura de sus celos, pidió que lo mataran... «¡Y aquella mujer, allí, desafiándola... desafiándola siempre! ¡Ay, Dios!»

—Mira—exclamó de pronto, en voz ronca y llena de rencores, hasta parecer imposible que pudiese salir de aquella garganta delicadísima—te lo diré... y que no miento, tú lo sabes: yo no sé de qué modo querrán las demás mujeres, ni cómo quiero yo, ni me hace falta saberlo tampoco; yo sólo sé que quiero á Paco sin vida,

Digitized by Google

antes de verle con otra. Paco dice que yo quiero como una fiera y que tú quieres como una mujer. Las fieras son así; las mujeres yo no sé cómo serán.

—¿Y dejarás que lo mate? ¡Contéstame!

—Le mataré yo misma si él no se atreve.

Y al fiero arranque de Pepa al decir sus últimas palabras, María Dolores comprendió su locura. Lo recordaba bien entonces: parecíale escuchar la voz rugiente de Pepilla: «¡Mátalo! ¡Mátalo!»—¡Ah, Dios mío! —Y sin pensar ya en Pepa ni en Frasquito Cruz, sentóse como desplomada, junto á la mesa, cruzó los brazos sobre el tablero, hundió el rostro en sus brazos y sollozó allí amarguísimamente. Á un lado y á otro destacábanse las figuras de Pepilla y Frasquito Cruz, como los dos siniestros fantasmas de su destino, un destino contra el que le era imposible

Digitized by Google

luchar. Allí estaban los dos inmóviles, sin compasión, sin entrañas, él con su cuchillo de ancha y larga hoja, ella con su mirada, más siniestra, más fría que la hoja del cuchillo.

Levantó María Dolores la frente. Habíase resignado. — Pues bien— dijo,—no le mataréis; le diré que me deje, que se aparte de mí, ó yo me apartaré de él; tú—añadió dirigiéndose á Pepilla,—prefieres su muerte; yo prefiero que viva; yo no sabía cómo quiere una fiera, y tú me lo has enseñado; yo también te enseño; ya sabes cómo quiere una mujer.

—¡María Dolores!—exclamó Frasquito Cruz, arrebatadamente.

—¡Ah, dijo Pepilla triunfante!— Y después, con dolorosa ironía, más terrible y más intencionada que al principio, como si no se aplacase su rabia con el triunfo, añadió:

—¿Y no te quedará ningún consuelo?

—¿Pues no lo sabes ya? ¡Ese!—

Digitized by Google

gritó María Dolores con la arrogancia de su sacrificio:—el de haber probado que una mujer tiene más corazón que una fiera.

¿Cómo se puede alcanzar un triunfo sufriendo tanto como con la caída más humillante? Esto ocurrió á Pepa.

Su desgracia consistía en comprender la magnitud del sacrificio de María Dolores y en no tener ella corazón bastante para realizarlo. Se acercó á su rival y le dijo en voz baja, rencorosa, silbándole el aliento, como si hubiese sido cada palabra una blasfemia:

—Quisiera amarte, porque tienes más corazón que yo; pero por eso mismo, cuanto más quiero amarte, más te odio.

María Dolores quedó impasible, como hundida en el abismo de su propio dolor.

—Vete, ¿á qué hablar más?—díjola;—y le volvió la espalda.

Digitized by Google

—Sí, me voy—murmuró Pepa;—no la quiero matar.

Tiró de Frasquito Cruz.—Vámonos, vámonos—repetía.

Salieron; ya en la calle, detuviéronse, ocultos en la sombra. Pepilla dijo entonces rápidamente:

—Hay que esperar; esta noche ha de ser. ¿Entiendes? Comprometiéndola... Comprometiéndola, es como esto se acaba.

Digitized by Google

Digitized by Google

# XVI

## Donde á Felipa, sin querer, se le escapa el alma

¿Qué iba María Dolores á decir á Paco? Dispuesta ya al sacrificio, había que hacerlo. Hubo un segundo en que pensó contárselo todo. Pero ¿qué iba á lograr? ¡Ah! no conocía á Pepa, como ella la conocía. No conocían á Frasquito Cruz.

Se levantó nerviosa, febril. Acordándose de su felicidad momentánea, de sus grandes ilusiones, cuya realización había entrevisto solamente; un frío pavoroso la hacía estremecer, como al contacto del cuchillo de Mecha.

Digitized by Google

—¡Esta sí que *e jotra!*—gritó Felipa, metiéndose en la sala como un rayo.—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Quién vino? ¿El *agüelo?* ¿Á quién se le abrió la puerta?

María Dolores no contestó; corrió á la gitana y preguntó anhelante:

—¿Y Paco?

—Conmigo venía, pero se entretuvo un poco, porque le pareció *ve* á Pepiya. ¿Quién estuvo aquí?

—Nadie, déjame; dile á Paco que no venga.

—¡Que yo le diga eso! ¿Pero tú estás loca? Lo encontré y *tó* me lo ha *contao;* le hice que se viniera conmigo y que dejara á tu *agüelo;* á tu *agüelo* no le pasa *ná;* está con mi *pare* y con Requinto; lo acabo de *vé;* por *ayí* no viene lo malo... ¿Quién abrió la puerta?—Y Felipa miraba á su alrededor con profunda inquietud. Se iba á sentar, rendida, estenuada; pero detúvose, con los ojos fijos en María Dolores, y se conocía el terror supers-

Digitized by Google

ticioso que se pintaba en sus movibles facciones. María Dolores decía febrilmente:

—Pues no y no; no quiero hablar con él; dime loca, dime infame, dime lo que quieras, pero que yo no le vea más; no, no quiero verle; no quiero hablarle.

No pudo ya resistir, y apoyando la cabeza sobre el pecho de Felipa, añadió entre sollozos profundos:

—¡Ay Felipa de mi alma, nadie tiene compasión de mí!

¡Ah, pobre Felipa! Miraba á María Dolores desoladamente, como si de pronto se hubiera derrumbado á sus pies un lindo castillo de sueños. Pero no era carácter el de Felipa para estar en incertidumbre más de un segundo.

—¡Si yo me lo figuraba!—exclamó arrebatadamente.—Pero, criatura, ¡cuenta siquiera lo que pasó!

Paco entraba entonces... Se detuvo y quedó allí como espantado,

Digitized by Google

por el presentimiento de lo que iba á saber. María Dolores repetía:

—¿No te digo que no quiero verle? ¿Que no quiero hablarle? ¡Dile por Dios que se vaya!

Adelantó él entonces.

—Ya no puede ser—dijo:—ya estoy aquí.

María Dolores le miraba á través de sus lágrimas; estaba muy pálido; parecía un muerto.

—Me dijiste que me querías, yo no lo creí; era un goce muy grande... Me iré ahora mismo, pero escucha bien esto, María Dolores: cuando estabas hace poco tan alegre, de rodillas, junto á mí, por algo sería; cuando ahora me tiras á la calle como á un perro, por algo será. ¿Qué pasa aquí entonces? ¿No te di bastantes pruebas de mi cariño? Pues yo te daré otras; yo seguiré dándotelas, hasta convencerte y rendirte. ¿No hice ya bastante para pagar mi ofuscación con Pepilla? Yo haré más; que por mucho que

Digitized by Google

haga, siempre será poco para lo que tú mereces y vales. Pero te pido en cambio una sola cosa: ya que no sea cariño, claridad siquiera, para poder entenderte.

—¡Séneca!—gritó Felipa en una explosión de entusiasmo.—¡Eso sí que son *discurso!*

—Y después, poniéndose las manos en las caderas, añadió ágriamente, dirigiéndose á María Dolores.

—¿Y qué *tiés* tú que decir?

Ella no había levantado los ojos; no hubiera podido sostener la mirada de Paco.

—Nada tengo que decir—contestó: —que me perdonen si di alguna esperanza; estuve loca.

—¡Pero si no es posible! ¡Si no puede ser!—rugió el hombre, cogiéndola bruscamente y cimbreándola como una pluma.—¡Si estoy acordándome! ¡Si me acordaré siempre! ¡Si has estado abrazada á mí! ¡Si siento en mi boca el calor de tus besos y en



Digitized by Google

mi corazón el fuego de tu sangre! ¿Qué es esto? Ni estabas loca ni lo estás... Y ¡quién sabe... quién sabe si en este momento no es cuando te doy la prueba más fuerte de mi cariño, con sólo no entender lo que dices, y cuando no me la estarás dando tú á mí, con decir solamente lo que estás diciendo!...—Y aplacándose añadió, en tono que fué gradualmente amargo, persuasivo, dulce, hasta ahogarle la pena, como si las lágrimas le impidiesen concluir.—Porque yo no soy sabio, María Dolores; pero sé que para todo tiene que haber motivo en la vida, como tiene que haberlo también para que me veas aquí penar de este modo, sin que tu corazón se parta de pesadumbre... Y si no fuera porque no está bien que los hombres se echen á llorar y no supiera uno tragarse el resuello, verías ahora mismo cada lágrima como el puño escapándose de este corazón que sin piedad me rompes.—Y lloraba, lloraba...

Digitized by Google

¿Hay cosa más fácil que las lágrimas en los verdaderos hombres? María Dolores desfallecía. La voz de Paquiro le llegaba al corazón, retorciéndoselo... arrancándoselo.

—Lola, hijica—clamaba la gitana con su voz más dulce,—*güerve* en tí, *mujé*.

—María Dolores—repitió Paco ahogadamente.—Quiso cogerla una mano, pero ella le rechazó; no habló; no podía hablar. Él la miraba, muriendo.

—No me has dicho nunca—exclamó—lo que con ese silencio espantoso estás diciéndome. No, no hables. ¿Qué importa, si yo escucho lo que dices en voz muy alta, dentro de ese pecho que no se lastima de mi sentir? ¿Hice una cosa mala? Pues la pago; pero lo que queda aquí, en el fondo de este corazón—añadió, golpeándose el pecho con generoso ímpetu,—eso no lo ves tú. Acuérdate de lo que hice por que me perdonaras; de lo que hice

Digitized by Google

por que me quisieras; de lo que hice por levantarme hasta ti, de tan hondo como había caído... y de lo que haces ahora, echándome otra vez abajo, donde está para mí la muerte, porque tú no estás conmigo... ¡Tú, que eres la respiración de mi pecho, y la luz de mis ojos y la gloria de mi vivir!

María Dolores avanzó como para arrojarse en los brazos de Paquiro: así lo creyó él, durante un segundo; así lo creyó Felipa; pero se detuvo aterrada, vacilante; le faltó el ánimo; había creído ver brillar ante sus ojos, rápidamente, la hoja de un cuchillo.

—No, no—gritó horrorizada, retrocediendo hasta la alcoba. Entró y cerró la puertecita de cristales. No podía más.

Paquiro fué á lanzarse tras ella, pero le detuvo Felipa.

—¿Qué es esto?—gritó entonces á Felipa, centelleantes los ojos por la

Digitized by Google

calentura. ¿Qué le pasa? ¿Estamos locos? ¿Lo está ella? ¡Dímelo tú, si ella no me lo dice!...

—¡*Aclaráselo* vos *compare*, que *tenéis* la boca á mano!—respondió Felipa en un estallido.—¿Qué diré yo, si no sé una palabra?

—Entonces, ¿es un sueño?—prosiguió Paco, rechinando los dientes de cólera.—No, un sueño no; una pesadilla, donde yo sólo veo una noche muy negra, y á María Dolores muy lejos, y á Pepa entre nosotros, y á Frasquito Cruz detrás de todo eso, ó delante, amenazando siempre... Pero digo que mi mal sueño se acaba poniéndome yo delante de Pepilla y de Frasquito Cruz primero, y que será esta noche, y mejor que esta noche ahora mismo, que voy á buscarlo.

Fué á lanzarse á la escalera, pero Felipa se abalanzó á él y le contuvo nuevamente, diciéndole á la par, en voz quejumbrosa:

—¡Cálmate, hombre, que *ere jun*

Digitized by Google

águila! ¡Cálmate, y escucha un consejo!

Paquiro no respondía; luchaba con fiereza por soltarse. Allí demostró la muchacha su poder y bravura; era la misma chiquilla, con músculos de acero, que se abalanzó á Frasquito Cruz y luchó con él fieramente la tarde en que Paquiro cayó á su infame golpe. En la lucha terrible que estaba sosteniendo ahora con Paco, él para salir y ella para detenerle, veíase la ceguedad del bruto y la impávida valentía de la mártir. Soltóse Paquiro al fin, y la muchacha cayó al suelo. ¡Así cayó también cuando Frasquito Cruz se lanzó sobre Paco! Estaba sin fuerzas. rendida, exánime; pareció como que empezaba á sentir en aquel punto los golpes de Alcuza, el cansancio de su loca carrera para buscar á Paquiro, el abatimiento de la lucha que con éste acababa de sostener y las sensaciones de aquella noche horrible. Iba á salir Paco; pero

Digitized by Google

lo que no pudo antes la gitana con toda la fuerza de sus músculos, lo logró con pronunciar el nombre de Paco solamente. ¿Qué desgarrados acentos puso su alma al pronunciar este nombre, que Paco volvió corriendo, sorprendido, y la ayudó á levantarse?

Fué un segundo; no hablaron... Mientras la levantaba pudo ver su rostro, iluminado entonces por la luz del quinqué, y leyó en aquel rostro bronceado y cadavérico como si leyera en su alma, libro misterioso abierto para él de repente.

Sintióse sobrecogido, aplanado; una turbación dolorosa se apoderó de sus facultades; nunca pudo considerar Paco la grandeza de alma de este mísero sér; hasta entonces no pudo fijarse tampoco en lo que hacía mucho tiempo se fijó María Dolores, aunque María Dolores no se lo hubiera querido confesar á nadie, ni aun á sí misma. Lo presintió; lo adivinó; lo

Digitized by Google

comprobó Paquiro en un solo segundo; en ese segundo pasó por el cerebro del hombre la historia entera de la vida de Felipa y el número infinito de veces que había recibido de la muchacha pruebas de amor hasta el sacrificio; recordó, detalle por detalle, todo lo que Felipa había hecho por él y por María Dolores; lo comprendió, admirado; lo que hacía la gitana por María Dolores, no era por ella precisamente, era por él, por Paquiro; se dió cuenta entonces de la abnegación de aquel alma sacrificándose siempre por unir á su rival con el hombre adorado. Esta abnegación, este heroísmo, lo comprendía Paco... Lo sentía más bien que comprenderlo; llegaba todo al fondo de su corazón en aquel instante, como llega á nuestras entrañas la sensación de un dolor sin que sepamos por qué poros se introduce en traidor y misterioso silencio.

Por una inevitable influencia,

Digitized by Google

cuando la mirada se cruzó entre ambos, aunque nada exteriormente reveló en el hombre el triste descubrimiento, ella, con su intuición divina de mujer, comprendió lo que había en el alma de Paquiro. Fué inconcebible su espanto al adivinar que había sido descubierta... «¡Y allá dentro, detrás de la puertecilla de cristales, sonaban los sollozos de María Dolores!»

Se soltó Felipa violentamente de Paquiro, diciendo con rapidez, sin mirarle:

—¡Vámonos! ¡vámonos!

Digitized by Google

Digitized by Google

## XVII

### ¡Socorro!

Bajaron al taller, salieron; Felipa echó la llave por fuera.

—Toma—dijo;—no te menees del escalón y *asina* estará María Dolores segura... Es cosa de *eyos*. Mecha está en *Seviya*... Eso es lo que yo sé, pero mi *pare* lo dirá *tó;* yendo *detrá e* mi *pare* daré con Mecha.

Decía esto nerviosa, anhelante, hervoroso el aliento, sin sentir los latidos descompasados de su corazón, ni el fuego de sus pies, ni los dolores agudos que le martirizaban.

—Pero ven acá—exclamó Paquiro,

Digitized by Google

cogiéndole las manos de pronto, cuando ya se iba.—¡Ven y dime cómo te pagará este pobre lo que por él haces!

Lanzó Felipa una exclamación al sentir las manos de Paquiro, y contestó ahogadamente:

—Casándote con mi María Dolores y haciendo que viva contenta con la *ayúa e Dió*.

Y echó á correr hacia la Cava.

***

Pero no anduvo mucho; cuando Paco no la podía ya divisar, detúvose vacilante, como si el aliento y las fuerzas le faltaran.

La calle estaba desierta; las lucecillas de los faroles brillaban débilmente como puntitos de oro, dejándola en medrosas penumbras.

No era, no, el cansancio, ni los golpes viles que de Alcuza había re-

Digitized by Google

cibido, ni sus miserias, sin esperanza de que concluyesen, lo que allí la detuvo, haciéndola olvidar el presentimiento de los males que la amagaban y la actitud incomprensible de María Dolores; fué una sensación especial que paralizaba su cuerpo, á la vez que sentía infiltrarse en su alma, como torrente de luz, la mirada intensa, de calentura, que sorprendió en los ojos de Paquiro cuando ella, sin pensar, ¡ay, Dios!, le dejó entrever su secreto... «¡Paco lo sabía... lo sabía!»

Y el alma entera se le desgarró entonces en un sollozo.

Estaba de pie, en la calle, sin ideas, sin recuerdos para otra cosa que para lo que en lo profundo de su corazón ardía: la vida, el mundo, los *chorrelitos,* María Dolores, todo quedó eclipsado por la impresión de aquel segundo inmenso de felicidad y tortura, cuyas causas, en su origen, ella no sabía explicarse.

Digitized by Google

Puesto un brazo sobre la pared, apoyada la cara en el brazo, apretados allí los ojos, extendido el otro brazo laxamente á lo largo del cuerpo, desatado, medio caído el pelo por la nuca y la espalda, en ondas de una negrura más intensa que la de la misma noche—una negrura que destellaba con risillas sutiles al caer sobre ella las débiles luces de los faroles, —con la faldilla vieja de su vestido sin forma, oculto el fino y nervioso talle en el pañolón de picos cruzados en el pecho y prendidos atrás en una lazada, más que mujer parecía una silueta, una mancha, un borrón de mujer arrojado sobre el muro.

Con los ojos cerrados, dentro—muy dentro, como si mirase para atrás, mientras una lágrima ardiente batallaba por salir de sus párpados apretadísimos, aquellos párpados de pestañas maravillosas,—veía aparecer con lentitud un campo grande... grande como el cielo, sembrado de

Digitized by Google

claveles; luego, otro campo, grande... grande como la tierra, sembrado de rosas; después, entre los claveles del cielo y las rosas de la tierra, un camarín precioso; y allá, en el rincón más apartado del camarín, lejos, muy lejos, una estrellita dorada y brillante, que venía... que venía hacia ella siempre, agrandándose conforme se acercaba y tomando diferente forma, hasta que al fin, la estrella dorada y brillante, ya próxima, muy próxima, se convirtió de pronto en una figura de hombre... de un hombre descomunal, de cara flácida, de ojos sin vida, de talle desgarbado... de un hombre que se mecía al andar, como barquillo en mares revueltos, por aquel demonio de cojera... «¡Ay, no, no era Paquiro!»

Como si el pensamiento de la pata fólica de Cojo Garrote la hubiera despertado á la realidad, vino todo en tropel nuevamente á su cerebro y siguió su marcha precipitada, con

Digitized by Google

pena profunda de haber perdido allí aquellos segundos.

Corría á buscar á su padre, pensando, con una lógica que ya la hubieran querido para sí otras cabecitas de mujeres más civilizadas, que era precisamente en Cojo Garrote, y no en Paquiro, en quien tenía que pensar.

En su abstracción no habían podido observar Paquiro y la gitana, cuando salieron del taller, dos sombras que se destacaron sigilosamente de un portal de la otra acera.

Eran Pepilla y Frasquito Cruz.

Atravesaron la calle y pusiéronse en el escalón de una casa vacía inmediata á la de María Dolores.

Sostuvieron allí, en voz muy baja, este diálogo:

—Se van; ¿te atreves?

—Sí; ahora ó nunca.

—Andando; abre.

Abrió Mecha, entraron; Mecha fué á cerrar.

Digitized by Google

No, no—dijo Pepilla;—por si hay que salir de pronto.

Encajaron la puerta.

***

Paquiro volvía entonces tristemente; quedó silencioso y abatido junto al escalón del taller; nada pudo observar de la anterior maniobra.

Pepilla y Frasquito hallábanse ajenos igualmente de que Paco estuviera tan próximo. Paco se dejó caer en el escalón, confundido, lleno de terror, irresoluto; le abrasaba la calentura. Olvidó á Felipa por completo; sólo tenía ideas y corazón para sus grandes dolores. «¡Ay, Dios, qué caro pagaba su devaneo con Pepa!» Quedó inmóvil, como hundido en su pena; no se oía ni un ligero rumor.

Empezó á caer una lluvia muy fina.

Un bulto se destacó en aquel instante de la pared de que habían



Digitized by Google

parecido surgir anteriormente las figuras de Pepilla y Mecha; se echó al suelo, y llegó arrastrándose como enorme reptil hasta la misma puerta por donde los otros acababan de introducirse.

Seguía lloviendo, y el rumor del agua impedía escuchar sin duda su respiración formidable; al llegar á la puerta empujó suavemente; cedió una hoja y fué abriéndose sin chirriar, con pavorosa lentitud, como fauce terrible que se prepara en el misterio contra fantástico enemigo.

Ya que la abertura fué suficiente, siguió arrastrándose el monstruo hasta que se ocultó en el cubil.

Poco después oyéronse gritos ahogados; luego un golpe sordo, como de un cuerpo al caer en tierra.

Levantóse Paquiro y puso atención, tembloroso, anhelante de ansiedad y duda.

—No, no—pensaba,—estoy seguro, María Dolores nada tiene que ver

Digitized by Google

con eso; eso es de la casa de más abajo.

Iba á aproximarse á la otra puerta, cuando oyó en la misma casa de María Dolores gritos desgarradores, desesperados, agonizantes... ¿Qué decían aquellos gritos? Paco lo recordará toda su vida.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Era la voz de María Dolores.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

## XVIII

### Donde Bandita da un golpe de estado

Perdóname, lector; voy á volver un momento atrás, que así llegaré más claramente al desenlace. Cuando Bandita dejó de hablar con aquel prójimo y se aproximó á las mozuelas, estaba asustadísimo. Sin ser mariposa había jugado con el fuego y se quemó al fin las alas, aunque, si bien se mira, eran sus alas un tantico sucias y dignas de arder hasta la raiz.

Anduvieron, trabajosamente, hasta salir á un sitio más desahogado, donde la multitud no les molestara. Iba mirando Periquito á su novia,

Digitized by Google

de reojo, sin alientos, como si un mal muy hondo hubiérale agarrado el alma.

Lo cierto es que la pobre María consiguió, sin pensar, lo que no hubiera conseguido seguramente de habérselo propuesto con la resolución más firme. Su juventud, su donosura, la sal y picardía que se desparramaban de toda su persona, como trasminante perfume, dilatando los pulmones, cualidades fueron de las que Periquito Ruiz se prendó altamente.

El pillo tenía buen ojo; comprendió que la muchacha jamás estaría á su lado en aquel asunto: por otra parte, le fué tomando cariño al agreste y sano perfume de aquel capullo de flor de los corrales de Triana; comprendió que iba á perder el cariño de su novia; presintió, á la par, que era un negocio malo; todas estas inquietudes agrandáronse en su imaginación al saber que Paquiro y María Dolores se verían probablemente

Digitized by Google

aquella noche... Que seguramente se encontrarían Paquiro y Mecha...

Se le encogió el alma á Periquito. Le entró un miedo formidable á que su novia le diese de golpe con la puerta en las narices cuando barruntara la índole del sujeto que le había salido al camino.

Al camino, sí. Pero el mozuelo se perdía de vista y afilaba hasta cortar el aire. Con un poco de voluntad y otro poco de temor, tuvo suficiente; cantó de plano y curóse en salud;... sacando fuerza de flaqueza, se cuadró de pronto allí, en la misma puerta de Jerez, por donde iban entonces, volcó su costal, y las mozuelas, aterradas, oyeron este trozo escogido:

—Ea; aquí *yegó* Cristo y de aquí no pasó... Y que no me chisten mientras yo tenga la palabra; *pos* si yo *cayo,* no seguiré ya, porque la vergüenza y el *mieo* van á comerme. Señoras y señores... Es decir, señoras sólo, que con estos percances

Digitized by Google

tiene uno la cabeza á componer; aquí ocurre lo que voy á decir; y si no es la fija, que la tierra se abra y me trague: ocurre que Alcuza, un individuo que *ustés* conocen, quiso que yo le *ayuara* en cierto trabajo. Por mi *salú* tengo que jurar aquí, y por la *salú* de ésta—señalando á su novia trágicamente—que yo no sabía hache ni be de lo que el asunto era, sino que quise servir á un amigo.

—¿Amigo tú de ese hombre?—Hizo María con tal horror la pregunta, que se estremecieron hasta las entrañas del Bandita.

—Los hombres son amigos de los hombres y están *pa* servirse—afirmó el pícaro con una tranquilidad muy torpemente fingida;—y á mí no me interrumpe nadie cuando yo esté hablando cosas de razón y bien *sacás* de la cabeza... ¿Están *ustés,* señoras?

Lo que estaban las señoras eran locas de curiosidad y miedo; María de la O sobre todo.

Digitized by Google

—Lo que yo tenía que hacer—prosiguió Bandita, resollando dificultosamente,—era buscar con mucho aquél que María Dolores se quedara sola en una cierta ocasión, quitándole de al *lao* figuras decorativas, con el alto fin de que no la vieran de hablar con *uno*... y eso fué lo que hice.—Tartamudeó entonces Bandita; no sabía por dónde seguir; como se quedasen mirándole, aturdidas, las dos muchachas, hizo un esfuerzo prodigioso para tragar saliva, y pudo continuar, pero con mucho menos ardor:

—Alcuza me *dijoo, dicee:*—¿Tú *quiés ayuarme?* Y yo le *dijee, digoo:* —Yo quiero.—Entonces Alcuza me contó en Aznalfarache que los santos *aláteres* que había de quitar al altarico de la María Dolores eran Felipa, María de la O, el tío Berrinche, Cojo Garrote, la mar, el fin del Universo. Había que poner á Mecha juntito la María Dolores, sin que ni el aire se percatara. Puesto ya en el pormenor,

Digitized by Google

de quien primero eché mano fué de esta que está aquí, metiéndome el resuello *pa* adentro con su penar, y *ajogándome* con eso *sojazo mojaos* en lágrimas, como dos arco iris que relucen entre la agüita que del cielo cae. ¡Maldita sea! ¿De qué sirvió mi trabajo? De *ná;* yo procuré quitar estorbos de enmedio, pero no había *contao* con uno que era el *peó*. Al tío Berrinche lo entretiene Alcuza; Felipa está en su casa, *ustés* conmigo. María Dolores allí, solita, en un solo cabo... Pero ahora resulta que Mecha irá á casa María Dolores, que Paquiro irá también y que va á haber *ayí* la cerrazón padre. Yo no conté con eso... Ea, y se acabó: á ésta me agarré *pa* engatusarla, pero ella fué la que me agarró y me engatusó á mí; lo que empezó en broma, acabó en *vera;* si no es *verdá,* que mal rayo me parta, y aquí estoy pidiendo por Dios que me peguen cuatro tiros, pero que no me quiten á mi Mariquiya, porque

Digitized by Google

le meto mano al mundo y me lo como.

María no dijo nada; estaba llorando. Percales soltó por su lindísima boca un terno como un demonio; se puso en jarras y amonestó fuertemente á María: «Menos lloriqueo y á *yegá* pronto *an cá* la María Dolores. ¡Lo que había que hacer era *efaratá er* lío!»

---

Digitized by Google

Digitized by Google

## XIX

### Donde Cojo Garrote da un golpe de muerte

Corrieron al taller; á la salida del puente los encontró Felipa; Felipa se enteró en un segundo; cogió á Periquito Ruiz y le habló bien y pronto: «Si era *verdá tó aqueyo* y quería ganarse otra *vé er* cariño de su novia, que fuera como una bala al *cuarté e* los *civiles,* que dijese *ayí* que Frasquito *Crú* estaba en *Seviya,* y que podían cogerlo en la fragua del tío Berrinche; era bastante; la guardia *civí* conocía á Mecha de sobra, y esperaba el aviso de un momento á otro.»

Acabó Felipa y Periquito salió á escape.

Digitized by Google

—Vámonos—gritó luego la gitana, partiendo la primera;—*verá nostés* cómo Dios querrá ahora que lo trinque la guardia *civí*... y acaba *pa* siempre Frasquito *Crú, alia er* Mecha.

Pero ya cerca del taller hízose esta pregunta, loca de terror:

—¿Y Paco?—No distinguía á nadie por allí.

Llegaron; la puerta estaba abierta de par en par; el taller á obscuras. Arriba oyéronse de pronto exclamaciones de cólera, ayes pavorosos... ¿Qué pasaba arriba, Dios santo?

. . . . . .

Volvió María Dolores á la salita, después que hubieron salido la gitana y Paquiro. Cerró la puerta y fué á la ventana donde tantas veces contempló, á la luz de la luna, los tejadillos desiguales, cubiertos de jaramagos. «¡Todo había concluído! ¡Era imposible el remedio!»

Se retiró de la ventana, sin acor-

Digitized by Google

darse de cerrar. «¡Sí, sí! todo acabó. ¡Sola... sola para siempre! Lo peor no era eso: Paco, desesperado, loco, irritadísimo contra ella, era posible, seguro casi... procuraría olvidarla con el amor de otras mujeres, ¡con el de Pepa quizás! ¿No era horrible aquello?»

—¡Ah!—exclamó, sin poder contenerse, en un arrebato de aquel dolor inmenso;—no le matarán, pero ¡qué caro me cuesta!

En aquel instante un bulto informe se destacó en el fondo de la ventana, aproximándose á ésta por el tejadillo; luego fué dibujándose en el hueco una figura horrible, como la de un demonio abortado allí por la noche, con silenciosa agilidad trepó el alféizar y se deslizó en la sala, hasta ponerse detrás de María Dolores.

Ella no le sintió, hundida en su gran pesadumbre.

La horrenda visión era Frasquito Cruz.

Digitized by Google

Lo último que María Dolores habló, lo había oído él perfectamente desde la ventana, al mismo tiempo de asomarse. Quedó un momento detrás de María Dolores, recogida la idea en un éxtasis indefinible.

María Dolores sentada, encorvado un poco el talle, con la cara oculta en las manos, lloraba en silencio... Frasquito, ansioso, lívido, aventando la nariz como león hambriento á la vista de la presa, contempló la fina cintura de María Dolores, el ancho busto, la nuca blanquísima; chispearon sus ojos, chascó la lengua... «¡Al fin! ¡Al fin!»

Con el ímpetu formidable de su condición feroz lanzóse sobre María Dolores, diciendo roncamente:

—¡Tú sí que me cuestas cara! ¡pero ya te tengo!

Lo que ocurrió entonces fué horrible, rápido: ella revolvíase como una serpiente en los hercúleos brazos de Frasquito; él intentaba tapar su boca

Digitized by Google

para que no gritase, y ella desprendíase de la nervuda mano en una feroz sacudida para gritar otra vez y caer de nuevo bajo la garra; no era ya un hombre, era un monstruo; la materia imponíase brutalmente en aquel organismo grosero; tratándose de su amor, no había raciocinio en él; no había noción de las cosas; olvidó el lugar, el peligro, el escándalo; era la bestia queriendo saciar su hambre, más voraz cuanto más obstáculos encontraba para saciarla, más rabiosa cuanto más ardiente era la lucha que tenía que sostener para vencerlos.

***

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba María Dolores, destrozándose por desasirse de Frasquito. ¡Socorro! ¡Paco! ¡Felipa!

—¡Calla—rugía él,—calla!

Revolvíanse los dos feroces, ester-



Digitized by Google

torosos; cayeron á tierra en el tremendo pugilato; se revolcaban allí, con la ropa hecha girones, medio desnuda, suelto el cabello; él frenético, loco, más temible, por el mismo frenesí que le producía el contacto sólo de aquella carne adorada.

Hubo un segundo en que María Dolores se vió perdida, en que Frasquito entrevió el cielo, de que jamás tuvo idea; ella lanzó un rugido de leona, que hizo estremecer hasta el alma misma del condenado; este instante de duda en la bestia bastó para que ella se desprendiese, encogiéndose en un arranque poderoso y deslizándose bajo su cuerpo, como el sol cuando se filtra por un resquicio.

Fué todo en un segundo, como la luz al hacerse, como el pensamiento al surgir; al propio tiempo se oyó tras la puerta una voz formidable, la voz de Paco:

—¡María Dolores! ¡María Dolores!

Digitized by Google

Crujió la puerta á un tremendo empuje, se abrió con estrépito, y Paco, en el umbral, jadeante, feroz, blandiendo su cuchillo, gritaba, aludiendo á Mecha:

—¡Ah, por fin! ¡Por fin! ¡Ya te tengo!

María Dolores se arrojó en sus brazos.

—¡Tuya! ¡Tuya siempre!—repetía con explosión—me amenazaban con matarte... ¡Por eso te alejé de mí! ¡Tuya! ¡Tuya!

—¡No!—rugía Mecha.—¡No!

***

Fué á lanzarse Mecha sobre María Dolores, pero se sintió cogido fieramente por Felipa, que acababa de entrar.

Percales y María de la O pedían socorro. ¡Qué momento! Reprodújose la escena del Cuartelillo en aquella horrible tarde en que Paco y María Dolores cayeron juntos.

Digitized by Google

No, pero ella no estorbaba entonces á Paquiro; ella estaba dispuesta á morir por él; ya no habló, ya no gritó, esperando anhelante el resultado de la lucha de Felipa y Frasquito Cruz, sin separarse de Paco, no para tener defensa, aunque esto pareciese, sino para acudir á la de Paco si era preciso y dar su vida por él, antes siquiera de que el aliento de Frasquito Cruz le tocara.

—¡Ah! ¡Si yo me lo sospeché!—repetía Paquiro, rodeando con el brazo izquierdo la cintura de María Dolores y blandiendo el cuchillo en la mano derecha.—¡Si el corazón también habla! ¡Si sus gritos son grandes algunas veces hasta llegar al cielo! ¡Mía!... ¿Lo oyes bien? ¡Mía! Lo acaba de decir. ¿La quieres tú? Suéltalo, Felipa; suéltalo y que venga por ella.

Frasquito se soltó.

¿Qué poder hubiera logrado retenerle entonces? Se lanzó al grupo de

Digitized by Google

María Dolores y Paquiro, frenético, formidable; las mujeres de la puerta cerraron los ojos, horrorizadas; Felipa gimió, sin poderse levantar. María Dolores lanzó un grito y cubrió con su cuerpo el de Paco. ¡Qué hermosa estaba, presentando su busto, con los brazos abiertos delante del hombre querido! El golpe iba recto al corazón de María Dolores, sin que Mecha lo comprendiese en su locura... Iba á caer la hoja; iba á hundirse en la carne... Pero al mismo tiempo se recortó en el hueco de la ventana, abierta de par en par, otra figura, negra, horrible; se oyó una voz poderosa, como envuelta en un feroz resoplido:

—¡Aguarda!—dijo aquella voz; se alzó un brazo de la tremenda sombra, el brazo disparó una maza enorme, que silbó pavorosamente; Mecha lanzó una maldición y cayó de espaldas, con el cráneo despedazado.

***

Digitized by Google

María de la O y Percales permanecieron inmóviles de horror junto á la puerta... María Dolores comprendió al momento: su salvador había sido Cojo Garrote; el martillo de forja había desenlazado el drama inesperadamente.

Al ver á Paco libre, viéndose libre también, su alma pareció escapársele ya, y quedó sin sentido en brazos de Paco.

Cojo Garrote saltó á la sala y corrió á Felipa, levantándola dulcemente, más dulcemente de lo que hubiera podido esperarse de sus maneras de oso sin domar.

Felipa se incorporó con su ayuda y le dijo en voz baja, dulcísima:

—¡Me has *ganao;* palabra tengo de reina; *pa* ti soy!

Cojo Garrote gruñó.

María y Percales dejaron de gritar; hubo una pausa de estupor silencioso; fuera oíase el rumor confuso de pasos, de voces, como de gentes que

Digitized by Google

se acercaban con rapidez, y el otro ruido, igual, monótono, del agua de las canales al chocar tristemente en las piedras.

---

Digitized by Google

Digitized by Google

# XX

## ¡Pan! ¡Pan!

La noche misma del trágico suceso llovió sin cesar, como no había memoria de que hubiese llovido en Sevilla; la procesión del Huerto acabó como Dios quiso; la multitud huía á la desbandada por todas partes; en los días que siguieron llovió de la misma manera; las cofradías tuvieron un *mal ver*. No cesó la lluvia;... empezó la inquietud del vecindario; muy pronto llegó la alarma; el Guadalquivir crecía con rapidez aterradora.

Cesó el mal tiempo, pero Sevilla

Digitized by Google

habíase convertido en una laguna; el Guadalquivir abrió brecha por algunos sitios; no bastó la vigilancia, fué inútil el esfuerzo de los sevillanos, inútiles los grandes muros de madera puestos en las bocas de las calles por donde más pronto creíase la invasión del enemigo. El río crecía, crecía; no siendo ya suficiente su cauce para contenerlo, lo invadió todo; el Guadaira entró también en Sevilla, ayudando al Guadalquivir en su obra destructora; el Prado de San Sebastián convirtióse en un lago inmenso; la Alameda de Hércules en un estanque rarísimo, y era un cuadro muy original, ciertamente, la contemplación de las barquillas que paseaban á los curiosos y desocupados, entre la risa, la chacota y los retruécanos sin fin de mozos y mozuelas.

El barrio de Triana, como siempre, fué en esta ocasión el más castigado; allí fué donde la calamidad

Digitized by Google

revistió caracteres lúgubres. Por muy alegre que el pueblo de Sevilla sea; por mucho que tarde en comprender que la muerte ha de venir también á clavar en nuestro cráneo las puntas horribles de sus dedos agudos; por muy laboriosamente que realice la transición al llanto, desde esa carcajada feliz que parece eterna, Sevilla llora estas hecatombes, Sevilla lanza su grito de dolor, que no se escucha; lanza su grito de dolor sin que nadie cauterice con gran energía, de una vez para siempre, esa llaga de su corazón. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . Esta vez el agua llegó en Triana hasta los balcones; los barcos recorrían las calles con algunos hombres generosos que daban una limosna ó salvaban á una víctima; el Viático tenía que entrar por los balcones para llegar al moribundo; por los balcones era preciso sacar á los muertos; te-

Digitized by Google

níase noticia á cada instante de una casa que se hunde, de un modesto capital que se pierde, de una pobre criatura que se ahoga en su cuna... Y el río deslizándose... Deslizándose siempre, hinchado, enorme, feroz, pareciendo imposible que hubiera mar bastante para tragarlo... Deslizándose y destruyendo con su lengua poderosa, que se extendía á un lado y otro, casas, hogares, haciendas, vidas; y allá, en Triana, las aguas, de color de sangre, subiendo, subiendo siempre también, aislando el barrio, aislando las casas, como si cada una hubiera sido un ataúd. Eran las aguas como un demonio malo que todo lo envuelve en su mortal caricia; aliento de tragedia respirábase bajo aquel cielo esplendoroso, y el corazón se estremecía al oir los gritos desgarradores de las madres pidiendo pan para sus hijos; al ver aquellas manos descarnadas, tendidas trágicamente para coger el pan que no existía; al

Digitized by Google

ver, en fin, flotando en todas partes aquellas banderas negras, con sólo esta inscripción:

—¡Pan! ¡Pan!

Digitized by Google

Digitized by Google

# XXI

## El ocaso de Pepilla

Miró Pepa á todos lados. ¿Dónde estaba? ¿Qué lecho era aquel? Tenía á Percales junto á la cabecera, observándola con ojos piadosos. Bien... ¿Para qué iba á preguntar? Lo sabía perfectamente; lo había comprendido. En el primer instante creyó que era una pesadilla, un espanto más, de aquellos sueños dolorosos que tuvo; pero se convenció, era realidad, una realidad muy triste; la habitación, los muebles, la cama, las sábanas en que se envolvía, todo era de María Dolores.

Percales la llamó con dulzura.

Digitized by Google

Pepa no contestó. Pasaron horas; de vez en cuando abría Pepa los ojos con lentitud, aquellos ojos que parecían entonces, más que nunca, abismos negros abiertos en su cara; fijábalos en Percales, hasta que la fiel amiga bajaba los suyos; cuando Percales alzaba la cabeza para mirar á Pepa de nuevo, encontraba otra vez los párpados unidos y las hermosas pestañas cruzadas, sin notar en Pepa un movimiento, sin oir su respiración; parecía una muerta; una triste y hermosa muerta.

***

Pasaron días; por fortuna Pepa no se negó á tomar el alimento que su amiga le ofrecía; pero sin hablar, sin hablar nunca, fijando siempre la mirada misteriosa de sus ojos hundidos en los ojos de Percales, llenos de lágrimas. Cierto día señaló con sus dedos afilados un espejo que colgaba

Digitized by Google

de la pared. Percales comprendió al punto y fingió no entenderla; pero Pepilla habló otra vez para decir impaciente:

—Tráelo.

—Descolgó entonces el espejo y se lo dió. Pepa vió en él sus ojos hundidos, sus labios quemados por la fiebre, las manchas que afeaban el antes igual y delicioso color moreno. ¿Dónde, gran Dios, estaba la suave carnosidad de su garganta? ¿El color limpio y sano de su piel? ¿El brillo de sus ojos? ¡Entre las pesadas guedejas de sus hermosísimos cabellos negros se veían muchas canas! Estuvo contemplándose largo rato, y pensaba á la par en las veces que en aquel cristal mismo se habría reflejado la imagen de María Dolores resplandeciente de gracia y juventud.

Devolvió el espejo silenciosamente; Percales lloraba como una Magdalena; Pepilla cogió á la muchacha de una mano, la atrajo con suavidad



Digitized by Google

hasta hacer que se inclinase y la besó dulcemente; la besó y dijo con una ternura que jamás se había notado en ella:

—¡No llores, hija mía!

Percales estalló en sollozos.

***

Cuando pasó aquella explosión de Percales; cuando estuvo ya más serena, sonrió Pepilla con dulzura; dijo que quería descansar. Se volvió hacia la pared, y Percales creyó que lloraba... Efectivamente lloraba, y era el suyo un llanto sin consuelo, de esos en que el alma, después de largo batallar, se confiesa vencida. ¡Todo, todo había concluído!

Fueron sorprendentes desde entonces la ternura y la resignación de Pepa. Iba animándose, iba adquiriendo brío; la ayudaba á vestir Percales; apoyándose en su brazo, andaba un poco por la habitación; una

Digitized by Google

tarde la sentó allí, junto á aquella ventana donde María Dolores tantas veces se había entregado á sus sueños con la vista fija en los tejadillos cubiertos de jaramagos y líquenes.

Percales no la perdía un punto de vista; creyó advertir que sus ojos se nublaban; no pudo observar más, porque Pepa inclinó la frente y ocultó la cara entre las manos.

—¿En qué pensará?—decíase Percales.

Pensaba en su última entrevista con su rival, en Paquiro, en Mecha... ¿No era por aquella ventana por donde Mecha hubiera tenido que entrar una noche para sorprender á María Dolores, deshonrarla y hacerla imposible para Paco?... Fué acordándose de todo... De repente miró á Percales, como interrogándola. Percales se aproximó con timidez, no atreviéndose á despegar los labios; ejemplo singularísimo de delicadeza en esas clases populares, sin educación,

Digitized by Google

que piensan y ejecutan por instinto. Entonces Pepilla preguntó temblorosamente, en voz muy baja:

—¿Qué es esto? Di, ¿qué es esto?

Digitized by Google

## XXII

### ¡Oh mundo, mundo!

Si Percales hubiera sido muda, revienta. Estalló entonces y su palabra fué un torrente:

—¡Jesús, hija, gracias á Dios que te oye una el metal de la voz! Esto es que vino la guardia civil; pero no se llevó á Mecha, que se llevó á Cojo Garrote por haber *matao* á Mecha.

Pepilla quedó suspensa, muda, mirando á Percales con asombro.

—Sí, señor, á Cojo Garrote—repetía Percales,—porque mató á Mecha en el *instantico* en que iba á coser á *puñalás* á María Dolores y á Paco, á traición, por supuesto, *pa* no perder la costumbre. ¡Ay, hija!—Y Percales

Digitized by Google

se llevó las manos con horror á la cabeza.—Parece que lo estoy viendo asomar por la ventana, como un demonio, con el *martiyo levantao.*

—¡Por la ventana!—murmuró Pepa con estupor.

—Por la ventana, sí—repitió Percales ardientemente... ¡La que hubo aquí! Los civiles cogieron á Cojo Garrote; ya se iban; pero dijo entonces el Cojo medio gruñendo, medio hablando, que había otra cosa que hacer antes, en la casa *de junto;* fueron los civiles, y te encontraron *ayí,* en un corredor, *tendía* cuan larga eres, y medio *ahogá* de los *deos* de Cojo Garrote. ¡El ángel de Dios no entendía de chiquitas!

***

«Sí, sí, Pepa estaba recordándolo; dejó ir delante aquella noche á Frasquito Cruz en la casa vacía, para que subiera por los tejadillos á buscar

Digitized by Google

la ventana; ella iba detrás para convencerse, para animarle, si se arrepentía; de pronto la cogieron por el cuello, perdió la respiración, perdió la vista, cayó sin sentido.»

***

Percales seguía hablando: «¡Luego decían que Cojo Garrote era tonto! ¿Por qué no le metían un *deo* en la boca? ¡Sí, tonto! Bien lo explicaba él á su manera; en la calle pudo ya haberse puesto delante de Mecha y Pepilla; no lo hizo, temiendo que acudieran los vecinos y que Mecha se le escapara entre el *baruyo*... Además no sabía lo que Mecha iba á hacer, y era lo que más le encargó Felipa.»

—¡Felipa!—repitió Pepa maquinalmente.

—Felipa, sí, Felipa. Paco oyó los *chiyíos;* subió como un demonio, porque se había *queao* en la puerta

Digitized by Google

mientras iba Felipa á atisbar á su padre. ¡Allí fué la gorda! ¡Dos lobos feroces!... María Dolores en medio... Entra Felipa, sujeta á Mecha; María Dolores sujeta á Paco; va Mecha y se suelta de un tirón, se cae Felipa, María Dolores se pone delante de Paco... Mecha va á hundirle el cuchillo. ¡Qué horror! Cojo Garrote entra en esto por la ventana; *enseguiita* ¡pum!, el martillo por el aire. Hija, ¡pero qué pulso! Parece que el ángel de Dios se ha *pasao toa* la vida rompiendo cabezas. ¡Y qué suerte! En cuanto se supo quién era Frasquito Cruz y la buena acción que hizo Cojo Garrote con María Dolores y su novio quitándole del mundo, lo dejaron suelto. Felipa se casa con él; la *pobreciya* tendrá un hombre que la mantenga; la Reonda está que bufa. Pero no tiene razón. Figúrate: al Alcuza me lo cogieron bien, y con la amenaza de que le buscarán un lío por lo de la muerte de Mecha, si no

Digitized by Google

se va con tiento, se recogió con la Reonda y los chavales. Como Tranquita y Rebuzno se van de aprendices á la fragua, y *ayí* duermen, *ayí* comen y *ayí* se visten... y *esnuarán* también al abuelo si no anda listo, y como la Reonda no deja el dale que dale de las canastas ni *pa* respirar, la carga de Alcuza no será tan grande.

¡Y que se menee! La tiene encima al *instantico*. Con *tó* esto está Felipa... ¡Si tú la vieras, qué la habías de conocer! En cuanto á la pobre la entró una *miajilla* de *tranquilidá,* se le *envaneció* la carne; y se le *yenó* y se le emblanqueció la cara; hija, y hasta el ojo parece que se le puso más derecho. ¡Y qué vestíos! ¡Y qué rumbo! Por supuesto, *toas* estas cosas, regalo de Paquiro y del tío Berrinche. Se lo pone *tó* la indina, como tú y como yo, que parece que nació con *eyo*. Te digo que está *pa* que la *chiyen*. Yo, la *verdá,* á *ca* uno lo suyo;

Digitized by Google

no se va á decir que la Percales tuvo envidia nunca ni dejó de poner las cosas en su sitio. ¿Pues y el Cojo Garrote? ¡Á ese sí que hay que verlo! Con decirte: ya ves cómo estará Felipa, que cuando el Cojo la ve y piensa que va á casarse con *eya...*, hasta habla. Bueno—añadió Percales, dando otro sesgo á su discurso al observar el abatimiento de Pepilla. —Tú estabas *mu* mala; pidió que te trajeran aquí, que aquí te cuidaríamos *mejó* que nadie; y te trajeron... ¿Por qué estabas tú en aquella casa vacía, y por qué Cojo Garrote te echó mano á la garganta como una *necesidá?... Jesú,* hija, los señores civiles, ¡qué preguntones! María Dolores, Paquiro, yo, todo el que lo podía decir callamos como muertos. Harto teníamos con cuidarte de día y de noche *pa* que no las liaras. Tu madre viene alguna vez; la pobre no hace más que *yorá,* porque no puede moverse con los años... Lo más duro del trajín lo

Digitized by Google

llevó María Dolores. Á María Dolores le debes el no haber muerto. Cuando ya estábamos tranquilos y el médico decía que ibas á volver en ti, ella se fué *pa* que tú no la vieras; temía tu mal humor...

***

Pepilla no había hecho movimiento alguno durante el discurso de Percales; lloraba silenciosamente. Cuando Percales le dijo que María Dolores se fué, levantó la cabeza de pronto y preguntó temblando: ¿Adónde?

—Te lo podías figurar—contestó Percales bruscamente.—Al fin no iba á ser Paco su *marío?* Además, se fué con su abuelo. *Ayí* están, en su casa. Se van al campo. Paco dice que quiere trabajar y va á meterse en cosas de labor; su padre tuvo también labranza y él entiende mucho; también van con *eyos* María de la O y Periquito Ruiz, que se casarán más tarde,

Digitized by Google

cuando arreglen sus cosas. Periquito jura y perjura que será un buen hombre... Sí, lo que es yo, ¡qué quieres que te diga! Y Percales retorció el hocico de un modo que hacía poquísimo favor al honrado Bandita.

Una cosa hubiera querido Pepa: saber cuándo se casaban María Dolores y Paco; no hizo la pregunta; su lengua no obedeció á su voluntad; pareció de plomo, de plomo derretido, cuando quiso moverla para hacer la pregunta.

Entró la madre de Pepa, interrumpiendo el discurso de la muchacha. Pepa no habló ya en toda la noche; en los días siguientes permaneció como sumergida en un letargo. Podía andar ya, iba á sentarse junto á la ventana, y quedábase contemplando aquel horizonte luminoso, con su primer término de tejadillos florecientes como un patio andaluz.

***

Digitized by Google

Percales entró una noche muy agitada; parecía observar á Pepa con mucha inquietud; la madre de Pepa entró también y se puso en un rincón, á llorar. Pepa misma sentíase presa de un malestar inmenso, así, como si presintiese una desgracia más grande que todas; notando la observación de que era objeto por parte de su amiga, no pudo ya resistir su inquietud. Figurábase lo que era, pero lo preguntó, para estar segura. «¡Se casaban... aquella misma noche!»

Cuando se lo dijeron, se echó en la cama; quedó como muerta; bien pronto se revolvió allí, como una salamandra en el fuego; aquel colchón, donde tantas veces se había acostado María Dolores, quemaba sus carnes; se levantó silenciosamente; se vistió con cierto esmero; se sentó junto á la ventana; allí estuvo, inquieta, febril. Percales la veía; Pepa no pudo contenerse más; las lágrimas quemaron sus mejillas, como antes el colchón

Digitized by Google

había quemado sus carnes. Se levantó de pronto, adelantó hasta Percales, cruzadas las manos en ademán de súplica, y dijo en tono desesperado, que movía á piedad:

—¡La última vez, María! ¡Quiero verle, si hablarle no es posible! ¡La última vez! Te lo pido por estas benditas cruces. ¡Por estas lágrimas, agua de dolor de la fuente de mi pena!

—¡Esto sí que es morirse!—murmuró Percales ahogadamente.

—Quiero ir—prosiguió Pepilla;—quiero estar donde estén ellos; recrearme en su alegría; hundirme yo misma en el corazón este cuchillo que está siempre cortando mi carne, sin acabar de una vez con un golpe seguro!

—¡Válgame Dios!... Pero criatura, ¿y qué harás tú cuando te veas *ayí?*

—No lo sé, Percales.

—Como si lo viera; una *barbaridá*.

Digitized by Google

—¡Ay, no!—y Pepilla sonreía de un modo que partía el alma;—no lo creas, no hay torrecita que no se desmorone; los castillos más fuertes vienen al suelo; aquella real moza que se llevó á los hombres de calle por los barrios sevillanos, con sus ojos de fiera, su mantón de Manila y su pelo *sembrao* de claveles... ya ves; con su carta contraria, sólo tiene en este mundo la compasión tuya.

Percales no pudo resistir.—Lo que es yo no te quito el gusto—dijo; —anda y á la ventura *e* Dios.

***

Halláronse muy pronto en el templo; había mucha gente y Pepa pasó desapercibida. Ocultándose en la sombra, tras una columna, contempló desde allí á su rival; era el único semblante que podía ver desde el sitio donde se puso. María Dolores estaba resplandeciente. Las lágrimas hin-

Digitized by Google

charon el corazón de Pepa. «¿Á qué habría ido allí?» Al ver el rostro hermosísimo de María Dolores, se acordó de aquella triste imagen que había visto en su espejo.

Se apoyó en la columna para no caer. Su afán ardiente era ver á Paco, y ya no le quiso ver; todavía, al llegar, á la iglesia, llevaba intención de hacer calle entre la multitud, cuando los novios pasaran, para ser vista por ellos, porque así les amargaría su primera noche de casados; pero se extrañaba entonces de haber tenido tal idea. Sorprendida de encontrarse tan indiferente, comprendió, sin estudiarlo, por instinto, que su alma no tenía ya fuerzas para el odio ni para el amor. Sintió frío de pensar en sí misma, como lo sentiríamos al encontrarnos á media noche, inesperadamente, á solas con un muerto.

Los novios salían entre sus amigos. Él estaba muy pálido... ¿Por qué

Digitized by Google

era aquella palidez? ¿Temía la aparición de algún rostro acusador y fatídico? Vana inquietud, si era así. Pepa se aproximó lentamente al altar más obscuro, se arrodilló, se inclinó y besó las frías losas. Paco había dejado de existir para ella. Le pareció, al besar las losas, que besaba por última vez la frente helada del muerto. Pepa no tenía lágrimas ya. Percales, en cambio, lloraba desoladamente.

***

La iglesia quedó sola; fuera todo se volvía felicitaciones y parabienes. Alejáronse los novios. No hubo comida, ni fiesta; se opuso María Dolores, hubiera sido ofender más el dolor de Pepilla; harto había hecho al consentir en casarse, demasiado pronto tal vez, por dar gusto al abuelito; el abuelito juraba y perjuraba que no le verían contento, con lo que había pasado ya, mientras no se casasen.



Digitized by Google

María Dolores estaba triste de ver la preocupación de su marido; la tristeza de ambos, que no podían disimular, fué causa de que las visitas no se prolongaran. Quedaron al fin solos...

Pero entonces, al verse solos, un sentimiento borró de sus corazones todos los demás: el sentimiento de su amor desgraciadísimo, que al fin se satisfacía; aquel amor grande, humano, absoluto, que al fin podía estallar con toda la fuerza de su vida exuberante. Era preciso desechar ideas tristes, y las desecharon; el mundo, el cielo, las cosas, los seres, todo huyó de ellos, como figuras desoladas que huyen de la luz, al arrojarse el uno en brazos del otro. ¡Oh, dicha de vivir!... ¡Era el instante en que Pepa besaba la fría losa, creyendo besar aún la frente helada del muerto!

. . . . . .

***

Digitized by Google

Despertáronse de aquel primer éxtasis de amor realizado; la luz del día entraba por las persianas entreabiertas, como brisa húmeda por el Guadalquivir. En la calle oíase el pisar de los transeuntes madrugadores... De pronto, María Dolores escuchó atentamente. Era una vocecita dulce, penetrante, que hubiera hecho recordar al lector, de haberla oído también, á cierto varón ilustre... La vocecita lanzaba á las alturas este pregón majestuoso:

«Niñas... á los pimientos... á los tomates... y las *jabichuelas verdeee!!* —Y después de una pausa misteriosa, añadió muy ufana, en tono más reposado:—*¡Jarreee, burraaa!!!*»

María Dolores sonreía. Paco oyó también el pregón, y dijo con tristeza:

—¡Ay, María Dolores! ¡Tú siempre tendrás las buenas acciones, en tu cuenta con Dios, para que vivas dichosa! Pero ¿y yo? ¿y yo, qué ten-

Digitized by Google

go? — Y bajaba los ojos, avergonzado.

Ella clavó en él los suyos tranquilos, graves, y preguntó á su vez sencillamente:

—¿No me tienes á mí?

FIN

Digitized by Google

# ÍNDICE


Páginas

I.—Gente nueva. . . . . 5
II.—Río abajo. . . . . 17
III.—Bandita. . . . . 33
IV.—Donde María Dolores cree que á María de la O se la ha llevado el demonio. . . . . 51
V.—Donde parece que un demonio se lleva á una mujer á la gloria. 61
VI.—Un plan de María de la O y un descubrimiento de Felipa. . . 77
VII.—La desdicha de vivir. . . . . 87
VIII.—El desastre de Pepilla. . . . . 105
IX.—Lo que se puede oir y ver en un corral de Triana. . . . . 125
X.—Tribulación de Bandita. . . . . 151
XI.—Un aspecto de Sevilla contra el que nada podrá nunca el modernismo. . . . . 171
XII.—Horas amargas. . . . . 185
XIII.—Horas felices. . . . . 197
XIV.—Donde se prueba fatalmente, una


Digitized by Google

Páginas

vez más, que la dicha es heraldo de desgracias. . . . . 211
XV.—Ella se sacrificaría por ti; tú, ni por ella ni por nadie. . . . . 225
XVI.—Donde á Felipa, sin querer, se le escapa el alma. . . . . 237
XVII.—¡Socorro! . . . . . 251
XVIII.—Donde Bandita da un golpe de estado. . . . . 261
XIX.—Donde Cojo Garrote da un golpe de muerte. . . . . 271
XX.—¡Pan! ¡Pan! . . . . . 281
XXI.—El ocaso de Pepilla. . . . . 287
XXII.—¡Oh mundo, mundo! . . . . . 293

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

# GUÍA

# DE LOS BALNEARIOS

## DE ESPAÑA

POR

MIGUEL DÁVILA

NUEVA EDICIÓN

Precio: 50 céntimos.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
9. Calle Blasco de Garay, 9.

Digitized by Google

2

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google